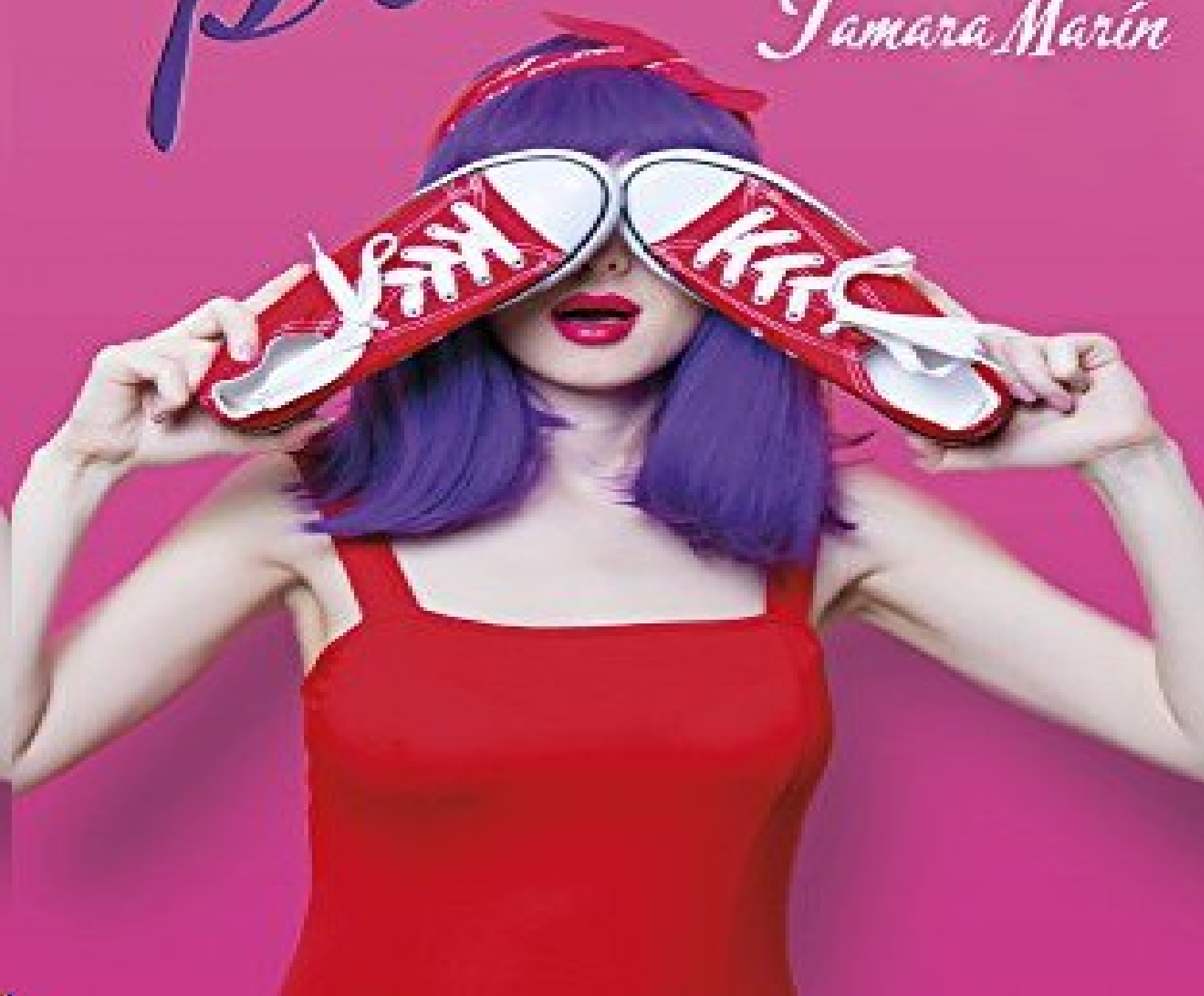


No soy una princesa

Tamara Marín



No soy una
princesa
Tamara Marín

No soy una princesa

primera edición, marzo 2018

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: @tamaramarin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín

Edita: www.mundopalabras.es

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 3746

Diseño de cubierta y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

ISBN: 978-84-947336-0-4

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*A mi niña fuerte y valiente.
El camino ha sido largo,
pero tú has hecho que todo
merezca la pena.*

Me gustaría que fueras libre, que no dependieras nunca de nadie para ser feliz.

Me gustaría que fueras feminista y fuerte, que no te dejaras pisar jamás.

Me gustaría que te enamoraras de quien quisieras, pero que tu compañero o compañera fuera solo eso, tu acompañante en la vida, y que tú siempre fueras libre.

Me gustaría que estudiaras lo que quisieras, pero que tu trabajo te hiciera feliz.

Me gustaría que fueras sensible y que apoyaras siempre a quien necesitara tu ayuda.

Me gustaría que fueras independiente, aunque tuvieras claro que estaré para todo lo que necesites.

Me gustaría que jamás te consideraras ni más ni menos que nadie, porque tú eres única.

Pero ¿sabes qué?

Da igual lo que yo quiera, porque yo no soy tú.

Tienes que vivir tu vida como quieras, porque es tuya y solo tienes una.

No intentes hacer feliz a nadie (ni siquiera a mí); solo hay una persona a la que tienes que hacer feliz, y esa persona eres tú.

Firmado: mamá

Prólogo

Policía

Eran las cinco de la madrugada y ya estaba debajo de la ducha. Una ducha más fría de lo que me hubiera gustado, a ver si así conseguía despejar mi mente.

Últimamente la pesadilla que me perseguía desde que tenía diez años volvía a mí con más frecuencia de la que me gustaría. Siempre era igual: yo iba de la mano de mi padre, como cada fin de mes estábamos esperando para ingresar su sueldo en el banco. Mi padre iba explicándome algo de su trabajo y yo asentía por lo que me parecía la explicación más interesante del mundo.

Al rato me giré por el ruido de la puerta al abrirse; en ella había una niña de la mano de su madre, me fijé en la pequeña porque era más o menos de mi edad. Ella me miró y me sacó la lengua, me hizo gracia porque su cara reflejaba más simpatía que burla.

No habían hecho nada más que entrar en el banco cuando detrás de ellas vi a unos hombres encapuchados. Después todo pasaba muy rápido.

Era un atraco. El banco se llenó de gritos y de policía casi al mismo tiempo, pero cuando pensábamos que todo estaba bajo control, una bala perdida fue a impactar en la niña.

Yo no pude moverme de donde estaba. Me quedé clavado en el suelo mirando a la gente correr de un lado a otro. Aunque corrían, yo tenía la sensación de que todo pasaba a cámara lenta. Me fijé en la cara de la niña, que estaba tumbada muy cerca de donde yo me encontraba, y me di cuenta de que su expresión había cambiado. Su cara ya no reflejaba simpatía. Su mirada ya no reflejaba nada.

Dos días más tarde mi padre me llevó al entierro de la pequeña. Había muchísima gente, todo el mundo lloraba, pero algo allí me parecía extraño. Hasta que me di cuenta de que lo raro era que, a pesar de la gente que había, imperaba un silencio sobrecogedor.

A partir de ese momento nunca más volví a dormir del tirón. Casi cada noche tenía pesadillas con la niña del banco y su mirada vacía.

Solo hubo una cosa que tuve clara: desde ese día y a esa temprana edad decidí que quería ser policía.

1. Ella

Esa noche me tocaba guardia, y tenía un humor de perros.

Mi compañero y yo estábamos sentados en la barra de un bar de mala muerte, esperando a ver si pillábamos a algún traficante de poca monta. Íbamos vestidos de paisanos (con una ropa horrible, por cierto, que hacía que los traficantes pareciéramos nosotros). Apurábamos la única cerveza que podíamos tomar, ya que estábamos de servicio. Aunque en un sitio como ese tampoco podíamos pedir un zumo de naranja si queríamos pasar desapercibidos.

Era la segunda noche que nos tocaba guardia, llevábamos cuarenta y ocho horas sin dormir y empezaba a pasarnos factura. Tanto Daniel como yo teníamos los ojos rojos y estábamos bastante espesos. Ojalá la noche se presentara tranquila.

Me quedé mirando fijamente a un camello que llevaba poco tiempo rondando por aquel barrio y al cual ya teníamos localizado. Lo dejábamos más o menos a su aire, porque queríamos ver si nos llevaba a otro pez más gordo.

De pronto me di cuenta de que el bar se había quedado en silencio. Me fijé en que todo el mundo miraba hacia la puerta. Incluso Daniel miraba en esa dirección con la boca ligeramente abierta.

Al girarme pude observar a la mujer más guapa que había visto en mi vida. Se me secó la garganta. Llevaba puesta una chaqueta larga que cubría casi todo su cuerpo, pero mi intuición me decía que lo que había debajo hacía justicia a la cara más bonita que jamás había contemplado. Pelo largo de un color oscuro, recogido en una coleta, unos labios increíbles y una nariz pequeña y respingona. Lo que más llamaba la atención de su cara eran sus ojos. Unos ojos enormes, de un color imposible; tenía ojos de gata.

Estaba todo el bar como en estado de shock. Aún tardó un rato más en volver el murmullo de las conversaciones. Pero nadie despegó los ojos de ella en ningún momento.

La mujer (la única que había en el bar) se movió con cautela pero con seguridad y fue directa a la mesa donde estaba sentado el camello que teníamos vigilado desde hacía días.

Se sentó en la silla que había frente a él, con la espalda muy recta, y le entregó un sobre. Él no

tardó nada en guardárselo. Me pareció que no intercambiaron ni una sola palabra. Cuando ella se levantó para irse, él la cogió por el brazo. La mirada que él le dedicó me impresionó; era una mirada llena de codicia. Ella se giró y le dio tal hostia que me dolió hasta a mí. Alzó la voz y le dijo que nunca más volviera a tocarla. Aquella voz estaba cargada de odio.

Supongo que aparte de ser camello sería el chulo de ese bellezón. Una pena.

La mujer salió del bar como alma que lleva el diablo y todo volvió a la normalidad, aunque el rumor de las voces era mucho mayor. Imagino que todo el mundo estaba comentado lo guapa que era la fémina y la hostia que le había calzado al camello.

Daniel y yo tardamos más de cuatro horas en acabar el turno.

De camino a casa comentamos lo buenísima que estaba la mujer del bar. Una pena que anduviera por esos barrios y con esas amistades. En fin, estábamos hartos de ver cosas similares.

Cuando llegué a casa solo tuve fuerzas para ducharme y tirarme en la cama. Necesitaba dormir. No me di cuenta de cuándo me quedé

dormido, pero sí recuerdo que fue con la imagen de la mujer del bar. Esa noche no tuve pesadillas.

2. Malo

Cuando salí del bar, me temblaba todo el cuerpo. Hacía mucho tiempo que no pasaba por algo así, se me había olvidado esa sensación que paraliza. Hacía años que no sentía miedo.

Se me cayeron dos veces las llaves del coche antes de poder abrirlo. Una vez dentro intenté arrancarlo sin éxito, así que me apoyé en el volante e inhalé dos fuertes bocanadas de aire, con la esperanza de que eso me tranquilizara. Pasados unos minutos por fin fui capaz de iniciar la marcha. Cuando llegué a casa, aunque estaba más tranquila, seguía temblando ligeramente.

Laura, mi mejor amiga y compañera de piso, me esperaba despierta. Estaba casi más nerviosa que yo.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo estás? —Su voz sonaba tan débil que estaba segura de que tardaría poco en echarse a llorar.

—Lo siento, Laura, cariño, pero ahora mismo prefiero no hablar, me voy a la ducha. —Me sentía sucia. Lo sentía por Laura, pero en ese momento prefería no hablar, pues si lo hacía acabaríamos las dos llorando. Una ducha me iría bien para quitarme de encima aquella sensación.

Mientras el agua caía por mi cuerpo tuve la certeza de que mi mundo perfecto se había venido abajo hacía dos días. Pero todo se remontaba a mucho tiempo atrás.

Cuando yo tenía dieciocho años mis padres tuvieron un accidente de coche en el que murieron los dos. Para ser exactos, murieron un día antes de que yo alcanzara la mayoría de edad (desde entonces no había vuelto a celebrar mi cumpleaños). Me quedé devastada por la pérdida y también sola en el mundo. Mis padres eran hijos únicos, y mi abuela materna había fallecido hacía un

año (a los demás abuelos no llegué a conocerlos). Por lo tanto, no tenía ningún sitio donde ir.

El entierro de mis padres lo recuerdo con poca nitidez, creo que alguna vecina me dio algo para los nervios que me dejó totalmente drogada. Se lo agradecí.

Pasaban los días, pero con lo joven que era no sabía qué hacer o en quién apoyarme para soportar la pena. Necesitaba cariño, comprensión y sobre todo un hombro en el que llorar. No tenía a nadie que entendiera cómo me sentía. Mis amigas del instituto me escuchaban agrandando los ojos por la pena, pero luego salían corriendo al refugio que les daban su casa y su familia. Y yo siempre me sentía sola.

Mis vecinas me traían comida y recogían un poco el piso, pero ni una sola vez me invitaron a sus casas. En el fondo las entendía, ¿quién quería a alguien en su casa que se pasaba todo el día llorando?

El tiempo fue transcurriendo y no recuerdo bien cómo sucedió, supongo que estaba tan falta de todo que me apoyé en la persona equivocada.

Rafa apareció en mi vida como un caballero andante. Era dos años mayor que yo y nos habíamos visto alguna vez por el barrio, pero casi no lo conocía. Empezamos a quedar y a vernos cada día, todo era perfecto y fácil con él. Me aportó lo que yo necesitaba en esos momentos. Él no se llevaba muy bien con sus padres y decía que entendía perfectamente lo que era sentirse solo, supo darme todo en un momento de mi vida en el que yo necesitaba muy poco. Pero también supo ocultar muy bien lo que no quería que viera. Por aquel entonces yo dejé de sentirme tan sola y hubo un momento que hasta creí que podía volver a ser feliz. Esa sensación no duró mucho.

No tardó en venirse a vivir conmigo. Al principio yo no quería dormir sola, ya que para mí era el peor momento de todos. Durante un tiempo me tomé pastillas para poder conciliar el sueño, pero al final terminaron por no hacerme efecto. Me pasaba las noches despierta llorando.

Cuando ya dormíamos todas las noches juntos vimos una tontería que se marchara durante el día, así que finalmente se mudó; yo prefería estar con él a quedarme sola en aquella casa, que estaba llena de recuerdos y de mucha soledad.

Esas semanas del comienzo fueron idílicas, ahora que lo pienso incluso demasiado idílicas. Aunque acabó pronto. La primera bofetada llegó a los dos meses de vivir juntos. No hace falta que entre en detalles de lo que fue mi existencia a raíz de ahí. Lo peor de todo era no tener voz, no poder decidir sobre mi propia vida, me anuló tanto como persona que casi ni salía a la calle. No le hacía falta pegarme para que lo obedeciera en todo, aunque de vez en cuando para imponer mejor su autoridad me daba alguna de aquellas bofetadas.

El seguro que tenían mis padres iba a pagarme una suma importante de dinero. Yo nunca le dije a Rafa qué cantidad era, pero él sabía que tenía que cobrar y discutíamos cada día sobre la demora que estaba teniendo el seguro en el pago. En realidad, el que discutía y chillaba era él, yo asentía a todo.

Lo que no sabía Rafa era que yo misma había llamado al seguro y había dado la orden de que transfirieran el dinero a una cuenta que Rafa no sabía que tenía; de dónde saqué el valor para hacerlo ni yo misma lo sé.

No conseguía salir de aquella pesadilla, me sentía más vacía que nunca. Era una sensación extraña: tenía a alguien a mi lado, pero hubiera preferido estar sola. Aunque, para ser sincera, la mayor parte del día estaba sola, ya que Rafa se iba a trabajar, o eso decía él. Yo me pasaba el día en casa llorando sin parar, aún era muy joven para saber lo que me ocurría. Ahora, mirando hacia atrás, estaba claro que lo que tenía era una depresión de caballo.

Todo cambió cuando a los cinco meses de estar juntos me quedé embarazada. Era demasiado joven y estaba muy asustada, pero tenía claro que quería tener ese bebé. Empecé a llorar menos y me invadió algo parecido a la alegría. Durante los tres primeros meses, él me trató muy bien y yo creí

que la pesadilla se había terminado. Estaba tan anulada en todos los sentidos que lo perdoné sin pensarlo dos veces. Cuando ahora echo la vista atrás no me lo puedo creer. Pero era muy joven, y me costó muchos años de terapia estar donde estoy hoy.

La primera vez que me pegó una paliza fue estando embarazada, y consiguió que algo hiciera clic en mi cabeza. Ese hijo haría que yo no estuviera sola en este mundo, y no dejaría que él me lo quitara.

Ese mismo día me fui al hospital, donde me dijeron que lo que esperaba era una niña y que todo estaba bien. La doctora que me atendió no se creyó ni por un momento que me hubiera caído por las escaleras. Me preguntó si lo quería denunciar. Le dije que no. Pero me llevé la copia del informe en el que se describían todas las lesiones que presentaba.

Al día siguiente, mientras él estaba en el trabajo, hice las maletas. ¿Cómo se mete en una maleta toda tu vida?, ¿cómo se empaquetan los recuerdos? Las manos me temblaban y tenía que darme prisa, porque el trabajo de Rafa era bastante inestable (no tenía ni idea en qué trabajaba) y los horarios cambiaban cada día. Cogí algo de ropa y algunas fotos de mis padres y me vine a Madrid. Lloré durante todo el viaje. No porque fuera a echar de menos a Rafa o la vida que llevaba con él, lloraba porque estaba aterrada, volvía a estar sola y encima tendría que criar a una hija sin ayuda de nadie.

Mi abuela tenía un piso en la capital que había dejado a mis padres y que ahora era mío. Como Rafa no conocía su existencia, porque nunca se lo había contado, me sentí a salvo. Con el tiempo me di cuenta de que no había sido tan tonta y de que había sabido guardar y esconder bien a Rafa todo lo que había heredado de mis padres. Eso me había dado calma, pero había vivido en una tranquilidad ficticia, y aunque sabía que tarde o temprano me encontraría, no estaba preparada para ese momento.

Hacía dieciocho años que vivía en Madrid y en todo ese tiempo nunca supe nada de Rafa, por eso me quedé de piedra cuando salí a correr, como todas

las mañanas, pero ese día al doblar la esquina lo encontré apoyado en una farola. Paré en seco y me costó un rato moverme de donde estaba.

Rafa estaba muy cambiado; al verlo se me vino a la mente una canción de Bebe que me encantaba y que escuchaba muy a menudo porque me daba fuerza al recordar la historia que Rafa y yo habíamos tenido. Hay un trozo de esta canción que dice: «tu carita de niño guapo se la ha ido comiendo el tiempo por tus venas...», y así era exactamente como veía a Rafa en esos momentos: estaba demacrado y no quedaba nada del niño guapo al que conocí. Era curioso que me fijara en el físico de Rafa con el miedo que su presencia provocaba en mí.

—Vaya, vaya, así que era verdad que vives en este barrio. Nunca me dijiste que tenías tanto dinero, princesa. Supongo que al final sí cobraste el seguro de tus padres.

Yo seguía clavada en el suelo. Hacía casi dieciocho años que no lo veía y estaba aterrorizada.

—¿No me vas a decir nada? Pues entonces hablaré yo, que para eso he venido hasta aquí. Igual que me he enterado de que vives por aquí, sé que tienes una hija de unos diecisiete años. Supongo que al final sí que nació el bebé que esperabas, así que debe ser mía, ¿no, princesa?

—No.

—Pues yo creo que sí. Qué feo, Olivia, privar a tu hija de su padre durante todo este tiempo. Me he dejado caer por aquí para conocerla.

—No. —No conseguía decir otra cosa.

—Vamos, princesa, ya sabes que no puedes decir que no, tengo unos derechos, soy su padre.

—¿Qué quieres, Rafa? Déjate de gilipolleces y dime, ¿qué quieres? —Puso los ojos como platos. No esperaba esa contestación por mi parte. Jamás le había contestado a nada de lo que él me decía, simplemente bajaba la cabeza y asentía. Hasta ese día.

—Vaya, vaya, la ratoncita se ha convertido en leona. Pues verás, me he enterado de que andas montada en el dólar, podría dejaros en paz por un módico precio, princesa.

—Haz el puñetero favor de dejar de llamarme princesa. ¿Cuánto? —Sabía que todo aquello tenía un precio.

—Digamos... unos mil euros.

—Trescientos. —No era por regatear con mi tranquilidad y la de mi hija, pero parecía claro que debía estar desesperado si había ido hasta allí para pedirme dinero. No me creí ni por un momento el repentino interés por mi hija.

—Quinientos.

—Vale, dime un sitio y te los llevo el jueves.

—Podría acercarme a tu trabajo, o a tu casa, no sé dónde vives exactamente.

—Ni lo sueñes, dime un sitio y acabemos con esto.

Ese fue el motivo por lo que había acabado esa noche en aquel bar de mala muerte de un barrio no mucho mejor. Y la tranquilidad que me había forjado durante dieciocho años se vio rota de repente.

3. El inspector

Esa noche dormí fatal, tenía muy claro a qué se debía. Rafa había vuelto, y con él las pesadillas.

Me desperté y salí a correr. No sabía si Rafa me estaría esperando, pero ya había dejado que el miedo se apoderara de mí una vez. No iba a hacerlo otra vez. No dejaría de hacer las cosas que me gustaban ni por él ni por nadie.

Cuando llegué a casa, Laura me estaba esperando para hablar. La noche anterior yo había sido incapaz de hacerlo incluso después de la ducha. Demasiadas emociones en un día y ninguna buena. Le hice un resumen de mi encuentro con Rafa, las dos estábamos bastante preocupadas y no sabíamos bien qué hacer. Laura me aconsejó que fuera a la policía. La tranquilicé diciéndole que me lo pensaría, aunque de momento prefería mantener a la policía lejos, más que nada porque quería evitar que todo aquello llegara a oídos de mi hija.

Nos despedimos con un abrazo rápido para no veniros abajo y Laura se fue a trabajar, ya que ese día entraba antes que yo. La vi salir de casa con cara de preocupación y no pude evitar maldecir a Rafa. Como si Laura no tuviera ya suficientes preocupaciones, ahora aparecía él de nuevo para sumarle una más.

Me fui a la ducha y alargué el rato debajo del grifo más de lo necesario, me relajaba muchísimo. Cuando acabé fui a despertar a mi hija.

Me asomé a su cuarto y vi que dormía profundamente. Estuve un rato mirándola y pensando en qué momento se había hecho tan mayor. Fue muy duro criar a una hija yo sola, pero no cambiaría absolutamente nada. Y tampoco estuve sola. Laura, mi ángel de la guarda, como yo la llamaba, apareció unos meses después de mi llegada a Madrid. Por aquel entonces yo

estaba buscando compañera de piso, más por no estar sola que por la parte económica.

Cuando mis padres murieron tenían un piso en Barcelona, donde vivía con Rafa. Y un piso en Madrid que había sido de mi abuela. También cobré el seguro del accidente de los dos, por lo tanto, nunca he ido apurada económicamente. Laura siempre fue más que una compañera de piso, es la madrina de mi hija y como una hermana para mí.

María se movió y yo dejé mis pensamientos a un lado para darle un abrazo de buenos días. Aprovechaba esos momentos, porque desde hacía unos años ya no me dejaba abrazarla en la puerta del instituto; ¡adolescentes!

Salimos juntas de casa, como cada día. Llevaba a María todas las mañanas al instituto, pues me pillaba de paso para ir a mi trabajo. Era uno de los momentos del día que más me gustaban, ya que podíamos hablar tranquilamente y sin interrupciones. Aunque tenía que reconocer que a ella no le entusiasmaba la idea; preferiría irse andando con sus amigas.

No se me pasó por la cabeza decirle nada de la aparición de su padre. Le había hablado muy poco de él, y ella había preguntado aún menos. Sabía que también era su historia y que tarde o temprano se la tendría que contar, pero prefería ahorrarse sufrimientos. Así que ese día tampoco le conté nada, no valía la pena; Rafa pronto volvería a desaparecer y no quería preocuparla.

Llegué al trabajo mucho antes de que empezara mi turno, así que me paré en el bar de siempre a tomarme un café. Es estupendo ir a esos bares en los que ya te conocen y saben exactamente cómo te gusta el café. Desde el bar podía ver el hospital en el que trabajaba. No pude evitar pensar en todos los sacrificios que había hecho para llegar donde estaba.

Con un bebé al que cuidar decidí matricularme en la carrera de enfermería. No la acabé. Me di cuenta de que quería algo más, así que me matriculé en medicina. Cuando lo necesitaba, dejaba a María con una canguro o con Laura. Entonces sí que tuve que esforzarme. Más que por el esfuerzo

académico (tengo muchísima facilidad para eso, y conseguí el MIR con una puntuación increíble, incluso pude elegir hospital) fue por el tiempo. Tenía una niña pequeña a la que estaba criando sola y que necesitaba a su madre. Así que cuando la metía a ella en la cama era cuando estudiaba. Ahora lo pienso y no sé bien cómo pude con todo.

Me especialicé en traumatología. Si lo analizamos, quizá fue porque quise curar heridas que yo también había sufrido. No sé bien si ese fue el motivo, pero me encantaba mi trabajo. Miré el reloj y me acabé el café de un trago, al final iba a llegar tarde.

Esa mañana estaba siendo especialmente movidita. No había podido parar ni a desayunar. Me dirigía a la sala de descanso cuando vi a Laura acercarse a mí.

Laura y yo nos matriculamos juntas en la carrera de enfermería. Siempre me echa en cara que la había dejado tirada nada más empezarla. Trabajábamos en el mismo hospital, pero había días que no nos veíamos hasta llegar a casa.

Entramos juntas a la sala de descanso, nos acabábamos de poner un café y estábamos intentando desayunar algo cuando apareció un compañero.

—Doctora Ramírez, tendría que salir, urgencias se ha llenado de policías. Por lo visto un inspector ha tenido una aparatosa caída y está esperando un traumatólogo.

—¿No está el doctor Núñez? —No me explicaba por qué el doctor Núñez nunca estaba cuando lo necesitaban.

—Ha dicho que tenía que salir un momento. —«Como siempre», pensé.

—De acuerdo, ahora mismo salgo.

Me acabé el café de un trago, algo que se estaba convirtiendo en habitual esa mañana, y me giré hacia Laura.

—Anda, Laurita, ven a ayudarme. —Me encantaba tener a Laura conmigo cuando trabajábamos. No nos hacía falta hablar, nos entendíamos solo con

mirarnos.

—Los doctores de este hospital sois unos explotadores, no nos dejáis ni desayunar.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí, pero no lo hago por ti, quiero ver a todos esos hombres con uniforme.

—Pervertida.

—Aquí la única perversa que hay eres tú y lo sabes.

Laura siempre me soltaba ese tipo de comentarios. Desde que me fui y dejé a Rafa, no había podido volver a tener una pareja más o menos estable. Era incapaz de pasar más de un mes con alguien. Así que saltaba de cama en cama. Según Laura con demasiada facilidad. Eso viniendo de ella tampoco era muy fiable; ella simplemente no saltaba, en ninguna.

Nos dirigimos a urgencias y nos quedamos paradas en la puerta. Había unos treinta hombres uniformados. Lo único que hacían allí era impedir el paso de todo el personal médico. Me planté en medio de la sala y dije a pleno pulmón:

—¡Como no empiecen a desalojar la sala de urgencias, me pongo a hacer colonoscopias a diestro y siniestro!

Todos me miraron con la boca ligeramente abierta, pero como era de esperar la sala se vació en un momento. Entonces pude fijarme en que, en medio de la sala, sentado en una silla, había un hombre de unos cuarenta años. Llevaba puesto el uniforme y tenía cara de pocos amigos.

Tuve que tragar saliva dos veces, y no solo por lo guapo que era, sino porque todo él irradiaba autoridad. Ese tipo de hombres me intimidan, y no me gustaba nada esa sensación.

Respiré hondo y me acerqué:

—Buenas tardes, soy la doctora Ramírez. ¿Podría decirme qué le ha pasado exactamente? —Mi voz sonó con una seguridad que no sentía. Quería acabar

pronto la conversación. Estaba incómoda.

Estuve un rato mirándolo, pero él no me contestó. Se limitaba a observarme con cara de bobo. Eso me pasa bastante a menudo. Queda mal que lo diga, pero según cuenta la gente tengo un físico bastante espectacular. No es que me haya servido para mucho, más bien no me servía para nada, pero suelo causar esa reacción en los pacientes que me ven por primera vez.

—Perdón..., sí..., me atropelló un coche mientras perseguía a un sospechoso. Me he hecho daño en el brazo.

—Hay que mirar antes de cruzar. Ya veo las placas. —Prefería mirar las placas que mirarlo a él. Me fijé bien y me di cuenta de que la cosa pintaba peor de lo que creía. Había que operar, tenía una fractura bastante fea.

—Hay que operar el brazo izquierdo. Voy a pedir que preparen el quirófano.

—¿Vas a operarme tú?

—Si tiene algún problema, puede pedir que lo opere cualquier otro doctor. —Ya he dicho antes que mi físico no me traía muchas cosas buenas. Que no me tomaran en serio en mi trabajo era una de ellas.

—No, ningún problema.

—Perfecto. —Me giré hacia Laura. Cuanto menos lo mirara, mejor—. Laura, prepara al señor... —tuve que mirar el historial del paciente— Román.

—Puede llamarme Hugo.

—Prefiero llamarlo señor Román, gracias. —Cuando alguien me cohibía, como lo hacía Hugo, solía ser bastante borde. Me gustaba mantener las distancias.

Me dirigí hacia otro paciente que había a dos camas de distancia. Me puse a hablar con él mucho más distendidamente; el hombre me miraba medio embobado, pero con este no me sentía cohibida ni incómoda. Noté los ojos de Hugo clavados en mí en todo momento.

En cuanto acabé me fui hacia la sala de descanso. Esperaba poder comer algo, pero Laura me siguió por todo el pasillo y me arrastró con ella hasta meterme en la sala de material. Una vez dentro, cerró la puerta. La sala era tan pequeña que casi no podíamos movernos.

—Laura, ¿se puede saber qué hacemos aquí? No puedo moverme, anda, abre la puerta.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé qué quieres decir.

—Lo sabes perfectamente. Te has puesto nerviosa. Tú, la mujer de hielo.

—No me llames así, sabes que no me gusta. —Lo odiaba.

—Es que no me lo puedo creer. No has mirado al inspector a la cara ni una sola vez. Incluso ha habido un momento en el que te han subido los colores.

—Laura, por favor, no seas ridícula.

—Vamos a centrarnos las dos. El inspector está increíble. Es normal que te pongas nerviosa. Pero es que a ti nunca te pasa eso. Simplemente me ha sorprendido.

—Te repito, Laura, que lo único que me ha pasado es que ese hombre impone una autoridad que no me gusta.

—Tú te crees que soy imbécil, ¿verdad? Cada semana viene un policía o un bombero con alguna herida. Has curado y operado a un montón. Nunca te había visto así.

—Pues lo siento si he dado esa impresión. Nada que ver con la realidad. —No sé por qué me ponía tan cabezona, Laura tenía toda la razón. Estaba harta de tratar con hombres que desprendían autoridad, pero algo en Hugo era diferente o me hacía sentir a mí algo que no sentía con el resto. Aunque cuanto más me lo repetía Laura, más ganas tenía yo de desmentirlo.

—Qué cabezona eres, ¡joder! Ahora lo único que falta saber es cuánto tardarás en meterlo en tu cama.

—No tengo ninguna intención de acostarme con él. Tú estás loca. Un inspector de policía, lo que me faltaba.

—No sería el primer policía, ni siquiera estoy segura de que fuera el primer inspector, así que ya veremos. —Laura siempre tenía que decir la última palabra.

Tampoco podía decirle gran cosa, había que reconocer que esta vez tenía razón en todo: ni era el primer policía ni el primer inspector con el que me acostaba, pero eso tampoco quería decírselo.

Así que salí como pude de la sala y la dejé allí con una sonrisa en los labios que no me gustó ni un poquito.

Me preparé para volver a hablar con Hugo. Debía explicarle en qué consistía la operación que le practicaría esa misma tarde. Tenía que sonar como una profesional y no como una alumna que le presentaba un trabajo a un profesor. Había realizado esa operación muchas veces, así que no me resultaría tan difícil de explicar, ¿no?

4. La mujer del bar

Acababa de despertarme de la anestesia y tenía un dolor intenso en el brazo. Miré a mi alrededor y vi cómo se acercaba a mí una enfermera.

—Hola, señor Román, mi nombre es Raquel. Está en la sala de reanimación, en cuanto se despeje un poco más lo subiremos a una habitación. Ahora pasará la doctora Ramírez para explicarle qué tal ha ido la operación. ¿Se encuentra bien?

Creo que asentí con la cabeza, pero no estoy muy seguro porque me sentía bastante espeso y me costó un rato situarme. Raquel miró unas cuantas máquinas a las que estaba conectado y volvió a irse.

Mientras veía cómo se alejaba la enfermera, la puerta se abrió y por ella apareció la mujer del bar. Y de pronto todo vino a mi cabeza de golpe.

No podía creer que la belleza del bar fuera la doctora que acababa de operarme. Primero, porque estaba convencido al verla en el bar, con aquel camello, que era puta. Y, segundo, porque

nunca había visto a una doctora que estuviera tan buena (bueno, ni a una doctora ni a nadie).

—Hola, señor Román. La operación ha sido un éxito. En breve lo subirán a su habitación. Pasaré más tarde a verlo. Adiós.

No pude ni contestarle porque ya se había dado la vuelta y salía por la puerta. Se había limitado a observar una carpeta que llevaba en la mano y no me había mirado a la cara ni una sola vez, todo lo que tenía de guapa lo tenía de borde. Pero por lo que me explicó antes de la operación, de una manera muy correcta, profesional y distante, pasaría en el hospital unas semanas. En ese tiempo esperaba sacarle por lo menos una cita a la doctora maciza. Por lo que había visto no llevaba anillo de casada, aunque eso tampoco quería decir nada. Podía quitarse el anillo para trabajar, o tener una relación seria y estable sin estar casada. Era difícil pensar que una mujer como ella estuviera soltera. Aparté ese pensamiento de troglodita de mi cabeza. Ahora lo que tocaba averiguar era si tenía o no pareja y qué hacía la otra noche en aquel bar de mala muerte. Y, lo más importante, qué relación tenía con el camello.

La tarde se me estaba haciendo eterna. Me habían subido hacía ya bastante rato a la habitación y no me acostumbraba a permanecer tumbado sin hacer nada durante tanto tiempo, y eso que el brazo me dolía y habían venido a verme algunos compañeros. No quería pensar en los días siguientes encerrado entre esas cuatro paredes.

Antes de irse le diría a Daniel que me trajera unos cuantos libros, porque la programación de tarde en la televisión era pésima.

Estaba hablando entre risas con tres de mis compañeros cuando la puerta de mi habitación se abrió. Se hizo el silencio.

—Buenas tardes, señor Román. Solo quería comprobar que se encontraba bien, pero ya veo que está muy bien acompañado, así que le dejo. Mañana por la mañana volveré y hablaremos de la rehabilitación. Que pasen buena noche.

Dicho esto, guiñó el ojo a uno de mis compañeros y cerró la puerta. Conmigo era muy borde, pero por lo visto la doctora maciza sabía coquetear, la pena era que esos coqueteos no fueran dirigidos a mí. Mis compañeros empezaron a aullar y silbar como si aún estuviéramos en el instituto.

—Joder, inspector, qué calladito se lo tenía. Creo que voy a dejar que me atropelle alguien solo para que la doctora me ponga las manos encima. —Ese era Diego, acababa de llegar a nuestra comisaría y era el único que fuera de ella me llamaba inspector.

—Madre mía, Hugo, si yo fuera tú alargaría todo lo posible mi estancia en el hospital. Al salir veré si puedo conseguir su teléfono, ese guiño de ojos me ha dejado tocado. —Nico era el guaperas de la comisaría, no se le resistía nadie. Por lo visto la doctora maciza también había caído en sus redes. Sentí un poco de rabia, porque se había fijado en él y porque Nico parecía más que interesado. Algo de lo más normal teniendo en cuenta el físico de la doctora.

Continuaron haciendo bromas y yo notaba en todo momento la mirada de Daniel puesta en mí. Por eso no me extrañó que cuando todos salieron él se quedara con la excusa de querer comentarme algo.

—Esa doctora, la que te ha operado, es la misma mujer del bar.

—Sí, lo sé.

—Yo pensaba que era puta y resulta que es doctora.

—¿Podrías hacerme un favor, Dani? Averigua todo lo que puedas sobre ella. Pero sé discreto, no quiero que se entere nadie en la comisaría.

—No te preocupes, estoy tan intrigado como tú.

En ese momento se abrió la puerta y entró una enfermera (muy mona, por cierto), por lo que decidimos callar.

—Bueno, Hugo, ya me ha dicho Olivia que la operación ha ido muy bien.

—¿Olivia? —Miré a Daniel para ver si había pillado que ya teníamos el nombre de la doctora, pero estaba mirando a la enfermera con cara de bobo y no se había enterado de nada. Más tarde se lo haría saber.

—Perdón, la doctora Ramírez. Yo soy Laura, su enfermera, le diría que de turno de mañana, pero ya ve la hora que es y sigo aquí; desde que empezó la crisis a las enfermeras nos tienen de arriba para abajo...

Empezó a hablar sin parar y me pareció una chica muy agradable. Aunque lo mejor de todo era que parecía conocer bien a la doctora maciza y que le gustaba mucho conversar. La combinación perfecta si querías información de dicha doctora.

Al final se me olvidó pedirle a Daniel los libros y no ponían nada interesante en la tele. Hacía rato que la había apagado, estaba a punto de quedarme dormido cuando oí gritos en el pasillo. Al reconocer la voz de una de las personas que chillaban me arrepentí de no haber aceptado esa dosis doble de medicamento que me había ofrecido la enfermera para dormir toda la noche como un angelito.

Estaban discutiendo porque ya habían pasado las horas de visita; pobre enfermera, no sabía con quién se enfrentaba.

La puerta se abrió y por ella entró como un vendaval la persona que llevaba esperando todo el día.

—Hombreee, ya era hora de que aparecieras, mamá.

—Tú, que piensas que puedo estar aquí todo el día velándote, como si no tuviera otra cosa que hacer.

Si no la conociera tan bien me cabrearía, pero sus ojos rojos delataban que había estado llorando y que si no había ido antes era para no ponerse a llorar delante de mí. Ahora que estaba segura de que yo me encontraba bien, podía venir con las pilas cargadas.

Me fijé en que llevaba un paquete envuelto entre las manos y me sorprendió que me hubiera traído un regalo.

—Me has traído un regalo y todo.

—Por supuesto.

No me gustó la cara que puso, pero empecé a desenvolverlo con toda la curiosidad del mundo. Cuando por fin lo abrí no entendí nada.

—Mamá, yo ya tengo gafas de ver, ¿se puede saber para que me traes otras, que además son feísimas?

—Vamos a ver, hay dos opciones: o eres muy tonto o no ves bien; ¿a quién se le ocurre cruzar sin mirar?, eso se aprende con cinco años.

Acompañó el discurso con una colleja que por un momento me dolió más que el brazo.

—Mamá, estaba persiguiendo a un sospechoso.

—Ah, pues nada, ponte a correr como un loco, cruza sin mirar y la próxima vez en lugar de unas gafas te traigo una pajita para comer.

Estaba muy enfadada y preferí no seguir discutiendo con ella, mi madre normalmente ya tiene lo suyo, enfadada es hasta peligrosa.

—¿Qué te pasaba con la enfermera de la puerta?

—Pues que no quería dejarme pasar, me va a decir ella cuándo puedo venir a ver a mi hijo.

—Mamá, es que son casi las once de la noche.

—Se me iluminó la bombilla y me empezaron a sudar las manos—. Por cierto, ¿cómo vas a irte?

—Es que no voy a irme, me quedo a pasar la noche con mi hijo, faltaría más.

Perfecto, iba a ser una noche de lo más tranquila. Llamé a la enfermera, ahora sí necesitaba esa dosis doble para dormir.

5. Todo vuelve

Estaba parada en la puerta de la habitación de Hugo. Habían pasado tres días desde su operación y ya no engañaba a nadie, sentía una atracción por él bastante fuerte. Había pasado por su habitación cada día y, aunque yo intentaba hablar lo justo, él siempre me sacaba algún tema para alargar el tiempo que permanecía allí.

Con todo esto, había llegado a una conclusión: lo único que se me ocurría hacer para sacarlo de mi cabeza era acostarme con él. De momento no se lo diría a Laura, no tenía ganas de aguantar un sermón. Y menos aún de tener que darle la razón.

Necesité mucho tiempo de terapia para recuperarme de los malos tratos recibidos, pero la dejé antes de estar del todo bien. Era muy consciente de que no era capaz de confiar y comprometerme o de mantener una relación más o menos duradera con ningún hombre. Y con esto no me refiero al sexo; con eso no tenía problema siempre y cuando yo tuviera el control de la situación, pero sacaba de mi vida a cualquier hombre que quisiera conocerme demasiado. En cuanto veía que la cosa se ponía un poco seria, prefería huir. Eso no quería decir que no tuviera unos cuantos «amigos» con los que salía y me lo pasaba bien, pero siempre dejaba claro que sin ningún tipo de compromiso.

Ni siquiera el sexo era del todo normal. Nunca permitía que ellos dominaran la situación. Jamás dejaba que se pusieran encima de mí. Lo intenté una vez y noté que me ahogaba. Me hacía sentir indefensa. Necesitaba saber que, si quería, podía salir corriendo. Precisaba controlar la situación en todo momento. Sabía que tenía un problema, pero hasta ese momento no me había ido del todo mal.

Por eso había decidido que me acostaría con Hugo y que la atracción que sentía se esfumaría en poco tiempo. Siempre me pasaba: cuando me sentía atraída por alguien, en dos o tres citas se apagaba dicha atracción, así que haría lo mismo con Hugo. Seguro que con él sería igual que con todos. Esto me decía a mí misma para darme seguridad, pero la verdad era que había algo en Hugo que me hacía pensar que la cosa no iba a ser tan fácil.

Despejé la cabeza y abrí la puerta. Hugo estaba incorporado en su cama leyendo un libro. Llevaba puestas unas gafas de pasta que, lejos de quedarle mal, lo hacían aún más interesante; ¿era eso posible?

—¿Qué tal estamos hoy, señor Román?

—Vamos a ver, Olivia, hace ya unos días que nos conocemos, ¿podrías llamarme Hugo, por favor? Será mejor que vayas acostumbrándote, porque quedará fatal que me llames «señor Román» cuando quedemos para cenar.

—Que yo sepa, ni tú me has propuesto ni yo he aceptado ninguna invitación tuya a cenar.

—Pero la aceptarás. —Me guiñó un ojo; yo no tenía claro si me irritaba o me hacía gracia la seguridad que mostraba siempre. Nunca había salido con nadie que estuviera tan seguro de sí mismo y que a la vez irradiara tanta autoridad. Por una parte, me gustaba (demasiado), y por otra, me daba miedo. Cuando sentía atracción hacia un hombre estaba acostumbrada a ser yo la que tuviera el control de la situación. Hugo me descolocaba, así que preferí cambiar de tema.

—Estás evolucionando muy bien. Eres un poco quejica con la rehabilitación, según me han contado, pero a este paso en una semana tendré que darte el alta.

—No sé si quiero irme tan pronto. Al final me va a gustar y todo estar aquí sin hacer nada. Y no soy quejica, Marta es muy exigente con los ejercicios.

—En eso consiste la rehabilitación. Haz caso a todo lo que te diga Marta, es la mejor en su trabajo. Bueno, Hugo, tengo que irme. Por la tarde volveré a

pasarme para ver qué tal sigues.

—Aquí estaré. Esperándote.

Hubo dos cosas que me llamaron la atención de mi comportamiento. Una, que esa era la primera vez que me dirigía a un paciente por su nombre. Y la otra, que no era necesario que volviera a pasar otra vez esa tarde. Entonces, ¿por qué lo hacía?

La mañana se me hizo larguísima; no tenía ninguna operación programada, así que estuve todo el día pasando consulta, cosa que no me entusiasmaba en exceso. Por si eso fuera poco había estado todo el tiempo esperando el momento de volver a ver a Hugo. No sabía bien cuál era el motivo, pero tampoco quería analizarlo mucho.

Por fin iba camino de su habitación cuando me quedé clavada en el suelo. Empecé a temblar casi sin ser consciente de ello. Miré a mi alrededor intentando buscar la ayuda de alguien conocido, pero estaba en una planta poco transitada y no había nadie... ¡Maldita mala suerte!

Delante de mí estaba Rafa. Lo que hice nada más verlo (como si fuera una peli de terror de las malas) fue abrir la primera puerta que encontré y cruzarla. Para mi desesperación daba a una habitación vacía. ¡Qué bien lo había hecho!

—Hola, princesita, ya veo que quieres intimidad.

—Rafa, ¿cómo has averiguado dónde trabajo? —No sabía cómo ganar tiempo. Realmente en ese momento me importaba poco cómo lo hubiera averiguado. La cuestión era que estaba allí y yo quería salir de esa habitación cuanto antes.

—Aún no lo has entendido, ¿verdad? Yo tengo contactos en todos los sitios. Puedo conseguir la información que quiera. Por cierto, has elegido muy bien el instituto para nuestra hija. El único privado de la zona.

No iba a dejar que el miedo me paralizase. Tenía siempre en la cabeza una frase que no sé dónde había oído: «hazlo, y si te da miedo, hazlo con miedo».

Tenía que salir de allí. Aunque no sabía bien cómo, ya que era incapaz de moverme. Rafa estaba cada vez más cerca, parecía que iba a besarme.

Cuando lo tuve casi encima lo empujé, y eso fue un error por mi parte. Me dio un puñetazo que me giró la cara, y noté el sabor de la sangre en mi boca. Hacía dieciocho años que no lo notaba. Me había partido el labio.

Volvió a acercarse y yo estaba tan mareada que respondí por inercia: levanté mi rodilla con toda la fuerza que pude, Rafa se dobló por el dolor.

Durante los primeros años que viví en Madrid había ido a defensa personal y a boxeo, eso me hacía sentir más segura. Hacía mucho tiempo que lo había dejado, pero por lo visto no había olvidado lo básico.

Salí lo más rápido que pude de la habitación y llamé a seguridad. Se asustaron al verme, pero insistí en que no era nada. Les informé de que había un hombre en la habitación 128, les dije que lo sacaran de allí y que no lo dejaran entrar más en el hospital.

Aún temblando y sin ser muy consciente de nada, mis piernas me llevaron a la habitación de Hugo. Abrí la puerta todavía un poco aturdida.

—¿Pero qué cojones te ha pasado?!

Giré la cara y me miré en el espejo. Mi bata se había manchado de sangre, mi labio estaba cada vez más hinchado y mi pómulo empezada a tener un color rojo tirando a morado. No debí haber entrado estando así. Intenté mantener el control, pero las rodillas cada vez me temblaban más. Me dejé caer hasta que me senté en el suelo. Me puse las manos en la cara. No iba a llorar, no soltaría ni una lágrima más por Rafa. Pero estaba a punto de darme un ataque de ansiedad, notaba que me faltaba el aire. Metí la cabeza entre mis piernas e intenté respirar de manera pausada.

Antes de darme cuenta, Hugo estaba a mi lado e intentaba cogerme. Entonces sí recuperé el control.

—¿Se puede saber qué haces intentando cogerme con el brazo como lo tienes?!

—Olivia, déjate de gilipollices y dime de una vez qué te ha pasado.

—Nada. Un paciente que no estaba de acuerdo con mis métodos. —Ya me había levantado del suelo y estaba limpiándome el labio con un pañuelo. Necesitaba salir de allí, recuperar el control y sobre todo estar un rato sola. Pero sabía que Hugo no me lo pondría fácil.

—¡¡Y una mierda!! Estás temblando. No te conozco mucho, pero estoy casi seguro de que si un paciente te pusiera una mano encima montarías en cólera y no temblarías así.

Me había pillado; ¿desde cuándo era tan transparente? Tenía que decirle una parte de verdad o no me dejaría en paz. Y sabía perfectamente cómo hacerlo. Siempre me había funcionado lo de alejar a la gente de mi lado siendo borde.

—Mira, Hugo, es un tema personal que no te importa y que no quiero contarte, así que nos vemos mañana. Buenas noches.

Salí de la habitación y mientras me iba lo oí gritar:

—No te pienses que esto va a quedar así.

Me alejé lo más rápido que pude.

6. De mal humor

No sabía qué hacer. No podía estar tumbado mucho más tiempo, pero la habitación no daba para mucho y llevaba un rato dando vueltas de un lado para otro. Me hubiera gustado salir a que me diera el aire, pero no me dejaban, al menos de momento.

Olivia no había venido en todo el día a verme y mis compañeros parecían estar muy ocupados para dedicarme cinco putos minutos. La que sí había estado un rato fue mi madre. Le había llevado a la enfermera a la que le chilló la noche anterior un bizcocho, según le dijo casero, aunque eso no se lo creía ni ella; mi madre no es de las que se dedican a hacer bizcochos, bueno, ni bizcochos ni casi nada que implique meterse en la cocina. A mí me llevó unas tortitas de arroz pasadas, aún estaba enfadada conmigo porque insistía en que no me habría costado nada mirar antes de cruzar. Por si eso fuera poco decidió marcharse cinco minutos después de llegar, según ella tenía muchas cosas que hacer. Yo desconocía qué cosas la mantenían tan ocupada

como para no poder pasar la mañana en el hospital con su único hijo. Aunque tampoco sé si hubiera sido buena idea que se quedara mucho rato, no era precisamente la compañía que necesitaba en esos momentos. En fin, que mi humor era cada vez más negro.

No tenía a Olivia por una mujer cobarde precisamente, y sin embargo no había asomado su preciosa cabecita por mi habitación en todo el día. Me mataba no saber qué le había pasado la tarde anterior para que hubiera aparecido en ese estado.

Olivia me tomaba por imbécil, pero el terror que reflejaban sus ojos, y que tan bien ocultó en tan poco tiempo, yo lo había visto en infinidad de ocasiones. Soy policía. Parecía que a Olivia ese pequeño detalle se le escapaba.

En ese momento entró Laura en mi habitación cortando todos mis pensamientos.

—¿No tenemos un buen día?

—Grrr... —Todo coherencia, y eso que Laura me caía bien.

—Ya veo que no. Por cierto, dile a tu madre que Noelia me ha dejado probar el bizcocho y que está buenísimo. Qué mujer tan estupenda es tu madre.

—Pues será contigo —susurré.

—¿Perdón?

—Que sí, que es un encanto de mujer.

—Venga, Hugo, alegra esa cara, que te traigo buenas noticias. Me han dicho que si sigues así en dos días podrás marcharte a casa. Anímate, que en casa las cosas se ven de otra manera.

—Supongo que sí. Pero no me apetece irme precisamente en estos momentos.

—¿No tendrá nada que ver cierta doctora sexi?

—Cuando acabó la frase, se me iluminó la bombilla.

—Tú conoces bien a Olivia, ¿verdad, Laura?

—Bastante; compartimos piso desde hace casi dieciocho años, somos como hermanas. Sí, diría que muy bien. —La cosa se ponía mejor por momentos.

—No me gustaría irme de aquí sin conseguir su número de teléfono. Si tú pudieras conseguírmelo de alguna manera...

Puse cara de niño bueno y Laura sonrió, con una mezcla de simpatía y pena. Por primera vez me di cuenta de lo bonita que era. Las dos amigas no se parecían en nada. Olivia te cortaba la respiración en el primer momento que la mirabas. Laura era bonita de otra manera, tenías

que mirarla más, pero cuanto más la mirabas más guapa la veías.

—Lo siento, pero ahí no puedo ayudarte. Si quieres su teléfono solo tienes que pedirselo. Seguro que te lo da.

—¿Cómo estás tan segura?

—No quiero que interpretes mal mis palabras. Ni siquiera sé por qué te las explico. Ya te he dicho que Olivia es como una hermana para mí, pero con ella lo difícil no es conseguir su teléfono. Incluso tener un par de citas no te resultará complicado. El reto es hacer que eso vaya más allá de los dos meses.

—Creo que lo entiendo.

—Yo creo que no. Olivia tiene el corazón blindado. Lo ha pasado muy mal, y ojalá me equivoque, pero le va a costar mucho volver a confiar en un hombre. Es una mujer maravillosa, es listísima y ya ves que tiene un físico que corta la respiración, pero es incapaz de dejar entrar en su vida a ningún hombre. Llevo dieciocho años viéndolos salir al poco tiempo de entrar. Y solo tienes que mirarla para darte cuenta de que hombres no le han faltado ni le faltarán... Bueno, ya he hablado suficiente, que hay veces que no sé parar.

Se puso a mirar mi historial con mucha concentración y supe que no iba a sacarle nada más, así que cambié de tema.

—¿Y qué me dices de ti?, ¿tienes pareja?

—No creo que eso te importe. —Se dio cuenta de que había sonado muy tajante e intentó arreglarlo—. Tampoco es fácil encontrar a alguien que encaje conmigo. —En su voz había mucha pena y eso disparó mi curiosidad. Vaya dos mujeres llenas de misterios.

—No pretendía ser grosero ni meterme donde no me importa. Pero las dos sois preciosas y tenía curiosidad. Ya lo decía mi abuela: la curiosidad mató al gato.

—La mayoría de veces el físico es lo de menos. Olivia es preciosa, yo del montón.

—No te equivoques, Laura; eres muy bonita, solo tienes que creértelo.

En ese momento se cerró la puerta de mi habitación y los dos nos sobresaltamos. Era Daniel, que acababa de entrar. Por fin se dejaba ver, ya era hora.

—¿Interrumpo algo? Si queréis vengo más tarde...

La voz de Daniel sonó mucho más seca que de costumbre, y las mejillas de Laura se pusieron de

un color rosa tirando a rojo. Dejó mi historial en su sitio, se disculpó muy bajito y salió de la habitación. Nada más cerrarse la puerta, Daniel se giró hacia mí.

—Pensaba que a ti la que te gustaba era la doctora.

—Se llama Olivia.

—Ya sé cómo se llama. Te traigo un informe de ella, por si se te ha olvidado. No he podido venir antes porque me tenías muy ocupado, investigando para mantenerte informado de vidas ajenas.

—¿Algo que destacar? —Tuve que contenerme para no arrancarle el informe.

—Mejor lo lees tú mismo.

—Tendrías que hacerme otro favor —no esperé respuesta—, ¿podrías investigar también la vida de la amiga? De Laura, la enfermera que acaba de salir. No hace falta que indagues tanto como con Olivia.

—¿Te das cuenta del trabajo extra que esto supone para mí? Muy aburrido tienes que estar. Además, ¿para qué coño quieres conocer la vida de la enfermera?

—Tú investiga y ya está.

—¿Y si no me da la gana?

—¿Se puede saber qué te pasa? Soy yo el que está de mal humor y el que tiene que permanecer aquí sin poder moverse.

—¿Y por eso me tienes a mí como si no tuviera otra cosa que hacer que allanarte el camino de tus ligues?

—Ya veo que no soy el único que se ha levantado hoy con el pie izquierdo.

—No voy a investigar a Laura. Si quieres información sobre ella, la buscas tú cuando salgas.

En ese momento la puerta se abrió y apareció por ella la causante de mi mal humor.

Me incorporé en la cama para poder verla mejor. Estaba preciosa, y eso que tenía el labio hinchado y el pómulos de un color lila oscuro con no muy buena pinta.

—Buenos días.

Se comportaba como si el día anterior no hubiera estado a punto de tener un ataque de ansiedad. Como si alguien no la hubiera golpeado tan fuerte como para dejarle su bonita cara hecha un cristo. Cada vez que lo pensaba los nudillos se me ponían blancos de tanto apretar.

—¿Qué tal, doctora? Ya veo que tan guapa como siempre. Pero ¿qué le ha pasado en la

cara?

—Un paciente descontento.

—Si tiene cualquier problema recuerde que somos policías.

Yo presenciaba la conversación entre Daniel y Olivia como si estuviera viendo un partido de tenis. Y me dio rabia que, llevando toda la mañana solo, Olivia apareciera justo cuando estaba Daniel.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo está hoy, señor Román?

Olivia mantenía de nuevo las distancias; ya no era Hugo, volvía a ser el señor Román.

—Pues muy bien, aunque estaría mucho mejor si me explicara qué le pasó ayer. ¿Quién fue el que la golpeó de tal manera que le dejó así la cara? —Le señalé su rostro y ella parpadeó muy rápido, estaba claro que no esperaba que fuera tan directo.

—Ya le dije ayer que eso es asunto mío y que a usted no le importa.

—Resulta que soy policia, quizá sí me importe.

La vi palidecer y un instante después subirle un color rojo de lo más intenso, estaba preciosa y tenía claro que iba a contraatacar.

—Mire una cosita, señor Román. No se le ocurra amenazarme; si pretende hacerme un interrogatorio, me dice dónde está su comisaría y el día que se me cite allí estaré, encantada de responder a todas sus preguntas. Pero como esto es el hospital donde yo trabajo y aquí mando yo, puede irse usted a la mierda. Buenos días.

Pegó tal portazo al salir que por poco no sacó la puerta de las bisagras. Aunque la risa de Daniel amortiguó bastante el ruido del golpe.

—Estás sembrado, Hugo. No sé cómo te lo vas a montar para conseguir una cita con ella.

—No te preocupes por eso. Algo se me ocurrirá.

7. No era mi día

Volvía a tener paranoias. Cada vez que salía a la calle miraba atrás cada dos segundos para ver si alguien me seguía.

Sabía que no aguantaría mucho tiempo en ese estado de tensión y nervios, pero esperaba que Rafa se cansara de lo que fuera que había ido a hacer a Madrid y se marchara pronto. Aunque en el fondo sabía que eso no iba a pasar. Había encontrado un filón conmigo y lo iba a exprimir hasta no dejar nada.

Me había vuelto a pedir dinero, y esta vez a través del móvil. Cómo había conseguido mi número aún lo desconozco. El mensaje era claro. Quería más dinero. Y me amenazaba diciendo que un puñetazo no era nada comparado con lo que me iba a hacer si no accedía. El texto era largo y estaba plagado de amenazas. Con el tiempo se había vuelto aún más violento.

Debía ir a la policía, pero no quería hacer pasar a mi hija por todo aquello. Teníamos nuestra vida hecha y me fastidiaba enormemente que Rafa viniera otra vez a joderlo todo. Como si no me hubiera jodido ya bastante en el pasado.

Esa mañana me levanté y salí a correr, como cada día. Pero tanto darle a la cabeza hizo que llegara tarde al trabajo, y eso que no tuve que dejar a María en el instituto, ya que ese día tenía fiesta.

Llegué cuando apenas faltaban dos minutos para que empezara mi turno. Ya sé que no es tarde, pero me encanta llegar al trabajo con tiempo y tomarme mi café tranquilamente. A ser posible sola, no soy del todo persona hasta que no me bebo mi primer café. Manías.

Hacía dos días que le había dado el alta a Hugo, y tenía un sentimiento algo contradictorio. Por una parte, había sido una liberación, y por otra, y de una

manera absurda, lo echaba de menos.

Siempre dejaba la visita diaria de Hugo para el final de mi jornada, de esa manera podía quedarme más rato hablando con él, o dependiendo del día pasaba por su habitación dos veces.

Me había acostumbrado a esas charlas, cortas, pero en las que podía conocerlo un poquito más. Ahora al acabar mi jornada me iba a casa un poquito más desanimada. Al principio no sabía cuál era el motivo, pero tardé poco en descubrir que también echaba de menos hablar con él.

Hugo tendría que seguir asistiendo a los controles y visitarse conmigo, así que continuaría viéndolo. Algo era algo. Me pareció patética mi manera de pensar, como si necesitara ver a alguien para estar mejor. Solo había sitio para dos personas en mi vida: Laura y María. Al pensar en María decidí llamarla, pero cuando fui a coger el móvil me di cuenta de que me lo había dejado en casa. Vaya día llevaba.

8. Las casualidades no existen

Desde que me incorporé al trabajo, me tocaba quedarme en la comisaría y hacer todo el puñetero papeleo. Un trabajo pesado que no me motivaba lo más mínimo. Como la recuperación iba tan bien, esperaba estar en la calle en poco tiempo.

Había leído el informe de Olivia unas cien veces. No había mucha cosa. De hecho, creo que Daniel lo podía haber hecho infinitamente mejor. Pero preferí no decirle nada, llevaba unos días de mal humor. Lo volví a leer.

Me conmovió saber que los padres de Olivia murieron en un accidente de coche cuando era apenas una adolescente. Y que se quedó sola. Con mucha pasta, pero sola. Debió de ser difícil para ella salir adelante siendo tan joven y sin tener a nadie.

Más me impresionó saber que tenía una hija de diecisiete años. Jamás, en ninguna de las conversaciones que habíamos tenido, la había nombrado; de hecho, yo pensaba que Laura y ella vivían solas. Como en el informe también ponía

su edad, pude saber que tuvo a la niña siendo muy joven.

Se graduó en la universidad con unas notas impresionantes (encima de estar buenísima era un cerebritito) y trabajaba en el mismo hospital desde que acabó la carrera. Compartía piso con Laura y con su hija. Y poco más. No tenía ni una puñetera multa de tráfico.

Tenía la cabeza que me iba a explotar. ¿Dónde estaba el padre de la niña? María, que así se llamaba su hija, llevaba los apellidos de su madre. Del padre no había ni rastro. ¿Qué habría pasado entre ellos?, ¿sería viuda? Esta última pregunta no tenía mucho sentido; aunque fuera viuda, María llevaría los apellidos de su padre. Además, si el padre estuviera muerto, Daniel me lo habría puesto en el informe. Estaba tan saturado que no sabía bien para dónde tirar. Me iba a levantar para salir un rato a que me diera el aire cuando uno de mis compañeros picó en la puerta de mi despacho.

—Adelante. —Tomás asomó la cabeza por la puerta sin entrar del todo.

—Inspector, aquí fuera hay una adolescente que dice que a su madre la han amenazado por el

móvil. Yo me voy a almorzar, tampoco creo que sea importante. ¿Se encarga usted?

—¿De verdad me estás diciendo, Tomás, que no hay nadie en toda la puta comisaría que pueda tomarle los datos a la niña? ¡Joder!

—Casi todos han salido a almorzar y el resto está ocupado en otras cosas.

—Y yo no estoy ocupado, ¿verdad? Anda, dile que pase.

No era el mejor momento para hablar con una adolescente. Pero, desde que volví, a mis compañeros les encantaba que fuera yo el que hiciera ese tipo de trámites (sabían que lo odiaba, ¡cabrones!).

Cuando oí la puerta cerrarse y levanté la cabeza, un escalofrío me recorrió la espalda. O me estaba obsesionando o esa niña tenía los mismos ojos que mi doctora maciza.

Era alta, delgada, con muchos granos en la cara y un cuerpo bastante desgarrado, típico de una edad en la que se crece muy rápido. Con todo y con eso, cuando pasara la adolescencia sería guapísima.

—Hola, buenos días. No sabía dónde ir y he pensado... No sé bien que hago aquí..., pero mi madre...

—Vamos a ir por partes. Pasa, siéntate y tranquilízate. ¿Quieres algo de beber? —Llegó hasta la silla bastante indecisa, pero se sentó con la espalda muy recta. Parecía mucho más segura de lo que correspondía a su edad.

—Un vaso de agua, por favor.

Salí a coger un vaso de agua a la fuente que había fuera y me di cuenta de que la mayoría de mis compañeros se encontraban en sus puestos o hablando entre ellos; ¿no estaban todos ocupados? Cuando volviera a la normalidad los iba a cargar de guardias.

Entré en mi despacho y le di el vaso de agua que me había pedido. Se lo bebió de un trago.

—Gracias, no me había dado cuenta de la sed que tenía.

—De nada. Ahora, dime, ¿cómo te llamas?

—María, me llamo María.

Las putas casualidades no existían. Tenía delante de mí a la hija de la mujer que me quitaba el sueño.

—Vale, María, quiero que te tranquilices y que me expliques las cosas poco a poco y desde el principio. —La vi coger aire y respirar hondo.

—Lo intentaré. Mi madre cree que no me entero de nada, pero de un tiempo a esta parte está

como ida, muy nerviosa. Y encima el otro día vino del hospital donde trabaja con la cara hecha un asco. Me dijo que había sido un paciente, pero no me lo creo. Fue entonces cuando empecé a sospechar que igual tenía algo que ver mi padre. Porque, aunque mi madre nunca me ha explicado nada, las he oído hablar a ella y a la tía Laura un montón de veces. Así que cuando esta mañana se ha ido al hospital y se ha dejado el móvil, pues me he puesto a chafardear y he encontrado esto.

Me pasó el móvil y faltó poco para que se me cayera al suelo, en la pantalla vi a María con su madre. No podía estar más guapa.

—Vamos a ver si lo he entendido bien: ¿tú nunca has visto a tu padre?

—No. Por lo poco que sé, él vive en Barcelona y mi madre estando embarazada de mí se vino a vivir a Madrid. Casi nunca hablamos de él porque sé que a ella le hace daño.

—Supongo que estaba muy enamorada de él, quizá os abandonó.

—No lo sé. Dejé de preguntar hace mucho tiempo. Pero si en diecisiete años no he sabido nada de él es que mucho no le importaré. Aunque yo vengo por el mensaje que he encontrado en su móvil.

Tendría que ser un poco más sutil, porque la niña tonta no era y yo no paraba de preguntar cosas personales que tampoco venían a cuento.

—Déjeme un momento el móvil, que lo desbloqueo y se lo enseño.

Le pasé el móvil y memoricé la contraseña.

—Mire es este wasap de aquí.

Leí el wasap y tuve que hacer un esfuerzo para que mi cara no reflejara nada de lo que sentía, de lo contrario María acabaría dándose cuenta de que conocía a su madre.

—Pues tienes razón; esto es una amenaza, y bastante grave. ¿Alguna idea de quién puede ser?

—Yo solo conozco a un Rafa, y es mi padre.

9. Soy una mujer adulta

Volví a casa del trabajo e hice una cosa que no había hecho jamás. Me llevé el expediente de Hugo. Con todos sus datos personales, incluido el teléfono, por supuesto.

Esa tarde lo vi todo claro. O tenía un par de citas con Hugo y me acostaba con él, o nunca lograría sacármelo de la cabeza. Estaba empezando a sentir cosas que no podía permitirme. Así que decidí acabar con aquello lo antes posible.

Nada más llegar a casa me puse una copa de vino y marqué su número sin pensármelo mucho. Dejé de lado el nudo que tenía en el estómago, había hecho eso infinidad de veces. Era una mujer adulta y libre para elegir si quería acostarme con un hombre.

Cogió el teléfono al segundo tono. Fui directa al grano.

—Hola, Hugo. Soy Olivia, tu doctora. Te llamaba por si te apetecía cenar una de estas noches conmigo.

Hubo un silencio bastante más prolongado de lo que yo me esperaba. Normalmente los hombres no tardaban tanto en aceptar una cita conmigo. ¿Y si decía que no?

—De acuerdo. Te paso a buscar este viernes a las ocho y media. Nos vemos.

Dicho esto, colgó y yo me quedé mirando el teléfono con cara de idiota. ¿Qué se había pensado aquel tío? Lo había llamado yo, pero era como si él tuviera que decir la última palabra. Había elegido día y hora sin ni siquiera preguntarme, y lo más importante, ¿cómo iba a buscarme si no tenía mi dirección?

Me dije a mí misma que debería llamarlo y anular la cita, pero en el fondo sabía que no lo iba a hacer. Necesitaba quedar un par de veces con él y que disminuyera esa especie de ansiedad que sentía cada vez que oía su voz, y que era totalmente desconocida para mí.

Llegó la noche de la esperada cita. Estaba histérica, lo de mujer adulta no acababa de funcionar para controlar mis nervios y encima llevaba lista desde las ocho. María se quedaba a dormir en casa de Alba, su amiga del alma. Y como Laura no estaba en casa, había tenido toda la tarde para arreglarme. Pero calculé mal el tiempo y por eso llevaba casi media hora sentada en el sofá, bebiendo vino.

Me estaba tomando la tercera copa para ver si se me tranquilizaba (tranquilizarme no sé si lo haría, pero a ese ritmo con pocas copas más estaría borracha) cuando oí que la puerta se abría.

Era Laura. Cada día plegaba más tarde.

—Hola. Este trabajo va a acabar conmigo, no puede ser... ¿Se puede saber dónde vas vestida así?!

—He quedado con Hugo.

—Ah..., vas a volver a hacerlo, ¿verdad? Te acostarás con él y en pocos días lo echarás de tu vida, como si no hubiera pasado nada.

—Laura, cariño, no quiero que te ofendas, pero ¿puedes hacer el puto favor de dejarme vivir y hacer con mi vida lo que me dé la gana? Que para eso es mía.

—Me daría igual que salieras con un equipo de fútbol entero y a la vez, si eso te hiciera feliz. Pero nada de esto te hace feliz.

—¿Y tú?, ¿eres feliz? Yo por lo menos hago algo. No hacer nada para no exponerte tampoco es que sea muy normal.

Me había levantado del sofá de golpe y la cabeza se me fue ligeramente. Me acerqué a la mesa y dejé la copa de vino, por el momento ya era suficiente.

—Tú haces algo, pero no te expones lo más mínimo, y lo mío es diferente. Ya sabes por qué yo no salgo con nadie.

—Sí, lo sé, pero eso no quiere decir que lo entienda o lo comparta.

—Claro que no lo entiendes. Tú no tienes ni idea de lo que es. Tú tienes a María.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? No puedo salir con alguien y engañarlo.

—Vamos a ver, Laurita, que a veces pareces tonta. Tú no engañas a nadie. No puedes tener hijos. Punto. No vas a ir a cada cita que tengas con un cartel colgado en la frente, eso sería raro.

—No se trata de llevar un cartel, pero a mí me da la sensación de que si salgo con alguien lo estoy engañando; no soy una mujer del todo, me han quitado algo muy importante y me veo incompleta, ya sabes cómo me hace sentir esto.

—Sí, pero eres tan mujer como yo o como cualquier otra. No se es más mujer por poder tener hijos.

A Laura empezaron a brillarle los ojos, así que me acerqué y la abracé fuerte. Sabía que eso era lo que necesitaba en aquel momento.

Cuando María era pequeña, Laura tuvo cáncer. Tuvieron que realizarle una histerectomía total. Y nunca volvió a ser la misma. A pesar de lo fuerte que fue en todo momento, cada mala noticia la iba hundiendo un poco más. Cuando conseguía reponerse venía otra mala noticia y otra vez tenía que ser fuerte para afrontarla, y lo hacía, lo superaba todo, pero algo se apagó en ella.

Pasamos por todo el proceso juntas, la acompañé a cada sesión de quimioterapia. Su padre y yo estuvimos a su lado siempre. Recuerdo perfectamente a su padre, Manolo, sonreír y darle fuerzas diciendo que no pasaba nada, que eso lo superaba su niña con los ojos cerrados, y llorar en mi hombro como un crío cuando salíamos del hospital.

La madre de Laura había muerto cuando ella era pequeña y su padre nunca rehízo su vida con otra mujer. Manolo asumió a la perfección el papel de padre y madre en esos momentos tan duros para su hija.

Habíamos hablado infinidad de veces del tema. Laura pasó por muchísimos estados de ánimo y yo siempre me mostré comprensiva, pero últimamente estaba siendo mucho más dura con ella. Quería que reaccionara. Habían pasado muchos años y Laura era una persona increíble y estaba cerrada en sí misma. Se negaba a salir con alguien. Y estaba privando a los hombres de la mejor mujer que yo había conocido.

Iba a decirle algo cuando sonó el timbre. Le di un beso muy fuerte y le dejé todo el pintalabios marcado.

—Anda, vete ya y no lo hagas esperar. Que cuando te vea igual tienes que hacerle una reanimación y todo.

—No seas exagerada. Un día te dejaré este vestido, me encantaría verte con él puesto.

—Tú estás loca, si con eso no podría ni respirar...

Me despedí de ella mientras me pintaba los labios en el espejo de la entrada. La miré y recordé la de veces que habíamos hablado de que adoptara un niño o una niña. Pero Laura decía que con los horarios del hospital no podría dedicarle tiempo y que no quería tener un hijo para que se lo cuidaran otros. De nada servía que le dijera que María y yo le echaríamos una mano (con todo lo que ella había hecho cuando María era pequeña le debía mucho más que eso). Incluso su padre le había dicho en numerosas ocasiones que él la ayudaría en todo lo que necesitara. Pero yo sabía que en el fondo ese no era el motivo. Laura era totalmente capaz de criar a un hijo o a una hija ella sola, pero era una romántica o tenía un concepto de la familia bastante anticuado, como queráis llamarlo; la cuestión era que nunca adoptaría ella sola.

Bajé por el ascensor. Siempre bajaba por las escaleras, pero con los tacones que llevaba sería un suicidio.

Cuando llegué abajo respiré hondo y volví a repetirme que era una mujer adulta. Me comportaría como una señora.

10. Nuestra primera cita

La estaba esperando apoyado en el coche. Me sorprendió tanto que mi doctora maciza me llamara, que durante esos días había barajado un montón de posibilidades, a cuál menos posible.

En un principio pensé que su hija le había contado algo de lo que habíamos hablado en la comisaría, pero los dos decidimos esperar a que fuera Olivia la que diera el paso. Y María se mostraba tan serena y responsable para la edad que tenía que no creía que se le hubiera escapado nada. Eso sí, le dije a María que me hiciera una especie de itinerario para saber dónde estaba su madre en todo momento, y que a la menor sospecha de algo se pusiera en contacto conmigo.

No tenía ni idea de qué había llevado a Olivia a llamarme hacía dos días, pero pensaba averiguarlo en breve.

Una cosa sí tenía clara: no podía acostarme con ella. Ni en esta cita ni en las próximas. Por lo que me había dicho Laura, cuanto antes me acostara con Olivia antes me daría puerta, y no es que me

quisiera casar con ella ni nada parecido, pero sí me gustaría conocerla un poco más. Me tenía de lo más intrigado, así que atrasaría ese momento todo lo que pudiera. ¿Cómo lo haría? Ni puta idea.

La noche se había quedado estupenda y no hacía nada de frío, de manera que cuando la puerta del portal de Olivia se abrió y la vi salir me sorprendió el escalofrío que me recorrió.

La había visto con el pelo recogido, con el uniforme de trabajo y la vez que la vi en el bar con aquel abrigo largo. Por eso cuando la observé caminar hacia mí con un vestido cortísimo de color negro de manga larga, un escote de infarto, el pelo suelto y maquillada pensé que había sido un auténtico gilipollas al creer que si esa diosa quería acostarse conmigo yo podría ni siquiera plantearme alargarlo o dejarlo para otro día (iluso).

Estaba tan impresionante que los coches paraban en mitad de la calle para verla pasar. Uno incluso sacó la cabeza por la ventanilla para mirarla bien. Ella parecía ajena a todo.

—Hola, ¿qué tal?

Me plantó un beso muy pequeño en los labios, fue más un roce. Y yo me quedé allí quieto como

si fuera un cervatillo al que hubieran deslumbrado.

Entramos en el coche y en el preciso instante que cerré la puerta me di cuenta de que no había sido buena idea. Nunca mi coche me pareció tan pequeño e íntimo. Y una falda tan corta.

—¿Qué tal llevas el brazo?

Su voz sonó algo temblorosa, y pensé que quizá no era el único que estaba incómodo.

—Pues mucho mejor; la rehabilitación me está yendo muy bien, aunque Marta sea un poco sádica. Bueno, también gracias a la doctora que me operó, que lo hizo con mucho cariño.

—Es que la doctora que te operó es una profesional muy buena. Y no hables así de Marta, que es una fisioterapeuta estupenda.

—Si no digo yo que no, pero tendrás que reconocer que un poquito sí disfruta con el sufrimiento ajeno.

Fuimos a cenar a un restaurante precioso, pero que estaba algo retirado, así que durante el camino pudimos hablar un poco y relajar ligeramente el ambiente. Eso me distrajo de pensar en la longitud de la falda de Olivia.

La cena transcurrió mucho menos tensa de lo que esperaba. Claro que al ritmo que mi doctora

bebía haría hablar a la persona más reservada. Hablamos un poco de todo sin entrar en demasiados detalles; me explicó cómo se había sacado la carrera y muchas anécdotas de su trabajo, yo hice lo mismo por miedo a meter la pata y a que se diera cuenta de que conocía muchas más cosas de ella de las que me contaba. Nos reímos bastante y comprobé que yo estaba mucho más a gusto de lo que me hubiera imaginado.

Después de cenar fuimos a un local a tomar unas copas. Me lo estaba pasando muy bien. Cuando ya llevábamos un rato allí, fui a la barra a pedir la última ronda. Al terminar el camarero de servirme, me giré y fijé mi mirada en Olivia. En ese mismo instante supe que no podía dar marcha atrás. Estaba totalmente loco por ella.

Olivia ya estaba borracha. Bailaba con los ojos medio cerrados y una dejadez ebria que hacía que todo su alrededor se parara a mirarla. Pero ella solo me miraba a mí. Y me estaba poniendo tan caliente que tuve que inventarme la excusa de que trabajaba al día siguiente para sacarla de allí.

De camino a su casa tuve que parar el coche dos veces porque se mareó. Y a mí me dio la risa

tonta porque hacía mucho tiempo que no llevaba a una tía en ese estado a su casa.

Aparqué el coche y la acompañé al portal, pero al ver lo que le estaba costando meter la llave en la cerradura la cogí en brazos y la subí a su casa. Muy mal debía de estar para que no saliera la doctora que llevaba dentro y me regañara por cogerla con el brazo como lo tenía.

Intenté poner todo el peso de Olivia en el brazo sano; no es que Olivia pesara mucho, pero el brazo izquierdo aún me dolía.

—Nooo crreo que ssté en condifiones de hacerr nadaaa essta noche.

—Cuento con ello; me portaré como un caballero, te meteré en tu cama y luego me iré.

—Ya vereemoss.

Al entrar en su casa me di cuenta de que no había nadie. Me explicó (como pudo) que María dormía en casa de una amiga y que Laura había salido.

Busqué su habitación y la dejé encima de la cama, pero Olivia me arrastró con ella. Me levanté casi con la misma rapidez que había caído, y es que no era buena idea estar tan cerca de Olivia, y menos en la misma cama.

—No seas mala. Voy a traerte un ibuprofeno y un vaso de agua. Mañana seguro que me lo agradecerás.

Fui entrando en casi cada habitación hasta que di con la cocina. Me costó un buen rato encontrar los medicamentos, así que pensé que cuando volviera a la habitación de Olivia igual ya estaría dormida.

Pero cuando llegué me esperaba el mejor espectáculo que mis ojos habían visto nunca. Y es que allí estaba ella, sobre la cama, con un conjunto de ropa interior digno de cualquier fantasía sexual. ¡Llevaba hasta liguero! Me quedé clavado en la puerta de su habitación sin poder apartar los ojos de aquella mujer.

—Esstoy muchoo máss despejada, ven aquí conmigoo.

Aunque aún arrastraba un poco las palabras debido a la borrachera, su voz sonó de lo más sexi, y a mí se me secó hasta la garganta.

—No creo que sea buena idea, no me gusta acostarme con mujeres que están al borde del coma.

—¿Tú me vess a mí al bordee del coma?

Fue una mala idea decir eso. Se levantó de la cama y se fue acercando a mí. Y si un rato antes

no la hubiera visto palidecer en mi coche, habría pensado que se lo había inventado todo. Porque se la veía mucho más serena, por lo menos caminaba perfectamente en línea recta.

Mientras iba hacia mí, pude verla mejor. Estaba imponente. Y yo tenía que salir de allí. ¡Ya!

Dejé el vaso de agua con el ibuprofeno encima de una cajonera de la entrada para poder dar media vuelta e irme, pero me había dejado falto de reflejos, así que antes de que pudiera darme cuenta, Olivia había rodeado mi cuello con sus manos y me estaba besando. No llegué a devolverle el beso, porque si lo hacía no podría parar, así que tuve una de las reacciones más difíciles de mi vida. La aparté.

—¿Qué pasa?, ¿no quieres acostarte conmigo?

—Yo no diría exactamente eso, pero hoy mejor lo dejamos aquí.

—Perfecto. —Parecía enfadada.

Se dio media vuelta, se echó en la cama y se tapó. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue: «Vaya desperdicio de noche. ¿Qué gilipollas deja pasar a una mujer como esta? Seguramente nunca más tendré una oportunidad así». Pero mientras me dirigía al coche (y me daba un poco el aire) recapacité y me di cuenta de que había

hecho lo correcto. Olivia estaba borracha; no tanto como hacía un rato, pero sí un poco. Además, me gustaría tener otra cita con ella; si nos hubiéramos acostado esa noche igual no volvía a llamarme. Aunque posiblemente tampoco lo haría.

De camino a mi casa no podía quitármela de la cabeza. Esa imagen suya en ropa interior la tendría grabada en mi cabeza para siempre.

Lo primero que hice nada más llegar a mi casa fue ducharme con agua helada. Ni siquiera con la ducha se me pasó el calentón.

11. No tengo nada más que hablar contigo

Me desperté con un dolor de cabeza impresionante. Y eso que después de irse Hugo me levanté para tomarme un ibuprofeno.

Menuda borrachera que pillé. Menos mal que iba a portarme como una señora... No es que me arrepintiera de nada, volvería a hacer lo mismo, pero quizá bebería un poquito menos.

Lo que peor llevaba era el rechazo de Hugo. Había dado media vuelta y se había marchado como si nada, y no es que vaya de sobrada, pero ningún hombre me había rechazado nunca. Escocía. Mucho.

No sabía si llamarlo y pedirle disculpas por la castaña que pillé o mandarlo a la mierda y olvidarlo por decirme que no. También estaba la opción de que a Hugo no le interesara lo más mínimo y que lo de la noche anterior fuera una simple anécdota para él. Y que no quisiera verme más. Aunque aún tendría que volver a verlo; seguía siendo su doctora, y tenía que preguntarle dónde había conseguido mi dirección.

Dejé de darle vueltas a todo y cogí mi móvil de la mesita de noche para mirar si tenía algún wasap. Al ver que tenía diez empecé a hacerme ilusiones. Quizá alguno fuera de Hugo.

Las ilusiones se esfumaron demasiado rápido. Dos wasaps eran de Laura para ver cómo me había ido la cita con Hugo. Uno de María para decirme que estaba bien y que llegaría a las diez, como habíamos quedado. Los otros no eran de Hugo, sino de Rafa.

Eran las ocho de la mañana, podía quedarme en la cama hasta tarde, pero me resultaría imposible volver a dormirme, así que me vestí y me arreglé,

quizá un poco más de lo necesario debido a que me sobraba tiempo hasta que llegara María y a que tampoco pensaba mucho lo que hacía.

Aún pasó bastante rato hasta que oí las llaves en la puerta. Era María, la estaba esperando tomando mi segunda taza de café.

—Hola, cariño, ¿qué tal ha ido?

—Pues muy bien, mamá. Pero llamaste a los padres de Alba anoche y esta mañana, estás más que informada. —Parecía un poco molesta. Lo último que quería en esos momentos era discutir.

—María, por favor, siéntate aquí, que quiero contarte algo.

María se sentó de inmediato, pocas veces me había dirigido a ella con tanta seriedad. Necesitamos dos horas y un paquete de pañuelos. Se lo expliqué todo. Era consciente de que aún era joven, pero prefería explicárselo con calma aprovechando que estábamos las dos solas y podíamos hablar tranquilamente.

Había tomado la decisión de denunciar a Rafa y sabía todo lo que se nos vendría encima. Me había vuelto a enviar un wasap de lo más amenazante, y aunque ya no me intimidaba como antes, no quería volver a darle dinero. Si cedía otra vez, aquello no se acabaría jamás. Y lo que era peor, él no se iría nunca.

Cuando estuvimos un poco más tranquilas, decidimos ir juntas a la comisaría. Durante el camino María solo abrió la boca para decirme:

—Mamá, en lugar de ir la comisaría del barrio, preferiría ir a la de la calle Agustín. Allí conozco a alguien.

No entendí muy bien a quién podía conocer mi hija en una comisaría, pero no quise darle demasiadas vueltas ni llevarle la contraria, así que fuimos hacia allí. Estuve pendiente de ella durante todo el camino, tenía los ojos rojos, pero parecía serena.

Había veces, como en ese momento, en las que María me daba pena. Siempre había sido una niña demasiado controlada, demasiado responsable,

demasiado adulta. No podía evitar pensar que era por toda la situación vivida y que en parte había sido culpa mía por haberme liado con el indeseable de su padre. Ella nunca había tenido una figura paterna. No tenía tíos, ni siquiera abuelos.

Pero cuando me paraba a analizarlo todo más detenidamente, lo fácil era culparme a mí de todo, aunque lo había hecho lo mejor que había podido y sabido. Además, si no hubiera conocido a su padre ella no habría nacido, así que no podía arrepentirme ni culparme por nada. Ella era lo mejor que me había pasado en la vida.

Lo que más me llamaba la atención era que acababa de contarle toda mi historia, que también era parte de la suya, no me había guardado nada, y ella parecía tan calmada. Es verdad que había llorado, pero desde que salimos de casa había levantado la cabeza, puesto recta su espalda y se mostraba muy tranquila y serena. Como siempre.

Tardamos un poco en llegar debido al tráfico, pero tuvimos suerte y aparcamos bastante cerca.

María entró en la comisaría con demasiada familiaridad, como si ya hubiera estado allí antes. Me asusté.

—Hola, me llamo María y me gustaría hablar con el inspector Román. Bueno, con Hugo. —Un sudor frío me recorrió la espalda. ¿De qué conocía mi hija a Hugo?

—Un momento, señorita, que lo aviso.

La sonrisa que me dirigió el policía no me gustó nada, pero estaba acostumbrada a ellas y a pasar de ellas también. Hugo tardó solo dos minutos en asomarse y se quedó a mitad de las escaleras mirándonos a las dos.

Yo había empezado a sudar de una forma alarmante, tuve que guardarme las llaves del coche en el bolso porque se me escurrían de lo que me sudaban las manos.

Una parte de mí quería respuestas y a la otra le daba miedo conocerlas.

—Hola, Hugo. Te presento a mi madre, Olivia.

—No, si ya...

—Encantada, inspector. ¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo? —Me sequé bien la mano en el pantalón y se la di a modo de saludo, no quise pensar en todo lo que estuvimos a punto de hacer hacía solo doce horas.

Nos llevó a su despacho y cuando me senté en la mesa los ojos casi se me salen al ver una carpeta con mi nombre y apellidos... ¡¿Qué cojones estaba pasando allí?!

Durante la siguiente hora le expliqué a Hugo los detalles de mi vida que creí que le serían útiles para la denuncia y me alegré enormemente de haber hablado antes con María. Aunque ella casi ni se inmutó con mi relato; solo yo podía saber lo que todo aquello le afectaba, porque cuando estaba muy nerviosa pestañeaba más rápido de lo normal. No obstante, si no la conocías parecía que la cosa no iba con ella.

También me enteré de que mi hija había ido a hablar con él unos días antes. Me explicó que había visto en mi móvil un wasap con amenazas y que se asustó. Le recriminé que podía haber hablado conmigo antes de acudir a la policía, pero preferí dejarlo pasar, ya que en esos momentos las dos estábamos muy nerviosas. Ya hablaríamos más tarde.

Hugo anotó todo lo que le expliqué y se mostró en todo momento muy profesional. Yo le habría estampado en la cabeza el sujetapapeles que tenía enfrente, seguía sin entender qué hacía con una carpeta con mis datos encima de su mesa.

Odio que invadan mi intimidad, pero hay otra cosa que odio por encima de todo: la mentira. Y Hugo me había mentado, ocultado datos, o como queráis llamarlo. Pero es que esa información era mía, y me pertenecía solo a mí. Además, había estado investigando sobre mi pasado, cosa que yo no entendía. ¿Por qué no me lo había dicho la noche anterior? Habíamos ido a cenar, nos habíamos besado y le había explicado cosas de mi vida que

probablemente él ya sabía. Me había hecho preguntas cuyas respuestas él ya conocía. Estaba claro que lo de la noche anterior había sido una cita solo para mí, para él seguramente solo se trataba de trabajo; ¿habría intentado sacarme información de algo?, ¿por eso no se había acostado conmigo?, ¿solo se trataba de trabajo? Mi cabeza iba a tope (y eso que tenía un poco de resaca aún), y la sangre me hervía.

Hugo me hizo unas cuantas preguntas más en tono impersonal, yo contesté en el mismo tono y cuando nos levantamos para irnos me cogió del brazo.

—¿Podemos hablar un momento? —Me solté de su agarre con bastante mala leche.

—Te lo acabo de decir todo. No tengo nada más que hablar contigo. A no ser que tengas novedades, entonces ya sabes dónde llamarme. Para todo lo demás haz como si no existiera.

Di media vuelta y me reuní con mi hija, que esperaba fuera. Supongo que con las últimas palabras que le había dirigido a Hugo había alzado la voz, porque al salir toda la comisaría nos miraba.

De camino a casa pensé que me había deshecho de Hugo mucho más rápido de lo que esperaba. Lo malo era que tenía algo que me atraía muchísimo, aunque estaba claro que ya no iba a acostarme con él. Me había mentido antes incluso de empezar; no iba a tolerar que siguiera jugando conmigo, ya era mayorcita para ir detrás de él como si fuera una adolescente. Así que se me ocurrió que la única manera de dejar de pensar en él era quedando con otro, para eso tenía mi lista de «amigos». Aunque sabía que no iba a funcionar, y me dio rabia no poder controlar la situación. No hacía tanto que conocía a Hugo. Solo nos habíamos visto una vez fuera del hospital. Entonces, ¿por qué estaba convencida de que no sería fácil sacarlo de mi cabeza?

12. Protección

La había cagado, pero bien. Cuando las vi a las dos en la comisaría y me fijé en la expresión de Olivia, me di cuenta de que estaba jodido. Pero cuando entró en mi despacho y vio su expediente encima de mi mesa la cara que puso lo dijo todo.

Estuve todo el día en el trabajo pensando en ella y no di pie con bola. La había llamado unas cuantas veces al móvil, pero no me lo cogió. Tampoco esperaba que lo hiciera.

Cómo me arrepentí de no haberme acostado con ella la noche anterior. No se me iba a presentar otra ocasión. Eso seguro.

Me pasé la tarde encerrado en el despacho averiguando cosas sobre el ex de Olivia. Tenía unos antecedentes de lo más variado: robo con violencia, alguna agresión, peleas y estuvo una temporada en la cárcel por tráfico de drogas. Una joya, vaya.

Cuando salí hice una tontería. Así, sin pensarlo mucho, me dirigí a casa de Olivia. Quería hablar con ella e intentar que se le pasara el enfado. Pero sobre todo tenía unas ganas absurdas de

verla. No sabía bien cómo le explicaría por qué tenía su expediente con toda la información de su vida encima de mi mesa, pero tampoco me había gustado el modo en el que se había ido. Quería suavizar la situación, aunque solo fuera un poco.

La puerta que daba acceso al portal estaba abierta, así que subí y piqué al timbre, sin pensármelo mucho. Oí a Olivia gritarle a alguien que abriera, que debía ser el de las pizzas.

Esperaba encontrarme con María, incluso con Laura, lo que no esperaba era que el que abriera la puerta fuera un tío. Se nos quedó a los dos la misma cara de gilipollas.

—Hola, venía a hablar con Olivia.

—Sí, un momento. —Entró con muy mala cara. La misma que se me habría quedado a mí si en la puerta de la casa de mi cita apareciera otro tío preguntando por ella.

Vi aparecer a Olivia con una sonrisa en los labios. Me tensé.

—Hola, inspector. —Su voz era gélida. Giró la cabeza ligeramente y alzó la voz, esta vez el tono empleado resultó mucho más dulce—. Perdona un momento, Carlos, es por un asunto referente a una agresión en el trabajo. Ve sirviendo el vino, entro enseguida.

Carlos contestó con un sonido parecido a una afirmación. No sé si acabó de creérselo del todo.

—¿Qué haces tú en mi casa? Por lo menos ahora sé de dónde sacaste mi dirección. ¿Ha pasado algo con Rafa?

—No, no es eso. Escucha, Olivia...

—No, escucha tú. No tengo nada que hablar contigo. Todo lo que tenía que decirte lo he expuesto esta mañana en tu despacho; ahora, si me disculpas, tengo a mi cita esperando. Buenas noches.

Me cerró la puerta en las narices. No estaba acostumbrado a que me despacharan así. No sé si fue porque Olivia suponía un reto, porque quería protegerla o porque empezaba a significar algo para mí, pero de camino a casa en mi cabeza se fue instaurando una idea.

Me levanté temprano, estaba impaciente por saber lo que me dirían mis superiores sobre la propuesta que les llevaba. En todo el camino al trabajo no pude borrar la sonrisa de mi cara.

Cuando llegué a la comisaría subí directamente al despacho de mi jefe. Tuve que pelearme con él, pero al final me salí con la mía. Había pedido protección para Olivia. Con la denuncia que había puesto, se podría conseguir como mucho una

orden de alejamiento, pero en ningún caso protección. Y menos que la protección fuera de un inspector.

Me salvó mi reciente operación y que no estaba al cien por cien, por ese motivo convencí a López para que me dejara salir de la comisaría y poder vigilar o proteger a Olivia. No podía pisar la calle hasta que estuviera totalmente recuperado, pero verme todo el día encerrado arreglando papeles iba a acabar conmigo. Total, todos sabían que en realidad debería estar de baja, así que me dejaron hacer. Yo creo que mi jefe accedió más por quitarme del medio que por otra cosa, y es que me paseaba por la comisaría como alma en pena, sin otra cosa que hacer que estar en mi despacho. Cabe decir que me ofrecí a arreglar todo el papeleo que quedaría pendiente en las horas en que Olivia estuviera trabajando, eso acabó de convencerlo. López era un hueso duro de roer, pero odiaba rellenar papeles tanto como yo, así que se le iluminaron los ojos ante el ofrecimiento.

Fui al hospital de Olivia para darle la buena noticia. A partir de ese día tendría protección policial, y esa protección sería yo. Le iba a encantar. Seguro. (Ironía modo ON).

Una enfermera muy simpática la avisó de que yo estaba allí y quería verla. Me tuvo esperando dos horas. ¡Dos horas! Cuando por fin apareció y le expliqué las novedades, su cara no mostró la más mínima expresión. Aunque mientras se daba la vuelta pude ver una especie de sonrisa que, lejos de tranquilizarme, me puso los pelos de punta.

Había sido un gilipollas, eso estaba claro. Pensaba que ofreciéndole protección a Olivia me acercaría más a ella, pasaríamos más tiempo juntos y sería una oportunidad para conocernos mejor. Lo dicho, un gilipollas.

El primer día que puse en marcha mi plan, me dio esquinazo, salió del trabajo sin que la viera. Aún hoy no sé cómo lo hizo. Cuando tuve arreglado eso, me pegué a ella como una lapa.

El jueves por la noche, mientras la acompañaba en coche a casa, no intercambiamos ni una palabra en todo el trayecto. Me despedí de ella en el portal.

—Buenas noches, Olivia, que descanses.

—Ay, inspector, pero si es jueves, no tengo el más mínimo interés en descansar. En aproximadamente una hora viene a recogerme mi cita.

—Perfecto, pues aquí os espero.

En ese juego podíamos participar los dos. Olivia esperaba que yo me rindiera, pero no tenía ni idea de lo terco que puedo llegar a ser a veces. Incluso cuando me jodo a mí mismo. Eso sí, no podía dejar que ella se diera cuenta de que aquella situación me incomodaba, o la utilizaría en mi contra.

Cuando ya llevaba una hora sentado en un banco se acercó a su casa un tío trajeado, que deduje que sería su cita. Me puse de pie.

—Hola, buenas noches, soy el inspector Román. Espero que Olivia le haya informado de que seré su escolta personal durante toda la noche.

—Mmmm, pues no me dijo nada, pero encantado, yo soy Álvaro.

A favor del tío diré que no se inmutó lo más mínimo, como si fuera la cosa más normal del mundo que tu cita lleve escolta. Pero cuando vi bajar a Olivia entendí que a mí me la sudaría quién me acompañara si pudiera salir con ella.

Llevaba el mismo vestido negro que se puso en nuestra cita. Lo había hecho a propósito, estaba seguro. Me imaginé que debajo de aquel vestido

se habría puesto el liguero y me empezaron a sudar las manos.

—Pues ya estamos todos, así que andando.

—Un momento, señor Román, no intentará decir que va a venir con nosotros...

—Por supuesto, encanto. Soy tu escolta, voy donde tú vas.

—Vale, como quieras.

La cena transcurrió lenta y aburrida; encontré demasiado violento sentarme en la misma mesa que ellos, así que me tomé algo en la barra. Me pasé las dos horas siguientes viendo cómo Olivia y el tío del traje cenaban y hablaban, aunque ella habló más bien poco, el peso de la conversación lo llevo el tal Álvaro.

Intenté que mi cara no reflejara ninguna emoción. Eso era parte del juego de la doctora maciza. Atrapaba a un ingenuo entre sus garras y en poco tiempo lo dejaba escapar, o, mejor dicho, lo obligaba a que se fuera.

No quería pensar mucho que entre que lo atrapaba y lo dejaba escapar lo metía en su cama... varias veces.

Cuando acabaron de cenar los seguí con el coche hasta casa de Olivia y aparqué, pero

cuando vi que ellos también aparcaban y se bajaban los dos, los seguí.

Olivia dejó pasar primero al trajeado y se giró hacia mí.

—¿Qué pasa, inspector, que también vas a acompañarme a la cama? Te puedes sentar y mirar, si quieres.

—No me entusiasma el voyerismo, soy más de acción. Esperaré aquí a que baje el pobre infeliz. Pasadlo bien.

—Nadie diría que eres de acción. El otro día te faltó poco para salir corriendo.

Me di media vuelta y me marché. Era eso o la agarraba del brazo y me la llevaba de allí. Olivia sabía muy bien cómo cabrearme.

Me pasé la siguiente hora metido en el coche. Si seguía encerrado allí me iba a dar algo, así que salí y me paseé por los alrededores. Con tan mala suerte que lo primero que vi en un coche cercano fue a una pareja a la que poco le faltaba para hacerlo allí mismo. Y eso que la calle donde habían parado el coche estaba en el centro y pasaba bastante gente.

Me acerqué a ellos con la placa en la mano. A la chica por poco le da un infarto, a mí me sorprendió que no fueran tan jóvenes como

pensaba. Me supo hasta mal cortarles el rollo de esa manera. Les pedí la documentación y pude ver que sus nombres eran Lucas y Lucía; los invité a que se marcharan o los multaría por escándalo público, mi humor no daba para más. Volví a mi coche y me senté otra vez a esperar, no quería seguir encontrándome a parejas tan «acarameladas».

Me fijé en el coche de «la parejita feliz» y vi que la chica, que según la documentación que acababa de enseñarme se llamaba Lucía, tardó muy poco en salir del coche y casi corrió hasta el portal. Lucas al pasar por mi lado me miró con cara de pocos amigos. Lo siento, amigo, otra vez será, yo también estoy jodido.

Después de otra hora esperando, por fin salió el trajeado de casa de Olivia. El muy imbécil llevaba la corbata en la mano y una sonrisa en la cara. Le habría borrado la sonrisa de un puñetazo. Arranqué el coche y me fui a mi casa. No me pude dormir hasta las cuatro de la madrugada, me venía a la cabeza la imagen de Olivia sobre la cama con el liguero, y al imbécil del traje encima. A las cinco y media de la mañana me desperté sobresaltado; había vuelto a tener la misma

pesadilla de siempre, así que me duché y fui a la comisaría a arreglar unos papeles.

13. ¿Lo pasaste bien?

Había pasado una noche bastante inquieta. Me tuve que entretener más de la cuenta en tapan las ojeras que esa mañana habían aparecido debajo de mis ojos, pero, por mucho empeño que puse, no conseguí borrarlas del todo.

Cuando salimos de casa a las siete de la mañana, Hugo ya estaba allí. Llevaba un vaso en cada mano.

—Buenos días, preciosas. María, te he traído tu té preferido de la tienda de la esquina.

—Muchas gracias, Hugo, eres un encanto.

El muy cabrón tenía a mi hija en el bolsillo. No dije nada acerca de que a mí no me había llevado nada, ya había tensado suficientemente la cuerda la noche anterior. En el vaso que llevaba Hugo había café y su olor inundó todo el coche, poco me faltó para arrancarle el vaso de las manos.

Pasaron todo el viaje hasta llegar al instituto hablando entre ellos. Hugo se mostró encantador en todo momento, yo le habría abierto la puerta y tirado del coche.

Nos despedimos de María y cuando ella se bajó del coche se hizo un silencio de lo más incómodo. Hasta que Hugo habló.

—¿Qué tal fue la noche? ¿Lo pasaste bien?

—La verdad es que sí, si quieres te cuento los detalles. —Me giré para mirarlo y vi cómo fruncía el ceño. No era mi intención seguir picándolo, pero es que me salía solo. Aunque tampoco estaba segura de que mis palabras le afectaran, total, para Hugo yo era parte de su trabajo y nada más.

—Quizá en otro momento.

Hugo cada día me caía peor. Pero si tenía que ser sincera la noche anterior había sido una mierda. El tío con el que quedé era tan aburrido que solo sabía

hablar de trabajo. Por si eso fuera poco, en el momento de acostarme con él, no pude. Algo en mí se bloqueó y fui incapaz de encontrarle una explicación.

Me puse el mismo vestido que en la cita de Hugo para joderlo a él. Pero fui yo la que me jodí. Mientras Álvaro me lo intentaba quitar, yo no podía parar de pensar en Hugo. Veía las manos ligeramente pálidas de Álvaro agarrando mi vestido, y a mi cabeza venían esas otras manos mucho más morenas y fuertes. Intenté varias veces sacar a Hugo de mi cabeza, pero me resultó imposible. Al final tuvimos que parar. Le dije a Álvaro de muy buenas maneras que yo no era de las que me acostaba con un tío en la primera cita, ¡ja!

Nos pasamos la siguiente hora y media hablando de su trabajo, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no quedarme dormida. Me pidió mi número de teléfono y dijo que lo había pasado tan bien que me llamaría por la mañana. Yo no podía decir lo mismo, había sido la cita más aburrida que había tenido en mi vida.

Nunca me había pasado que fuera incapaz de acostarme con alguien. Todo era gracias al imbécil que se sentaba en esos momentos a mi lado.

—Me alegro de que todo fuera tan bien. Esta noche es viernes, ¿también hay cita? Lo digo porque estoy un poco cansado y así me echaré una siesta.

—Es viernes por la mañana, aún no sé qué haré esta noche. Cualquier cosa, te aviso.

No iba a volver a quedar con nadie hasta estar segura de que se me había pasado aquella tontería. Pero él sería el último en enterarse. Aunque a Hugo parecía darle igual con quién quedara.

La mañana transcurrió lenta. Sobre las dos había quedado con Laura para comer, pero se le complicó la mañana, así que salí sola.

Apoyado enfrente a la puerta de mi trabajo estaba Hugo. Me paré un momento a observarlo antes de que él se diera cuenta de mi presencia. Llevaba ropa de calle; un pantalón tejano y una camiseta blanca de estas

básicas que colgadas en una percha te parecen sosas, pero que al vérsela puesta a Hugo era de todo menos sosa. Tanto los pantalones como la camiseta le estaban un poco ajustados, sin estar embutido, por lo que marcaban su cuerpo bastante bien. Fui subiendo mi mirada hacia arriba y me di cuenta de que llevaba gafas de sol. Hugo era muy guapo, pero en aquel momento era un puñetero espectáculo, tanto que no me di cuenta de que me había quedado parada justo en las puertas del ascensor, me dieron tal golpe al cerrarse que poco faltó para que me cayera.

Me recompuse como pude, intentando no ponerme muy roja, pues me había visto todo el mundo de recepción. Incluso dos chicas reían divertidas mirando a Hugo; cuando pasé por su lado me dijeron:

—Normal que te embobaras mirándolo, nosotras estamos por subir al cuarto de material a por baberos.

Me hizo gracia y salí a la calle con una sonrisa en la cara que se me fue escurriendo a medida que Hugo se acercaba hasta donde yo estaba.

—¿Vas a comer sola?, ¿quieres que te acompañe?

—Haz lo que quieras.

Cuando Hugo estuvo a mi lado me giré hacia las chicas de recepción y les sonreí. Una de ellas aplaudió y la otra levantó los pulgares. Una sonrisa volvió a aparecer en mi cara.

Me sorprendí de lo bien que lo pasé comiendo con Hugo. Elegimos un restaurante pequeñito que estaba en la esquina de mi trabajo. Uno de esos sitios que, sin ser bonito, tiene algo. Lo llevaba un matrimonio mayor. Él cocinaba y ella servía las mesas, y lo hacían con tanto amor que te sentías súper a gusto siempre que ibas. Estuvimos contando anécdotas de nuestros trabajos (nada que ver con el monólogo de Álvaro de la noche anterior). Me reí un montón. Me sorprendió porque cuando estoy con un hombre no suelo reír, pero Hugo tenía esa clase de humor que me hacía gracia.

Más me sorprendió cuando por mi boca salió una invitación para cenar en mi casa esa noche. Él dijo que sí. No tenía ni idea de por qué lo había hecho y sabía que lo único que estaba haciendo era complicarlo todo aún más, pero por una vez no había pensado demasiado lo que decía y ya no iba a echarme atrás. Lo único que me tranquilizó fue que María estaría en casa esa noche.

La mujer del restaurante se acercó con los postres.

—¿Qué tal la comida, pareja?

—La comida muy bien, pero no somos pareja. —Vi cómo Hugo arrugaba el ceño ante mi contestación.

—Uy, pues lo siento, hubiera jurado por la manera que hablan y se miran que estaban juntos; deben ser cosas de vieja, perdón.

Se dio media vuelta y mientras se alejaba me pareció que le guiñaba un ojo a Hugo, serían imaginaciones mías.

14. Otra vez no

La tarde se me pasó volando. Eso es exactamente lo que sucede cuando quieres que el tiempo transcurra lento. Por una parte, quería cenar con Hugo, y por otra, me arrepentía enormemente de haberlo invitado, pero antes de que pudiera darme cuenta estaba saliendo del hospital, y ya no había marcha atrás. Hugo aguardaba en la puerta.

—Vamos, doctora, estoy hambriento. —Al decirlo me miró de una manera que hizo que toda yo temblase.

—Esta noche esta María en casa, no sé si te lo comenté.

—No me lo comentaste, pero me parece estupendo, en vez de compartir mesa con un bellezón lo haré con dos.

De camino a casa fuimos cada uno en nuestro coche. Yo llegué primero, así que me quité la ropa del trabajo (me había duchado antes de salir), me recogí el pelo y me puse cómoda. No quería que Hugo pensara que aquello era una especie de cita. Eso sí, como aún me picaba la negativa que me dio la otra vez, no me puse sujetador; igual ni se daba cuenta, pero a mí me pareció una pequeña venganza. Hugo aún tardó un rato más en llegar, y a mí me extrañó, pues dijo que vendría directo.

Mientras estaba en la cocina sacando los ingredientes para preparar una ensalada, oí el timbre. Debía ser él, porque María tenía llaves.

—He traído una botella de vino por si...

Bajó los ojos y se calló de golpe. Por lo visto era más observador de lo que pensaba. Se había dado cuenta a la primera de que no llevaba sujetador. Me pareció verlo tragar saliva, pero rápidamente deseché esa idea. Hugo era el hombre más seguro de sí mismo que yo conocía, además de ser guapísimo. Estaría harto de acostarse con tías mucho más guapas y más jóvenes que yo.

—Gracias por el vino. Pero pasa, no te quedes en la puerta. Vamos a la cocina, que estaba preparando la ensalada.

—Pues yo me he pasado por mi casa y he traído un poco de pollo en salsa que hice esta mañana, así que ya tenemos la cena hecha.

—¿Tú cocinas?

—Ay, encanto, yo hago un montón de cosas, y todas bien.

Se me escapó una carcajada, era imposible que fuera tan creído. Tenía que haber una parte de él con un poquito, solo un poquito, de inseguridad, ¿no?

—Si conocieras a mi madre entenderías por qué cocino.

—¿No le gusta cocinar?

—Por decirlo de una manera suave, mi madre es una mujer poco convencional.

—Menos mal que no me voy a casar contigo, porque esa descripción da miedo.

—Es buena mujer, solo que un poco diferente al concepto de madre que uno tiene. —Lo vi sonreír y supe que sentía debilidad por esa mujer.

—¿Cómo se llama?

—Vicenta, creo que el nombre es lo único tradicional que tiene.

—¿Y tu padre? —Vi que su mirada se entristecía y me arrepentí en el acto de la pregunta.

—Mi padre se llamaba Pedro y murió de un infarto hace ya algunos años. No pasa un solo día en el que no lo eche de menos.

—Lo siento.

—Lo mismo digo. Por el informe sé que te quedaste huérfana a una edad muy difícil. Lo tuyo fue mucho peor, yo por lo menos era mayor y tenía a mi madre.

—Fue una época muy dura en mi vida, por decirlo suavemente, pero tenía a María, ella fue mi salvación. Bueno, ella y Laura. —Estaba empezando a notar un nudo en la garganta, recordar a mis padres siempre me entristecía.

—¿Dónde tienes una olla para calentar el pollo? —Me guiñó un ojo y yo le agradecí enormemente que se hubiera dado cuenta de mi incomodidad y que hubiera cambiado de tema—. Olivia, me gustaría explicarte que el informe que viste encima de mi mesa se lo pedí a un compañero, después de verte en el hospital.

—Pero ¿por qué?

—Porque te vi algunas noches antes entregando un sobre a un camello en un bar de mala muerte. Al volver a verte en el hospital y sabiendo que eras doctora, disparaste mi curiosidad.

—¿Y por eso te crees con el derecho de solicitar un informe sobre mi vida?

—Te pido perdón por haberlo hecho; tienes razón, no tenía derecho, y lo siento de verdad.

—No me gusta que me oculten cosas, y menos que me mientan. Si alguna otra vez necesitas saber algo, me lo preguntas.

—De acuerdo.

Lo miré y vi sinceridad en sus ojos. Parecía arrepentido de verdad, así que decidí perdonarlo. No me gustaba nada la idea de que me investigasen y menos que me lo ocultasen, pero después de su explicación pude entender mejor los motivos, y es que se me había escapado la parte en la que me había visto con mi ex. Y aunque eso seguía sin darle derecho a investigar sobre mi vida, pude comprenderlo un poquito mejor. Tampoco tenía mucho sentido seguir enfadada después de haberlo invitado a cenar.

Me puse con la ensalada y él a calentar el pollo mientras servía dos copas de vino. Iba a beber el primer trago cuando volvieron a picar al timbre y me extrañó; solo esperaba a María, porque Laura pasaría la noche fuera. Igual María se había olvidado las llaves, no sería la primera vez.

—Esa debe de ser María, puedes abrir. Seguro que se ha vuelto a olvidar las llaves.

Pero no era María. Era Álvaro con un ramo de flores. De lo más oportuno. Supongo que al presentarse en mi casa a esas horas esperaba que acabáramos lo que habíamos empezado la noche anterior.

Hugo entró en la cocina, bastante serio.

—Es uno de tus enamorados.

—Yo no tengo enamorados.

—Ay, es verdad. Tú solo te acuestas con ellos y luego les das la patada.

—No te pases. Yo puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana, y no eres nadie para opinar sobre ella.

En ese momento entró María. ¡Joder!, vaya noche.

—Mamááá, hay un tío en la puerta.

—Ya lo sé, María.

Aparté a Hugo de la puerta de la cocina para salir mientras María entraba. Mi hija se puso de lo más contenta cuando se enteró de que Hugo se quedaba a cenar. Habían hecho buenas migas, eso había que reconocerlo. Los dos se pusieron a hablar y yo me acerqué a la puerta de la calle para hacer lo mismo con Álvaro.

—Hola, Álvaro. Que yo sepa no habíamos quedado.

—Lo siento, Olivia, es que pasaba por aquí y decidí acercarme. —Con ramo de flores incluido. No se lo creía ni él.

—Pues lo siento, pero estoy ocupada.

—Ya veo. Te llamo esta semana y quedamos. —No fue una pregunta, fue una afirmación.

—Mira, Álvaro, no estuvo mal quedar contigo, pero no creo que demos para más como pareja. Así que mejor lo dejamos aquí.

—¿Hice algo mal ayer?

—No, pero estoy conociendo a alguien y preferiría no salir con nadie más.

—De acuerdo, pues no te molesto más. Toma el ramo, lo he comprado para ti.

—Gracias.

Mientras cerraba la puerta pensé en por qué le había dicho que estaba conociendo alguien; yo normalmente no mentía, si no quería quedar más con una persona se lo decía de una manera educada y respetuosa, pero nunca inventaba excusas. ¿Estaba empezando a significar Hugo algo para mí? ¿Era verdad que quería conocerlo más? Sacudí la cabeza y cuando me di la vuelta tenía los ojos de Hugo clavados en mí.

—¿Qué, doctora, ya ha cumplido su misión el pobre infeliz? Pensaba que era de varias citas, veo que con una tiene bastante. ¿Ahora a por otro?

—Creo que nadie ha pedido tu opinión. Y, como ya te he dicho antes, no te metas en lo que no te importa.

Me cabrearon un montón las palabras de Hugo, y eso que tenían parte de verdad. Pero, excepto Laura, nadie me había dicho nunca nada de cómo vivía mi vida. Empezaba a pensar que quizá no me hacía sentir tan bien como yo quería creer.

Durante la cena estuve bastante enfurruñada, así que el peso de la conversación cayó sobre Hugo y María. Al acabar de cenar, María se levantó y dijo que se iba.

—¿¿Cómo que te vas?! —Hubo un poco de pánico en mi voz.

—Mamá, te lo dije la semana pasada. Voy a dormir en casa de Alba, tenemos que acabar un trabajo. Mañana por la mañana su madre me traerá sobre las diez. Ya lo habíamos hablado.

—Tienes razón, no me acordaba. Pásalo bien, cariño, y ten cuidado.

—Mamá, voy a hacer un trabajo, muy bien no lo pasaré. ¿Y cuidado de qué? —Puso los ojos en blanco y miró a Hugo. Este le sonrió y yo me iba cabreando más por momentos.

Me fui a la cocina a recoger. María entró para darme un beso antes de irse, momento en el que le recordé que tenía que llamarme cuando llegara a casa

de Alba. María era muy responsable para todo; yo sabía que tenía que aflojar con ella y darle un poco más de cancha, pero no podía evitarlo.

Al cerrar la puerta me di cuenta de que estaba a solas con Hugo y empecé a ponerme nerviosa.

—Dame, ya friego yo y tú secas. —No protesté. Sequé los platos de manera mecánica y en silencio.

—Estás muy callada esta noche.

—No tengo nada que decir.

—Tienes razón, Olivia. No debería haberte dicho nada. No tengo derecho a meterme en tu vida privada.

Me quedé un poco cortada. No sabía qué decirle, así que le di una explicación que no estaba segura de querer darle y que él no me había pedido.

—Verás, Hugo. Después de lo que me pasó con mi ex, me resulta difícil mantener una relación a largo plazo con alguien.

—Nunca me has explicado exactamente qué te pasó con tu ex, y aunque puedo imaginarme algo, me gustaría que me lo contaras. El día que María y tú vinisteis a poner la denuncia, me contaste muchas cosas, pero de una manera bastante impersonal; me gustaría que me explicaras cómo te sentiste tú. Si quieres, claro.

—El resumen sería que Rafa me anuló como persona en todos los sentidos, me dejó sin voz, hizo de mí una persona sumisa y con la cabeza siempre bajada. Por si esto no fuera suficiente y para reafirmar su superioridad de vez en cuando me soltaba algún bofetón, eso ya lo sabes. Cuando decidí irme y dejarlo, estaba embarazada de María. Ese día se le fue la mano, nunca me había pegado así, eso también te lo expliqué, pero en aquel momento y después de semejante paliza algo hizo clic en mi interior... No sé bien cómo explicarlo, pero no quería perder a mi bebé, así que cogí todas mis cosas y me vine para Madrid.

»Esto tampoco lo mencioné, y menos delante de María, pero el sexo con él te lo puedes imaginar... Hoy en día el sexo sigue sin ser del todo normal para mí. Desde entonces nunca he vuelto a tener una «relación sana» con un hombre. —Hice el entrecomillado con los dedos para remarcar lo de «relación sana».

—¿Lo has intentado alguna vez? Quizá no ha aparecido la persona adecuada aún.

—Puede ser, pero tampoco dejo que me conozcan ni yo me permito conocer a nadie. No doy tiempo. Prefiero acabar antes de que la cosa se ponga seria. Prefiero no complicarme.

—Tener una relación sana, no como la mierda que tenías con tu ex, no es complicarte. La vida compartida siempre es más. ¿A qué te refieres con que el sexo no es del todo normal? —A su favor diré que tardó más de lo que pensaba en hacer la pregunta.

—Pues no sabría explicarte...

—Inténtalo.

—No me gusta, cuando estoy en la cama con alguien... Joder, es un poco difícil de explicar.

—Olivia, no pasa nada; explícamelo como quieras, y si no quieres explicármelo no tienes por qué hacerlo. Haz lo que tú quieras.

—Pues verás..., no me gusta que se pongan encima de mí. Me ahoga. Me hace sentir indefensa.

Pensaba que Hugo me miraría con cara de pena. Lo último que quería era su compasión, pero no fue así. Su mirada era directa y cálida.

—Es comprensible, Olivia. Supongo que el sexo con tu ex no fue agradable, por decirlo de alguna manera. E imagino que te iniciaste con él. No conociste otra cosa. Es tu manera de mantenerte segura, de mantener el control. Es totalmente normal.

—A mí no me parece tan normal. Y oyéndoos a ti y a Laura hablar de mi relación con los hombres me parece menos normal. Es solo que me cuesta volver a confiar; cuando conocí a Rafa, yo estaba sola y me apoyé en él en todos los sentidos, no quiero que nadie vuelva a ejercer ese control sobre mí.

—Compartir tu vida con alguien no le da a esa persona el poder sobre ti. Tienes que pensar que ni tú eres aquella niña de dieciocho años ni el hombre que conozcas será tu ex. Y tienes que tomártelo con más calma. Ya llegará la persona adecuada. Hasta entonces no quieras correr tanto. —Me guiñó un ojo con bastante picardía—. No por nadie, sino por ti. Tampoco parece que te entusiasme demasiado saltar de cama en cama.

Tenía razón. Aunque me gustaba la sensación de sentirme deseada y controlar en todo momento la situación, cuando me levantaba después de pasar una noche con alguien me sentía más vacía que antes. No me aportaba nada.

Hugo era mucho más observador de lo que yo pensaba. Se había dado cuenta de mis carencias y de lo que sentía en un tiempo récord. Tendría que tener cuidado con él. Lo peor de todo era que cada día me gustaba más.

Me sorprendió que se dirigiera al sofá, se sentara y empezara a cambiar de canal. ¿Por qué siempre tenía que parecer tan seguro?

Me senté a su lado. La noche anterior no había podido dormir mucho, así que me fui quedando dormida casi sin darme cuenta. Me despertó una mano sobre mi cara y me sobresalté.

—Tranquila, Olivia. Soy yo, Hugo.

Me fui tranquilizando a medida que me iba abrazando. Antes de que pudiera darme cuenta su boca se había pegado a la mía. O la mía a la suya. No sé. Todo lo que no pude sentir la noche anterior con Álvaro lo sentí con un solo beso con Hugo. Esto me dejó muy desconcertada, por eso actué por inercia e hice lo que hacía siempre en esas situaciones, sin pararme a pensar que la persona que tenía delante era él.

Me puse de pie y me quité los tirantes del vestido (que usaba para estar cómoda en casa) que llevaba puesto. Debajo solo llevaba unas braguitas de encaje de color negro.

Hugo se levantó del sofá. Vino caminando hacia mí. Cuando lo miré a la cara, no podía creer que fuera a pasar. Ya casi había llegado hasta donde yo estaba; lo miré a los ojos, pero él los bajó y se agachó, cogió el vestido y me lo puso. Se dio media vuelta y se marchó.

Tuve que contenerme para no echarme a llorar. Había sido una imbécil volviendo a entregarme de esa manera a Hugo. Ya me había rechazado una vez..., ¿por qué no esperaba a que fuera él quien diera el primer paso? Si estaba interesado, claro, que por lo visto no era el caso. Lo peor de todo era que su rechazo me escocía, casi me dolía.

Era la segunda vez que yo tomaba la iniciativa y él daba media vuelta. No habría una tercera.

15. Nadie dijo que fuera fácil

Bajé por las escaleras para coger un poco de aire. No sabía de dónde había sacado, otra vez, la fuerza de voluntad para vestir a Olivia. Estaba convencido de que había hecho lo correcto, pero no por ello costaba menos.

Cuando el vestido cayó al suelo la miré a la cara y pude percibir una vulnerabilidad que no había visto antes en Olivia. Incluso un poco de inseguridad. Cuando bajé los ojos (tampoco soy gilipollas) no pude entender esa inseguridad. Era una puta diosa. ¿Dónde había metido esa mujer a María? Parecía increíble. Había estado con mujeres guapas, pero Olivia lo tenía todo. Y yo le había dicho que no. Dos veces.

Dejé pasar el fin de semana. No sabía bien qué me esperaba el lunes, pero cuando fui a recoger a Olivia parecía estar como siempre. Hablamos un poco de lo que habíamos hecho el fin de semana y la dejé en el trabajo.

Me fui a la comisaría a acabar unos papeles especialmente aburridos que había dejado

pendientes el viernes, pensando que el lunes me resultaría más fácil acabarlos (ingenuo).

Al entrar vi a Daniel muy sonriente.

—¿Qué pasa, Daniel? Por lo que veo ha ido bien el fin de semana.

—La verdad es que muy bien. ¿Te acuerdas de la enfermera, amiga de Olivia?

—¿Laura?

—La misma. Pues quedé con ella el sábado, y estuvo genial.

—Me alegro por ti. Parece maja, además de guapa.

Preferí no seguir haciendo comentarios acerca de Laura porque Daniel empezaba a mirarme mal.

—Lo es, además de que me lo pasé muy bien con ella. Por cierto, los jefes quieren vernos. Te estaba esperando para subir.

—Pues no los hagamos esperar; no son muy agradables de por sí, así que no les demos más motivos.

El resumen de la reunión sería que tendría que compaginar la «vigilancia» de Olivia con el nuevo caso que nos habían asignado a Daniel y a mí. No iba a ser fácil.

Nos habían dado el chivatazo de que llegaría un cargamento de cocaína bastante grande. Teníamos que descubrir quién estaba detrás. Al parecer era el mismo que meses antes se hizo con otro alijo igual de abundante, así que estábamos hablando de una operación en la que deberíamos pillar a los que tenían el control total del cargamento. Estos narcos son los que se encargan de buscar a camellos para distribuir la droga, y en aquella ocasión nuestros superiores no se iban a conformar con que detuviéramos a simples camellos callejeros, querían a los de arriba. Sabía que necesitaría un equipo que me diera seguridad para que se convirtiera en mis ojos ahí fuera. Estaba mucho mejor del brazo, pero no al cien por cien, así que no podría salir a la calle todo lo que a mí me gustaría, por eso tendría que rodearme de personal de plena confianza. En cuanto acabó la reunión nos pusimos manos a la obra. Convoqué a varios compañeros para ir eligiendo al equipo que formaría parte del operativo y se me pasó el tiempo volando. Cuando miré el reloj eran las nueve de la noche. ¡Mierda!, Olivia ya estaría en casa. No había podido acompañarla, y era la primera vez que no lo hacía en varias semanas.

Le mandé un wasap para asegurarme de que estaba bien. No me contestó. Imaginé que, aunque por la mañana se hubiera comportado como siempre, no le habría sentado nada bien el rechazo de la pasada noche. Olivia no debía estar acostumbrada a eso. Debía ser el único gilipollas sobre la tierra capaz de rechazar a una mujer como ella. En fin. Nadie dijo que fuera fácil.

Empezaba a experimentar sentimientos por Olivia que no tenían nada que ver con la protección. Aunque sabía que con ella tendría que ir poco a poco. Daría un paso hacia delante y dos hacia atrás. Como el de la noche anterior.

Bueno..., soy un hombre con mucha paciencia y muy cabezota, una combinación perfecta para conquistar a Olivia. Aunque antes de empezar una relación con ella debía tener claro qué quería yo. Tenía que estar seguro de querer empezar algo serio con ella. No podía dar un paso en falso u Olivia saltaría de cama en cama el resto de su vida.

A las diez y media me llamó María muy preocupada. Quería saber si su madre estaba conmigo, Olivia no había vuelto a casa después del trabajo. ¡Mierda!

16. Él se llevó la peor parte

Al salir del hospital aún iba dándole vueltas a todo lo sucedido con Hugo la noche anterior. Cuando levanté la cabeza esperando encontrarme con él, me sorprendió no verlo, pero más me sorprendió el vacío que sentí en el estómago, era una sensación extraña y nueva para mí. Llevaba semanas esperándome cada día en la puerta del trabajo, al no estar ese día me dio una especie de bajón. En fin..., después de lo de anoche, estaba claro que ya se había cansado de mí. Y me escocía de una manera difícil de explicar. Yo nunca había estado enamorada y no tenía ni idea de cuál era la sensación que uno tenía cuando esto pasaba, pero me hubiera encantado compartir con Hugo mi día, explicarle cómo me había ido, llegar a casa, cenar como la noche anterior y ver una película juntos. Solo eso, no me hacía falta nada más, y esa sensación era lo más cerca que había estado nunca de enamorarme. No quise pensar más en ello porque empezaba a ponerme triste. Así que comencé a cavilar qué haría de cenar mientras bajaba las escaleras hacia el aparcamiento.

Me había relajado tanto durante todo el tiempo que tuve a Hugo a mi lado que no lo vi venir. Había bajado sola y, antes de llegar a mi coche, alguien me tapó la boca y me metió en la parte de atrás de lo que parecía una furgoneta. Lo único que pude ver fue que era blanca, porque de la matrícula solo me dio tiempo a quedarme con los dos últimos números. Era inútil ponerse a gritar y mucho más salir corriendo, porque el *parking* estaba totalmente desierto. Aunque desde el primer momento tuve claro quién era. Solo una persona sería capaz de hacerme eso: Rafa.

No me defendí. Suponía que no sería tan gilipollas como para hacerme daño, por lo menos no en el *parking* del hospital donde trabajaba; lo que tenía

que hacer era evitar que arrancara el coche.

Me propuse que no dejaría que él volviera a ver el pánico que me producía. Me senté y esperé a que hablara. Tardó un rato en hacerlo. Había arrancado el coche y yo estaba intentando pensar rápido, porque no sabía hacia dónde se dirigía. Me pegué a la puerta e intenté abrirla, aprovecharía aunque fuera un semáforo para bajarme, pero la puerta estaba bloqueada. Empecé a ponerme nerviosa.

—Por fin te ha dejado el puto perro guardián ese que tienes.

—Se llama Hugo.

—¡Me importa una mierda su nombre! Olivia, necesito dinero. Estoy de mierda hasta el cuello, así que te acompaño a sacar.

—No llevo las tarjetas encima. —Era verdad, al trabajo solo llevaba algo de efectivo. Tampoco mucho.

—¡No me jodas, Olivia!

—No es mi intención.

Debería haberme callado. Ni siquiera yo sabía de dónde sacaba esas ganas de desafiarlo, supongo que se debían a que había pasado demasiado tiempo de represión a su lado. Frenó y bajó del coche. No me había dado cuenta de dónde estábamos, pero al girarme vi que nos encontrábamos en una especie de descampado, bastante apartados del centro. Se me puso la piel de gallina.

Me sacó del coche por los pelos. La primera patada me la dio en el estómago, la segunda en las piernas. No podía dejar que me siguiera pegando, de lo contrario acabaría inconsciente, o algo peor. Así que palpé el suelo y encontré una piedra de un tamaño considerable. Se la estampé con todas mis fuerzas en la cara. Cuando cayó al suelo, la ira me cegó. Le pegué con todas mis fuerzas. Le pegué por todas las veces que él me había callado con una simple mirada, por todos los actos de sumisión que me vi obligada a realizar, por engañarme y pensar que era mi príncipe azul, cuando yo no quiero ser la

princesa indefensa que tiene que ser salvada por ningún príncipe. Ni siquiera miraba dónde le daba. Cuando dejó de quejarse salí corriendo de allí.

No quise hacer autostop y tardé más de una hora en poder coger un taxi. Pedí que me llevara de vuelta a mi hospital. Allí me sentía segura, y de paso podrían echarme un vistazo. No me había roto nada, eso seguro, pero mejor que me miraran.

Lo primero que hice al llegar al hospital fue llamar a María. Le expliqué un poco por encima lo que había pasado y la tranquilicé intentando quitarle hierro al asunto y diciéndole que en un par de horas, como mucho, estaría en casa. No se quedó muy convencida, pero intentaría meter prisa a la doctora que me había tocado (y que no conocía mucho) para que me diera pronto el alta y poder ir a casa y abrazar a María. Me apetecía muchísimo darle un abrazo.

A los veinte minutos, María se presentó en el hospital con Hugo. Se abalanzó sobre mí llorando. Y yo la abracé muy fuerte y mucho rato. Hugo se quedó en la puerta. Estaba blanco, y en su mirada había una frialdad que no había visto hasta ese momento.

—Cariño, no llores, no pasa nada. —La abracé y la consolé hasta que dejó de llorar y estuvo más tranquila—. María, cariño, ¿puedes salir un momento? Me gustaría hablar con Hugo. Solo unos minutos. Estoy bien, de verdad.

Antes de que pudiera empezar a discutir, Laura sacó a María con la promesa de un chocolate caliente; incluso con eso, no salió muy convencida.

—Hugo, ¿conoces el descampado que hay detrás del polígono de fábricas, donde iban a montar un centro comercial y al final no se hizo?

—Sí, dime.

—Manda a tus hombres allí. Creo que Rafa se llevó la peor parte de la pelea. —Le sonreí, pero Hugo no me devolvió la sonrisa.

Salió a llamar por teléfono y entró María. Esa noche fue un constante goteo de amigos, colegas del trabajo y policías. Sabía que estaba ingresada porque

trabajaba allí, pero no tenía nada roto. Contusiones, cardenales y ya está. Cuando me dieron todas las pruebas, dije que me iba a casa.

Esa noche, cuando llegaron al descampado, Rafa ya no estaba. Pensaba que le había dado más fuerte. Lástima.

Me acompañaron a casa Laura, María y Hugo. Este último no había pronunciado palabra en las últimas dos horas y anteriormente solo para dar órdenes a sus compañeros.

Me trataron como a una reina. Sobre las tres de la madrugada tuve que obligar a Laura y María a que se fueran a dormir. Sabía que a María le costaría, por eso Laura le hizo una tila antes de llevarla a la cama. No sé qué haría sin ella.

Hugo continuaba en mi casa controlándolo todo y mucho más pálido y serio que de costumbre. Cuando por fin María y Laura se fueron a dormir me giré hacia él.

—Que no se te ocurra hacerte responsable de esto.

—No estaba allí.

—No puedes estar siempre a mi lado. El único responsable es Rafa. No puedes asumir tú una responsabilidad que no es tuya.

—Era tu escolta. Era mi responsabilidad.

—Los dos sabemos que lo de escoltarme te lo sacaste tú de la manga. — Pareció sorprendido—. Vamos, Hugo, ¿de verdad crees que soy tan ingenua como para pensar que me ponen protección por unos cuantos mensajes amenazantes, y nada más y nada menos que de un inspector? Además, tienes que reconocer que me he defendido estupendamente.

Le guiñé un ojo para quitarle tensión al tema, pero Hugo no cambió lo más mínimo la expresión seria de su cara.

—Lo sé. Pero eso no quita que no estaba donde tenía que estar.

—Estoy muy cansada para discutir esto ahora.

—¿Te importa si me quedo a dormir en el sofá? Son las tres y estoy agotado.

—Si es por eso no hay problema. Si es por tu afán de protección puedes irte a casa, no creo que Rafa aparezca hoy. —Como vi que ya se estaba echando en el sofá, le dije—: Ya le explicaré mañana a María por qué te has quedado. No está acostumbrada a que ningún hombre duerma en su casa cuando está ella.

—Seguro que no le importa que me quede yo.

—Seguro que no.

Me giré para irme, pero Hugo se levantó y me cogió suavemente de la mano. Me dio la vuelta y me rozó los labios. Empezó siendo un beso inocente, yo sabía que él quería que se quedara en eso. Pero nuestras bocas tenían vida propia. Cuando las respiraciones se aceleraron, me aparté. No quería que si a María le daba por despertarse nos pillara así.

—Buenas noches, Hugo.

—Buenas noches, Olivia.

Su voz sonó tan ronca y sensual que caminé lo más rápido que pude a mi habitación. No porque no me fiara de él, de la que no me fiaba era de mí.

Durante las siguientes semanas siempre tuve a alguien pegado a mí: María, Laura, Hugo... Incluso algún compañero de mi trabajo o de la comisaría de Hugo. No me dejaron sola en ningún momento, y aunque había veces que me agobiaba, era bonito saber que había tanta gente que se preocupaba por mí.

17. Lo que le pasa a Hugo es que es muy listo

Durante esa semana Laura y yo pudimos comer juntas varios días, cosa rara, ya que nuestros horarios coincidían en contadas ocasiones. En una de esas comidas me enteré de que había tenido con Daniel unas cuantas citas. Últimamente habíamos hablado tanto de mí que no me había puesto al día de nada, y es que no estábamos acostumbradas a que Laura tuviera vida privada.

—No me puedo creer que no me lo contaras antes.

—Creo que llevas unas semanas un poco ocupada.

—Eso también es verdad, pero me podías haber dicho algo. ¿Cuántas veces has quedado con él?

—Unas diez.

—¡¿Diez?! Joder, todo un récord.

—Lo más importante no es eso. Lo mejor es que me he acostado con él.

Me atraganté con la comida, tuve que beber un buen sorbo de agua porque me ahogaba. Me quedé mirándola sin saber qué decirle. Nunca me lo había dicho directamente, pero sabía que Laura no se acostaba con nadie desde que la operaron. No daba crédito. Laura me miraba con una enorme sonrisa en la cara. Estaba radiante.

—Fue estupendo. Daniel es un tío increíble.

—¿Le has contado lo tuyo? —Su cara se ensombreció—. No pasa nada, Laura, paso a paso.

—Ya lo sé, Olivia, pero Daniel me gusta de verdad. Me jodería un montón que mi problema afectara o terminara con la relación tan bonita que acabamos de empezar.

—Laura, respira hondo y tranquilízate. No tiene por qué terminarse nada.

—Eso espero. Porque estoy muy a gusto con él, me hace sentir cosas que hacía mucho que no sentía. Y tú, ¿qué tal con el inspector bombón?

Sabía que le estaba dando la vuelta a la conversación a propósito, pero no quería presionarla más. Laura había dado un paso de gigante al empezar a salir con Daniel. Y más aún al acostarse con él, debía significar mucho para ella si lo había hecho.

Yo sabía cómo le afectaba todo aquello, así que decidí seguirle el rollo y cambiar de tema.

—Pues no va. Lleva semanas viniendo a cenar a casa, recogíendome en el trabajo. Incluso hemos ido a cenar fuera en alguna ocasión, pero nada más.

—¿Te parece poco? Llevas saliendo con él más tiempo que con muchos de tus ligues.

—¿Pero tú me estás oyendo? Nada más, no hemos pasado de eso, exceptuando el beso del día que salí del hospital.

—Es todo un avance para ti. Y las citas con él ¿qué tal son?

—Yo no las llamaría citas, pero me lo paso bien. Es muy inteligente y tiene mucho sentido del humor. Además de guapísimo, eso salta a la vista. Tenemos muchas más cosas en común de las que yo pensaba.

—Vaya, vaya...

—¿Qué?

—Nada, nada..., ¿y dices que aún no te has acostado con él?

—No. Parece un témpano de hielo. No hay manera. Quizá simplemente es que no se siente atraído por mí.

—Ja, ja, ja. Lo que le pasa a Hugo es que es muy listo.

De camino a casa pensé en la conversación que había tenido con Laura. En mi cabeza empezó a instalarse una idea. Quizá no fuera que a Hugo no le interesara. Quizá solo estaba intentando conocerme. Yo había supuesto hasta entonces que no le atraía y lo había dejado correr. Eso nos había permitido

salir durante estas semanas y conocernos mejor. En esas salidas yo había estado de lo más relajada, era más yo que nunca.

Pues sí que era listo, sí. Lo que no sabía Hugo era que más lista era yo.

Esa noche mandé a María a casa de su amiga Alba y a Laura con Daniel (se fue encantadísima). Las dos pasarían la noche fuera.

Dudé con la ropa que quería ponerme. Decidí que no me arreglaría. Me puse un vestido tan pequeño que parecía de María. No estaba precisamente cómoda, pero era hora de jugar.

Llamó al timbre puntual, como siempre. Abrí y me dirigí a la cocina. Sabía que no había pasado de la puerta y sonreí; el pijama por la parte de atrás dejaba poco a la imaginación.

—Pasa, Hugo, no te quedes en la puerta.

—Ya voy. ¿Dónde están María y Laura? —Noté algo de inseguridad en su voz y me hizo gracia.

—Han salido. Esta noche cenamos tú y yo. Como otras muchas noches, ¿no?

—Sí, pero si te apetece podemos salir a cenar fuera. Me han hablado de un restaurante somalí que está estupendo.

—Prefiero quedarme en casa, otro día vamos. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí, gracias.

Le pasé la copa de vino y se la bebió de un trago. Ahora que sabía que el problema no era que no me deseaba, empezaba a verlo todo muy claro.

Me ayudó a acabar de hacer la cena. En ningún momento apartó los ojos de mí, y eso hacía que cada vez me sintiera más segura.

La cena transcurrió como siempre. Me reí mucho con las ocurrencias de Hugo, y lo pasé de maravilla, aunque él estaba más tenso que de costumbre. Aquel hombre no tenía un pelo de tonto.

—Tengo algo que proponerte, Hugo.

—Tú dirás.

—Quiero acostarme contigo.

—Joder, Olivia. Tú directa al grano.

—Somos mayorcitos, ¿para qué voy a andarme con rodeos?

—Pues si vamos a ser así de directos, no sé si yo quiero acostarme contigo.

—Mentiroso, sí que quieres, lo que pasa es que crees que no debes. —
Estaba perdiendo seguridad y no quería que Hugo lo notara.

—De acuerdo, digamos que quiero acostarme contigo. ¿Luego qué, Olivia? Me apartarás como haces siempre, o repetiremos un par de veces más antes de que me des la patada.

—No te puedo decir lo que pasará luego. Sé lo que quiero ahora. —Si seguía así pronto se levantaría de la mesa y se iría, así que me acerqué a él y me senté en su regazo—. Por favor, Hugo.

Lo vi rendirse unos segundos más tarde. Lo que tardó en acercar su boca a la mía. Fue un beso suave, y él intentaba que continuara así. Se estaba esforzando para que yo tuviera mi momento dulce, y sabía que seguiría haciéndolo hasta el final. Solo que yo no quería que Hugo fuera dulce. No iba con él. Cuando llegamos a mi dormitorio la ropa había desaparecido. Hugo tenía un cuerpo de infarto. Mientras me cogía en brazos me acordé de que lo había visto desnudo en otras ocasiones, solo que no en todo su esplendor. En una mesa de quirófano un cuerpo pierde mucho. Pensar en el quirófano me hizo acordarme de algo.

—Hugo, bájame ahora mismo. Tu brazo aún no está del todo bien.

—A sus órdenes, doctora.

Me tiró en la cama y me miró como si fuera un plato de comida. Su plato favorito. Se me erizó la piel.

Empezó besándome los tobillos y fue subiendo con tal lentitud que me calentó a fuego lento. Paró a la altura de mis pechos y estuvo bastante rato mirándolos, hasta que se metió un pezón en la boca. Me dio un escalofrío que

me recorrió todo el cuerpo. Se entretuvo bastante rato con cada uno de mis pechos, me puso tan caliente que no sabía cuánto sería capaz de aguantar.

Cuando empezó a besarme me di la vuelta y me puse encima de él, busqué en la mesita de noche un preservativo y se lo puse, con mucha más lentitud de lo necesario. Cuando lo oí resoplar supe que igual me estaba pasando.

Lo introduje en mí de una vez, yo ya estaba preparada y necesitaba sentirlo dentro. Empecé con movimientos lentos, pero fui cogiendo ritmo, porque, aunque me había propuesto hacérselo pasar mal, yo necesitaba más intensidad, y en el sexo siempre tomaba lo que quería.

Noté que no tardaría mucho más en correrme y bajé un poco el ritmo; empecé a moverme de manera circular y de manera mucho más suave, que lejos de enfriarme estaba haciendo que me acercara más al orgasmo. Cuando bajé la vista y miré a Hugo me di cuenta de que a él tampoco le quedaba mucho, así que aumenté solo un poco el ritmo y me dejé llevar. Pocos segundos después de la garganta de Hugo salió un sonido ronco de lo más sexi.

Fue una noche increíble. Hugo fue dulce y apasionado dependiendo del momento. Y yo me sentí muy bien. Estuve en todo momento encima de él, aunque cuando imaginé que él se ponía arriba, lejos de desagradarme la imagen, me di cuenta de que me gustó. Pero aún no estaba preparada. Quizá más adelante.

Yo me creía muy inteligente, pero resulté ser imbécil profunda. Esa noche de sexo me dio algo que no había tenido antes, experimenté cosas que no había experimentado con nadie. Sin darme cuenta, a eso le sumé lo que había empezado a sentir por Hugo en las anteriores semanas, y llegué a la conclusión de que me estaba enamorando. Y yo odiaba la sensación de dependencia que se tiene cuando se está enamorada.

18. No podemos volver a quedar

Había sido un idiota. Yo presumía de ser muy listo y de no pensar con la polla, pero eso mismo había hecho la noche anterior. Fui incapaz de negarme cuando me lo pidió por favor. ¡Por favor! Una cosa que yo llevaba desenado desde el mismo momento en que la vi, y me la pedía por favor. La noche fue muy bien, pero estuvo muy lejos de lo que yo quería de Olivia.

Aquella mujer era increíble. Tenía una cara y un cuerpo de infarto, pero yo quería más y la noche anterior solo me dio eso, su cuerpo.

A la mañana siguiente ya no había palabras dulces ni me pedía nada por favor, se mostró fría y distante, y yo tuve claro que la cagada había sido monumental. Había caído como un quinceañero, todos los buenos propósitos de no acostarme con ella se habían esfumado en el momento en que me lo pidió por favor, y ahora tocaba asumir las consecuencias. Esa mañana la llamé un par de veces, pero no me contestó. Nada que no esperara, pero no por eso me mosqueaba menos.

Pasadas las seis de la tarde me escribió un wasap. Ni siquiera fue capaz de llamarme. Quería quedar en un bar cercano para hablar conmigo, eso no presagiaba nada bueno. ¡Mierda!

Cuando llegué la vi sentada en una mesa mirando el móvil. ¡Estaba tan buena...! Todos los hombres que había a su alrededor la observaban embobados. Claramente, con Olivia no iba eso que dicen de que cuando te gusta alguien lo ves más guapo de lo que en realidad es, ella era guapísima y todo el mundo lo veía. Miraba su móvil ajena a todo. Me senté en la silla de enfrente.

—Bueno, acaba con esto rápido. Venga, suéltalo. —Cuando levantó los ojos sentí pena por ella. Estaba perdida, no tenía ni idea de qué hacer con sus sentimientos.

—Hugo, no podemos volver a quedar.

—Eso lo tenía claro. Si has acabado, tengo mucho trabajo. Que te vaya bien el día.

No di tiempo ni a que se acercara el camarero. Yo no sabía bien qué hacía, pero Olivia estaba acostumbrada a que los hombres la siguieran como perritos falderos; tendría que buscar otra táctica o la perdería. Solo esperaba que, durante el proceso, no se acostara con muchos, porque

no lo llevaría demasiado bien, por decirlo suavemente.

Dejé pasar una semana sin molestarla lo más mínimo. Me costó mucho no llamarla por teléfono, me vi en muchos momentos con su número marcado, pero no la llamé. No sabía bien lo que estaba haciendo, pero tenía que actuar de una manera diferente a la que Olivia esperaba, o me daría la patada definitivamente.

De mi lado tenía a Laura, que había decidido ayudarme. Preferí dejar a María al margen de las historias de los adultos.

Esa misma noche recogí a Daniel y fuimos a casa de Olivia. Al picar al timbre me sudaban las manos. Si mi plan no funcionaba no se me ocurría nada más que hacer. Abrió Laura, que estaba preciosa; ¿era yo o esa chica cada día estaba más guapa? No podía decirle nada a Daniel porque me mataba con la mirada cada vez que le decía lo guapa que era Laura, pero, por la manera en que la miró él, estaba al tanto de lo preciosa que era.

Laura nos hizo pasar al salón. Allí estaba Olivia, tumbada en el sofá. Tan bonita como distante. Se puso de pie tranquilamente, como si nada de aquello fuera con ella.

—Olivia, les he dicho que suban porque no he acabado. ¿Puedes ofrecerles algo de beber? — Olivia miró a Laura y entonces sí pude ver en esa mirada lo sorprendida que estaba mi doctora.

—Sí, claro. —Se acercó y nos dio dos besos a Daniel y a mí. Una semana antes la tenía desnuda entre mis brazos y ahora me daba dos besos. Eso me ayudó a ceñirme más al plan.

—Esta es Ana. Ana, ella es Olivia, una amiga. —Si no la conociera bien parecería que no le afectaba lo más mínimo, pero vi un cambio de expresión en su cara que hizo que pensara que igual no la había cagado del todo.

Nos preguntó qué queríamos tomar y, como había que hacer tiempo en su casa, todos pedimos algo para beber.

Ana era la mujer de un compañero de la comisaría. Una mujer muy parecida a cualquier modelo de revista. La mujer más guapa que conocía, después de Olivia. Cuando pensé en una mujer con la que darle celos a Olivia, ella fue la primera que pasó por mi cabeza. Así que una noche me fui a cenar a su casa y les expliqué a ella y a su pareja, Manu, casi toda la historia de Olivia. Ana se mostró un poco reacia a meterse en la vida amorosa de los demás, pero Manu se

posicionó a mi favor (eso me iba a costar unas cuantas guardias y un par de botellas de vino de las buenas), y como Ana no podía negarle nada a Manu... Les estaría eternamente agradecido, porque Ana había tenido un bebé hacía once meses y era la primera noche que dejaba a padre e hijo solos, con lo que podía imaginarme el esfuerzo que eso suponía para ella.

Olivia volvió de la cocina mucho más blanca de lo que entró. No estaba seguro de si eso era buena señal. La vi mirar hacia el pasillo donde estaba su habitación y supe que se debatía entre ser educada y quedarse o ese afán suyo por escabullirse e irse.

—Y ¿dónde vais a cenar? —Prefirió ser educada.

—Pues Hugo nos ha dicho que han abierto un restaurante que está muy bien, no muy lejos de aquí. Era un tailandés, ¿verdad?

—Exacto. —Adoraba a Ana. Estaba en todo; no sé cómo pudo recordar, con todo lo que le conté, que ese fue el primer restaurante al que llevé a Olivia.

—Sí, me han dicho que la comida es muy buena.

Olivia me mató con la mirada. Igual me estaba pasando, pero finalmente decidí que no. Dudaba mucho que ella hubiera sentido celos nunca por nadie. Lo único que yo esperaba con aquello era que se removiera o despertara algo en ella que le hiciera cambiar el patrón (parecía que hablaba de una psicópata, era defecto profesional). No le estaba pidiendo que se casara conmigo, solo quería empezar una relación más o menos normal.

Así que mientras Olivia nos miraba, pasé la mano por el culo de Ana. Igual cuando saliéramos de allí Ana me daba una hostia, pero tenía que arriesgarme. Me dejó atónito que Ana se girara y me plantara un beso en la boca, apenas un roce, pero me sorprendió. Si hubiéramos estado en cualquier otro sitio hasta me habría reído, Ana estaba loca por Manu. Pero no me paré a observarla a ella, estaba demasiado pendiente de las reacciones de Olivia. Cuando Ana se apartó de mí, Olivia ya no nos miraba, y como era de esperar se despidió educadamente y se fue a su habitación. Yo ya había movido ficha. Ahora me tocaba cruzar los dedos.

A la mañana siguiente llegué a la comisaría el primero. La noche anterior, nada más salir de

casa de Olivia, Ana no quiso ir a cenar y prefirió volver a su casa con Manu y su hijo. La acompañé, porque pasaba de cenar yo solo con la pareja algodón de azúcar. Y en cuanto la dejé en su casa me fui a dormir a la mía. Tardé mucho en poder conciliar el sueño y al final me dormí sobre las dos, dándole vueltas al asunto de si la había cagado o no con Olivia, y llegando a la conclusión de que no me quedaba otra que esperar.

Me despertó la misma pesadilla de siempre y decidí meterme en la ducha e irme a la comisaría, a pesar de que no eran ni las seis de la mañana.

A las ocho la comisaría era un hervidero. Convoqué reunión con mi equipo a las nueve. Y salí de allí con un humor de perros.

Nadie sabía nada del cargamento de droga. Incluso a los confidentes habituales parecía habérselos tragado la tierra. La única conclusión que sacamos fue que había que trabajar más. Mi día ya no tenía más horas.

Sobre las diez y media Daniel me dijo que había habido un chivatazo y que iba a comprobar si era cierto. Ojalá lo fuera, porque estábamos dando palos de ciego y los jefes pronto me exigirían resultados. Daniel llegó una hora más tarde y vino

directo a mi despacho. Uno de nuestros confidentes le había dado la descripción de un tío que parecía estar al tanto de todo lo referente al cargamento de cocaína que llegaría en pocos días. La descripción era bastante pobre, pero el instinto que me había llevado a inspector hizo que se me erizara la piel: esa descripción encajaba a la perfección con el ex de Olivia.

Entre los pocos progresos y las últimas noticias llegué a la noche al borde del colapso. Cuando un día empieza así no hay modo de arreglarlo, por eso cuando levanté la cabeza de los papeles que estaba acabando y la vi, me di cuenta de que, aunque casi había entrado la noche, mi mal día solo acababa de empezar.

19. Un mes

Era increíble. Una semana. ¡Una puñetera semana! Y ya estaba con otra. No me lo podía creer. Aquella noche me quedé hecha polvo. Me metí en la cama con una sensación que no había tenido en mi vida y que no me gustaba nada. Fui incapaz de llorar y no supe por qué hasta que me di cuenta de que sentía más rabia que pena. Yo, que no soy una persona violenta, le habría pegado un buen guantazo a la modelo que acompañaba a Hugo.

Aunque, después de darle vueltas a la cabeza, llegué a la conclusión de que aquel era un juego que podían jugar dos. Le daría a Hugo de su propia medicina, a pesar de que no me apetecía nada quedar con nadie que no fuera él.

Ya no intentaba engañarme a mí misma. Me había enamorado de Hugo, y tenía dos opciones: o intentaba olvidarlo o hacía algo para recuperarlo. Así que la noche anterior, cuando lo vi con la chica diez, tomé una decisión. Quería volver a salir con Hugo. Si él quería dejar a la chica diez y volver a salir conmigo, claro. Pero antes tenía algo pendiente.

A las nueve me presenté en la comisaría de Hugo. Con mi «mejor» vestido. No el negro de la última cita, que era sexi, pero también bastante elegante, por lo menos comparado con este otro, un vestido rojo que hasta a mí me dio vergüenza salir a la calle con él.

Nada más entrar tuve la suerte de encontrarme a Hugo casi en la puerta. Estaba trabajando con unos papeles. Cerca de él había otro policía. Con el ruido de la puerta al cerrarse, se giraron los dos. Hugo me miró y se volvió hacia su compañero.

—Cierre la boca, Sánchez, que está ensuciando el suelo de babas, haga el favor.

Parecía cabreado, y yo reí internamente. Igual me estaba pasando con todo aquello. Luego pensé en la chica diez y se me pasó.

—Hola, Olivia. ¿Qué haces aquí? Ahora mismo no puedo salir, estoy bastante ocupado.

—No te preocupes, Hugo, no venía a buscarte a ti. —Parecía tan descolocado que las últimas palabras no las dije con la seguridad que pretendía.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿a quién buscas?

En esos momentos salió Nico por una de las puertas y le contestó a Hugo.

—Viene a buscarme a mí, inspector. Ahora mismo salgo, princesa.

Torcí el gesto. Ese tío no me gustaba nada, pero fue el único que se me ocurrió para que Hugo se enterara de que salía con alguien.

—Acompáñame un momento, Olivia. —Hugo no lo expresó como una pregunta, parecía más una orden. Sin saber muy bien por qué, y aunque no me gustó nada el tono que utilizó, no protesté y empecé a caminar detrás de él.

Lo seguí por toda la comisaría y a medida que iba andando más me iba arrepintiendo de haber elegido un vestido tan corto, tan rojo y tan... todo. En la comisaría no se oía ni el movimiento de un papel. Solo los pasos de Hugo y mis tacones.

Llegamos a su despacho y me hizo pasar. Cerró la puerta, y a mí me sudaron las manos.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Olivia? —Apretaba la mandíbula al hablar, pero no dejé que eso me intimidara. Se trataba de Hugo. Era bastante gruñón.

—Mmm..., ¿salir a cenar?

—No vas a salir a cenar con Nico. —Él mismo se dio cuenta de la cagada nada más pronunciarla. No me gustan las ordenes. Y yo no era uno de sus compañeros.

—¿Y eso quién lo dice, tú?

—No, Olivia, no lo digo yo. Simplemente deja de hacerte daño a ti misma quedando con un tío diferente cada semana. No te hace ningún bien.

—Me encanta tu doble rasero. Es decir, yo no puedo quedar a cenar con nadie, pero tú si puedes quedar con quien te dé la gana.

—Olivia, Ana es la mujer de un compañero de la comisaría. La llevé a tu casa para ponerte celosa. Por lo visto no fue una buena idea.

Me quedé tan sorprendida que no supe ni qué hacer, empecé a darle vueltas al bolso que llevaba para mantener las manos ocupadas. En ese momento llamaron a la puerta.

—¡¡Un momento!! Tú sabrás lo que te apetece hacer. Tienes un mes para pensar lo que quieres. No me mires así, no es una amenaza ni un ultimátum. Te doy un mes para que pienses bien si quieres empezar una relación conmigo o si quieres continuar saltando de cama en cama. Si eliges empezar algo conmigo, no quiero medias tintas, no quiero que salgas corriendo a la mínima oportunidad. Si algo no va bien, se habla.

»Si quieres que hablemos por teléfono en este mes, me parece bien. Pero no quiero que nos veamos, los dos sabemos qué pasaría. Y no quiero que te alejes antes de tomar una decisión. Quiero que pienses bien lo que quieres.

Me parecía justo. Y no podía decirle que no. Tenía cosas que pensar y un mes (aunque quizá fuese demasiado) me vendría bien. Aunque también era verdad que podía contestarle en ese mismo momento, pues ya tenía claro que quería empezar algo con él, pero preferí esperar y darme un tiempo para estar segura.

—Otra cosa. Te agradecería que, si este mes es para pensar, no salieras con nadie. Yo tampoco lo haré.

—Demasiadas cosas pides tú, ¿no?

—No tantas. —Una sonrisa cruzó su cara y tuve unas ganas locas de abrazarlo y acurrucarme en su pecho. Tendría que esperar un mes.

Volvieron a llamar a la puerta, y esta vez no esperaron respuesta. La puerta se abrió y la cabeza de Nico asomó por ella.

—Hola, jefe. Princesa, estás aquí, ¿nos vamos? —Iba a contestar que yo no era ninguna princesa cuando Hugo se me adelantó.

—Gómez, yo acompañaré a la señorita Ramírez a su casa. Ya puede irse.

—Pero...

—He dicho que ya puede irse. —Su voz me intimidó hasta a mí.

—Sí, señor.

Nico cerró la puerta, quizá más fuerte de lo necesario, y yo me giré hacia Hugo.

—¿Sabe una cosa, inspector? Tengo treinta y cinco años y soy perfectamente capaz de decirle a una cita MÍA que me voy en taxi. No vuelvas a hacerlo. No tengo tres años, y tú no eres mi padre.

—Y doy gracias al cosmos por eso. De acuerdo, lo siento.

Siempre me sorprendía que Hugo aceptara tan bien las críticas o las regañinas, y que no le costara nada pedir disculpas cuando tocaba. A mí me resultaban muy difíciles tanto la primera parte como la segunda.

20. Mi madre

Ese día, cuando me levanté, decidí hacer una tontería. Así, sin pensármelo mucho, decidí ir a ver a mi madre.

Aparqué cerca de la puerta de su casa e, ingenuo de mí, pensé que quizá había sido buena idea ir a verla. Por lo visto me había levantado de lo más optimista.

Piqué al timbre, ya que mi madre jamás me daría una copia de las llaves de su casa. Pasaron más de dos minutos hasta que contestó:

—¿Quién es?

—Soy yo, mamá.

—¿Y se puede saber qué quieres otra vez?

—Mamá, ¿puedes abrirme y te lo explico arriba?

Finalmente me abrió la puerta, hasta yo mismo me sorprendí de que hubiera cedido con tanta rapidez. Cuando llegué al rellano me estaba esperando en la puerta.

—¿Se puede saber qué haces aquí otra vez?

—Joder, mamá, hace una semana que no vengo.

—Pues eso, si viniste la semana pasada, ¿para qué vienes otra vez? No pretenderás que te haga la comida.

—No, mamá, no pretendo eso, ni mucho menos. ¿Tú no puedes ser como el resto de madres y alegrarte de que venga a verte?

—Es que el resto de madres viven muy engañadas. Los hijos no vienen a vernos a nosotras. Yo barajo dos opciones: o queréis que os hagamos la comida o tenéis algún tipo de problema. Nunca venís a vernos porque sí. ¿O cuántas veces decís los hijos: «venga, mamá, arréglate, que te invito a comer fuera»? Ninguna. Así que, vamos, desembucha y dime qué pasa, que tengo muchas cosas que hacer.

—¿Se puede saber qué son todas esas cosas que tienes que hacer?

—¿Y a ti qué te importa?

—De verdad, mamá, a veces no entiendo por qué vengo a verte.

—Ya te lo he dicho antes: si no es para comer, tienes algún problema, así que suéltalo.

—Haré como que no te oigo. Verás, mamá, he conocido a alguien, y...

—Pues ya era hora, alma de cántaro, porque tienes cuarenta tacos, y yo quiero ser abuela

antes de que me ingreses en una residencia.

—Pero ¿quién te ha dicho que voy a ingresarte...? Bueno, es igual, he conocido a alguien muy especial.

—Con lo que has tardado, especial tiene que ser.

—Mamá, ¿quieres hacer el puñetero favor de dejarme hablar?

—No digas tacos delante de tu madre, un respeto. ¿Si te dejo hablar te irás antes?

—Sííí.

—Pues desembucha.

—Lo que te decía: he conocido a alguien muy especial y me gustaría empezar algo serio con ella.

—Pues como te he dicho antes, ya puedes darte prisa, que quiero ser abuela, y a este paso tu escopeta disparará solo fogueo.

—Joder, mamá, de verdad que no sé cómo todavía me quedan ganas de seguir viniendo a verte.

—Otra vez con lo mismo; que no vienes a verme, vienes a desahogarte y esperas que yo te dé un superconsejo que te ayude a conquistar a esa mujer, y no sé por qué te molestas, ya sabes que no soy ese tipo de madre.

—No lo sé ni yo. El único inconveniente, por decirlo así, es que tiene una hija de diecisiete años.

—Mi madre soltó tal grito que pensé que se había roto algún hueso, o algo peor. Sí, como si no la conociera.

—Tienes que conquistar a esa mujer.

—Es lo que trato de decirte desde que he llegado.

—Una nieta de diecisiete años; nada de pañales, nada de lloros...

—Empezó a hablar de todas las ventajas de tener una nieta de diecisiete años. Y yo, que la conozco tan bien y sé que en el fondo es un pedazo de pan, sabía que lo hacía para hacerme ver que no era ningún «inconveniente» que Olivia tuviera una hija mayor. Era uno de los miedos que tenía al empezar algo con Olivia. Y no por mí, sino por María.

—... podríamos ir a comer juntas, y...

—Vale, mamá, ya lo pillo.

—Es que, como a veces te cuesta, quería que te quedara claro.

—Qué graciosa eres. A la mayoría de madres no les haría ninguna ilusión que su hijo saliera con una mujer que tuviera una hija de esa edad.

—Pero es que yo no soy como la mayoría de madres.

—Eso está claro.

—Mira, hijo, yo lo que quiero es que seas feliz. Jamás has venido a hablarme de ninguna mujer; a comer sí, pero a hablarme de mujeres no, así que esta tiene que significar algo para ti. Pues ve a por ello y no le des tantas vueltas. Nunca sabemos cuándo será demasiado tarde. Míranos a mí y a tu padre.

Muy pocas veces mi madre hablaba de mi padre en ese tono melancólico. Vi que sus ojos estaban a punto de derramar alguna lágrima y preferí mirar hacia otro lado. Mi madre lloraba en contadas ocasiones, y me impresionaba cuando lo hacía.

—Bueno, entonces, ¿te vas ya?

Mi madre y su manera de hablar para que no vieras sus debilidades. En fin, cada uno teníamos nuestros métodos para protegernos.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Está a punto de llegar Luisa para explicarme cómo le fue ayer con un señor que conoció...

—No quiero saber más. Por favor, mamá, Luisa es como mi segunda madre.

—¿Y qué pasa, que no puede salir con alguien?

—No es eso, pero...

—Pero nada, aquí cada uno hace lo que puede.

Me quedé mirándola fijamente para ver si sonreía o algo; ¿qué quería decir que cada uno hacía lo que podía? ¿Estaría mi madre saliendo con alguien? Decidí que ya tenía bastantes cosas en la cabeza y que ella era mayorcita. Cuando estaba llegando a la puerta, me preguntó:

—¿Cómo se llaman la madre y la hija?

—Olivia y María.

—Qué bonito nombre tiene mi nieta, no como el mío; ¿a quién se le ocurre ponerle a una niña Vicenta?

—A tus padres. Y no es tu nieta, mamá.

—Eso ya lo veremos.

Me guiñó un ojo y cerró la puerta antes de que pudiera contestarle.

Siempre que iba a ver a mi madre me arrepentía nada más llegar, pero ciertamente me daba en qué pensar durante un rato.

21. La situación más humillante de toda mi vida

Habían pasado dos semanas desde la última vez que vi a Hugo. Lo echaba más de menos de lo que me imaginaba, y eso que a partir de la primera semana no aguanté más y lo llamé por teléfono. Hablábamos todas las noches; dependiendo del día, me llamaba él o lo llamaba yo.

A pesar de que una de las «condiciones» de Hugo era que no quedáramos con nadie durante ese mes, habría sido incapaz de hacerlo, no me apetecía quedar con nadie que no fuera él. Solo eso, ya me daba mucho en qué pensar. Estaba cagada de miedo. Cuanto más lo analizaba todo, más miedo me daba. Sentía pánico por si empezaba a depender y a estar cada vez más enamorada de Hugo, y por si después me hacía daño, cómo lo superaría. Sabía que el tiempo me ayudaría, pero estaba convencida de que lo pasaría fatal y mi cabeza intentaba evitar esa situación, aunque cuando eso sucedía mi corazón iba por libre y no la escuchaba para nada.

No tenía muy buena experiencia en el amor, si bien en el caso de Rafa tenía muy claro que no era amor. Hablé muchísimo del tema con Laura, incluso con María. Cada vez tenía la cabeza más liada.

Oí la puerta y me extrañó. María estaba en el instituto y Laura había quedado con Dani.

Salí al comedor y me encontré a Laura sentada en el sofá, llorando como nunca. Me impactó y me asustó tanto verla así que tardé un rato en reaccionar.

—Cariño, ¿qué pasa?

Debía llevar mucho rato llorando, porque tenía la cara completamente hinchada.

—Se lo has dicho, Olivia. No puedo creer que se lo hayas dicho.

—No entiendo qué quieres decir, Laura. ¿Decirle qué a quién?

—¡A Hugo! ¡Le has dicho a Hugo que no puedo tener hijos!

Me quedé perpleja. Era imposible que en las muchas conversaciones que Hugo y yo hubiéramos tenido se me escapara algo así. Imposible.

—Laura, sabes que yo no haría eso. Yo nunca hablaría ni con Hugo ni con nadie de un asunto tan delicado para ti. Es un tema tuyo y solo te incumbe a ti decidir a quién se lo quieres contar.

—Entonces, ¿cómo lo sabe Daniel? —Empecé a ponerme nerviosa. ¿Cómo se había enterado Daniel? Y lo que era más importante, ¿qué le habría dicho para que Laura estuviera así? Lo mataría.

—Laura, explícamelo todo desde el principio.

Fue a la cocina, cogió un rollo de papel y un vaso de café. No estaba muy segura de que el café le hiciera mucho bien en ese estado, pero preferí mantener la boca cerrada. Empezó a hablar entre hipitos como si fuera una niña pequeña. Se me partió el corazón de verla así, con lo contenta que estaba últimamente...

—Iba a recogerlo a la comisaría como casi cada día. Habíamos quedado a las dos, pero salí antes del hospital, así que me presenté en la puerta de su despacho un poco antes. Me quedé con el pomo en la mano cuando oí a Hugo y a Dani discutir. Hugo intentaba convencer a Dani de que no pasaba nada. Le dijo: «no pasa nada por ser estéril, hoy en día hay muchas parejas que deciden no tener hijos». Dani gritó que en nuestro caso no sería una elección. Toda la comisaría me miraba. Y yo continuaba con el pomo en la mano. No podía moverme. Ellos siguieron hablando, pero mi cabeza fue incapaz de oír nada más de lo que decían. En cuanto pude moverme, salí corriendo de allí.

—Tranquilízate, cariño, ya pasó.

La abracé muy fuerte y eso hizo aumentar su llanto. Sentía tanta rabia hacia el mundo y tanta pena por Laura... No se merecía pasar por una situación así

después de todo lo que había vivido.

—Ha sido la situación más humillante de toda mi vida. ¿Ves por qué no me abría y conocía a alguien?, sabía que algo así acabaría pasando. ¿Quién quiere estar con alguien que no puede tener hijos?

—Te prohíbo totalmente que te responsabilices de lo ocurrido. Nada de esto es culpa tuya, ¿entendido?

Preferí callarme que había un montón de gente que querría estar con alguien como ella, porque ella diría que no conocía a nadie y que si alguien decía eso era porque no se había encontrado en la situación. Con Laura era el tema de nunca acabar. Luego la cabezona era yo.

Empezó a llorar y ya no había forma de pararla. Tampoco era mi intención. Tenía que sacar lo que llevaba guardando mucho tiempo. Mataría a Daniel con mis propias manos. Ya había sido mala suerte que lo hubiera oído todo a través de la puerta, quizá si lo hubieran hablado tranquilos en algún sitio no habría sido tan humillante para Laura.

Pensé en llamar a Hugo y preguntarle. No tenía ni idea de cómo se había enterado Dani, pero decidí que esa no era mi batalla. No podía proteger a todo el mundo de todo. Laura lo estaba pasando mal y a mí se me rompía el alma de verla, pero pensé que tenía que ser ella la que reaccionara y se defendiera sola. Yo la acompañaría donde hiciera falta, pero ella tendría que dar el primer paso.

Hugo me llamó esa noche y hablamos, como todas las noches, pero parecía más serio de lo normal.

—¿Qué te pasa, Hugo? Te noto muy serio.

—Un mal día en el trabajo. El caso que llevábamos de tráfico de drogas ha dado un giro que no esperábamos. Y luego está Dani... En fin, un mal día. También está el tema de tu protección, que me tiene un poco mosqueado.

De Daniel no quise preguntar nada. Me había propuesto no meterme y no lo haría (por lo menos de momento). Lo de mi protección era otra cosa.

Desde el día de la paliza, mi ex no había dado señales de vida. Estaba casi segura de que estaría liado en cualquier otra cosa. Lo mismo pensaban los jefes de Hugo, que se habían negado tajantemente a seguir poniéndome protección. Era a Hugo al que más le costaba asimilar la idea.

Seguimos hablando durante casi una hora. Como cada noche. Me moría de ganas de verlo. Me fui a dormir con una sonrisa en la cara, nunca me había sentido así.

Llevaba dos semanas durmiendo la mar de bien. Hablar con Hugo me tranquilizaba. Explicarle mi día. Poder compartir con alguien preocupaciones o cosas buenas que me pasaban era increíble. Y así fue como día a día fui colándome más y más por él.

A la mañana siguiente salí a correr, como cada día. Al volver a casa se me partió el alma al ver a Laura. Era la viva imagen de la pena. Se fue a trabajar con la cabeza gacha y yo cada vez odiaba más a Daniel. Con lo que le había costado a Laura tener un poco de seguridad en ella..., y ese hombre se la había arrebatado de un plumazo.

Laura me explicó que Dani la había llamado un par de veces después del fatídico día de la comisaría, pero nada más. Solo un par de llamadas. Supongo que sus compañeros le habrían dicho que Laura lo oyó todo aquel día. Intentó hablar con ella y, como no lo consiguió, lo dejó correr. ¡Cabrón!

22. El reencuentro

Por fin llegó el esperado día: esa noche había quedado con Hugo para cenar. Hacía un mes que no nos veíamos. Él no sabía cuál sería mi decisión, pero me pidió por favor que me pusiera el vestido rojo, ese que era tan rojo, tan corto y tan...

Yo tenía la decisión muy clara; en realidad la tuve clara desde el mismo día que me planteó darnos un mes.

Si me había propuesto que el miedo no me paralizara nunca más, no dejaría que me impidiese empezar una relación con un hombre como Hugo. Sabía que arriesgaba mucho, pero si no lo hacía me arrepentiría siempre.

Antes de ir a buscarme, Hugo me preguntó si estaba Laura en casa. Cuando le respondí que sí, me dijo que me esperaba abajo. Me extrañó, Hugo y Laura se llevaban muy bien. Quizá no quería ver cómo estaba después de lo que le había hecho su amigo.

En el momento en el que Hugo llamó al timbre me di cuenta de que al contestar me tembló la voz. Estaba mucho más nerviosa de lo que pensaba.

Toda la cena fue un continuo tonto por parte de los dos. Un pequeño beso por aquí, un roce por allá, y la temperatura subiendo por momentos. Yo me sentí tan bien en todo momento que supe con certeza que estaba tomando la decisión correcta.

—Supongo que, tal y como se está desarrollando la cena, tu respuesta será un sí.

—En realidad no lo tengo claro, igual lo único que quiero es acostarme contigo. —Le guiñé un ojo, pero Hugo se puso serio de golpe.

—No se te ocurra jugar conmigo, Olivia, hablaba muy en serio cuando te dije que quería que tuvieras las cosas claras. Si necesitas otro mes para

pensártelo no tendré ningún inconveniente en dártelo.

Solo de pensar que pasaría otro mes hablando con él por teléfono, pero sin verlo, se me hizo un nudo en la garganta y la que se puso seria fui yo.

—No, creo que con un mes ha sido suficiente, me ha dado tiempo de pensarlo muy bien y mi respuesta es sí.

La cara de Hugo se iluminó y casi sin darme cuenta una sonrisa afloró en mi cara. Hugo era la única persona capaz de sacarme ese tipo de sonrisas.

Continuamos cenando cada vez más pegados e incapaces de quitarnos las manos de encima el uno al otro. Ahora con más motivo, pues los dos sabíamos que después de esa conversación habíamos empezado algo.

Lo increíble fue que aguantáramos hasta que acabamos de cenar y que no saliéramos corriendo nada más empezar, y no fue por falta de ganas. También hay que decir que Hugo pagó y no esperó a que le llevaran el cambio, creo que el camarero alucinó con la propina.

Me impresionó que Hugo estuviese nervioso. Yo estaba histérica, pero a él lo tenía por un hombre tan seguro de todo que me sorprendió que le costase tanto introducir la llave en la puerta del portal, y es que en sus manos había un pequeño temblor de lo más sospechoso.

Al llegar al ascensor ninguno de los dos pudimos aguantar más. Hugo metió sus manos por debajo del vestido y yo empecé a desabrocharle el pantalón. Solo esperaba que no hubiera nadie cuando la puerta del ascensor se abriera. Llegamos arriba y, como pudo, abrió la puerta de su casa. Cogimos un poco de aire y me dio la sensación de que Hugo respiraba profundamente.

—Vamos a tomárnoslo con calma. Tenemos toda la noche.

A mí sus palabras me sonaron bien, pero pronto me di cuenta de que lo que para Hugo era tomárselo con calma para mí rozaría la tortura.

Me tumbó en la cama y me desnudó tan poco a poco que empecé a ponerme nerviosa. Me besó tanto y en tantas partes del cuerpo que en poco

tiempo yo era un volcán a punto de explotar. Y me tuvo así durante mucho tiempo...

Entró en mí tan despacio que pensé que me correría con la segunda embestida, pero entonces él paraba y volvía a empezar. Me estaba calentando tanto y tan lento que cuando explotara sería impresionante. Me fijé en la sonrisa tan bonita que tenía Hugo en esos momentos y me tensé. Fue en ese preciso momento cuando me di cuenta de que Hugo estaba encima de mí. Empecé a respirar con dificultad.

—Olivia, mírame. Soy yo, Hugo. Repite mi nombre, por favor.

Repetí su nombre bajito, como si de un mantra se tratara.

Me di cuenta de que Hugo no me miraba como si se hubiese salido con la suya o como si hubiera conseguido someterme. Me miraba con tanta dulzura que me fui tranquilizando poco a poco.

Quedaba claro que podría pedir que parara cuando yo quisiera y Hugo lo haría, estaba segura. Por primera vez en mi vida me sentí a salvo con un hombre.

Empezó a embestirme con más fuerza y yo me dejé llevar. Me besó, y los dos caímos en el más intenso de los placeres.

Hugo me seguía abrazando mucho rato después. No le pusimos palabras a lo que sucedió esa noche en su casa. Por una vez en mi vida no había follado con un hombre. Era la primera vez que había hecho el amor.

Después de esa noche tenía dos cosas claras. Me había enamorado de Hugo como nunca lo había hecho de nadie. Y estaba muerta de miedo.

23. No puedo ver a Laura así

Había pasado una noche maravillosa con Hugo, así que cuando llegué a casa y vi a Laura no pude aguantarlo más. Lejos de mejorar con los días, se iba apagando poco a poco, a ese paso en un periodo breve de tiempo entraría en una depresión, y yo no estaba dispuesta a consentirlo. Me constaba que me había dicho a mí misma que no me metería en ese tema y que era un asunto de Laura, pero yo soy así, y no podía consentir que mi mejor amiga (casi hermana) siguiera en semejante estado.

A la mañana siguiente salí de casa más temprano y me pasé por la comisaría antes de ir a trabajar. Tenía que hablar con Daniel.

Nico fue la primera persona a la que vi nada más abrir la puerta de la comisaría. Perfecto (ironía modo *ON*).

—Hola, doctora, ¿viene a ver al inspector Román?

—No, en realidad vengo a ver a Daniel García.

—Vaya, vaya, no eres de las que pierde el tiempo.

Menudo imbécil. Vi a Hugo, que se dirigía hacia mí; lo miré para que se quedara quieto donde estaba. No necesitaba que nadie contestara a Nico por mí. Me acerqué bastante a él, estaba tan cerca que podía notar su incomodidad.

—Mira, principito, yo mi tiempo lo pierdo con quien me da la gana. Con quien no tengo ninguna intención de perderlo es contigo. Lo digo por si no te quedó claro la otra noche.

Hugo ya me había cogido suavemente del brazo y me llevaba hacia su despacho. Antes de darse la vuelta pude ver que sonreía.

—Hola, Hugo. Me alegro muchísimo de verte, como siempre, pero en realidad he venido a hablar con Daniel.

Mientras Hugo se giraba, la puerta del otro extremo de la comisaría se abrió y pude ver a Daniel. Antes de que Hugo me lo impidiera me solté y me fui directa a él.

—Daniel, ¿puedes entrar? Quiero hablar contigo.

Hugo ya había llegado a mi lado y nos miraba a Daniel y a mí con una expresión de lo más seria.

—Si vas a hablar con Dani yo también quiero estar presente. —Hugo se había puesto a la defensiva; más que a la defensiva, creo que intentaba proteger a Daniel, lo que no entendía era de qué o de quién quería protegerlo.

Entramos los tres en el despacho de Daniel, que era bastante más pequeño y oscuro que el de Hugo.

—Mira, Daniel, voy a ir directa al grano: sé que esto no es asunto mío, pero Laura está fatal. Oyó la conversación que tuvisteis tú y Hugo, y eso la destrozó. Creo que por lo menos podrías hablar con ella.

—Lo que no tendría que hacer Laura es escuchar detrás de las puertas. Y si tan mal está, peor estoy yo.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Insensible yo? Es ella la que no me coge el teléfono. Podríamos haber hablado tranquilamente, pero ella ha decidido salir corriendo.

—Normal. Fue una situación muy humillante para ella.

—¿¡Humillante para ella!?! No me jodas, Olivia.

Daniel no paraba de dar vueltas a su despacho y de pasarse las manos por el pelo una y otra vez. Parecía nervioso, pero yo no sabía por qué.

—No me imaginé ni por un momento que fueras así, te tenía por buena persona, Daniel.

—No he sido yo quien ha salido corriendo.

—Y tú, Hugo, ¿no tienes nada que decir?

—Es un tema de Daniel. Yo ahí no entro. Y tú también deberías haberte mantenido fuera de esto.

—Perfecto. Pues gracias, Daniel, por destrozarle un poquito más la vida a Laura, como si no tuviera bastante con todo lo que ha sufrido.

—Te estás pasando, Olivia. —Era Hugo, y yo me quedé muerta. ¿Qué me estaba pasando? ¡Y una mierda!

—¡Y una mierda me estoy pasando! Laura es una de las mujeres más increíbles que conozco. Pasó por un cáncer como una auténtica luchadora. Yo estaba allí, joder. No me puedo creer que por no poder tener hijos la trates así.

Me senté en la silla y me puse a llorar. Cuando hablaba con Laura siempre intentaba darle ánimos y hacerme la fuerte. Pero fue tan duro para ella...

—Espera un momento, Olivia; ¿de qué coño estás hablando?

Se sentaron cada uno en una silla a mi lado. Ya no parecían enfadados, y yo no entendía nada.

—¿De qué estáis hablando vosotros?

—El estéril soy yo, Olivia. Soy yo quien no puede tener hijos. Cuando era un adolescente tuve unas paperas que me dejaron esta secuela. ¿Qué dices de Laura?

—El otro día, cuando vino a buscarte y oyó la conversación que tenáis Hugo y tú, pensó que de quien hablabais era de ella.

—¡Mierda!

—Eso mismo dije yo. Laura arrastra muchos miedos e inseguridades porque ha vivido una difícil historia. Ya te la contará ella cuando arregléis este malentendido.

Daniel miró a Hugo con unos ojos de lo más suplicantes.

—Siento decirte esto, pero deberás esperar, tenemos reunión urgente con los jefes. En cuanto acabemos puedes salir corriendo.

Daniel salió por la puerta en dirección al despacho de los jefes con una sonrisa en la cara. Ojalá lo arreglaran, nadie se lo merecía más que Laura.

—Vaya, vaya, no sabía que ahora eras casamentera.

—¿Casamentera? Por poco empeoro aún más las cosas.

—La intención es lo que cuenta. Anda, ven aquí.

Hugo empezó a besarme, y no era un buen sitio para que aquello pasara a algo más que un beso. Oí un carraspeo en la puerta y me aparté de Hugo en el acto.

—Hola, jefe. —Encima nos había pillado el jefe de Hugo.

—Inspector Román, lo quiero en mi despacho en dos minutos. Señorita.

Si Hugo imponía respeto, aquel hombre daba miedo. Había que reconocer que era guapísimo, pero no por ello intimidaba menos. Mi duda era quién haría la selección de personal de aquella comisaría.

—Tengo que irme, mi jefe no parecía muy contento. Y López enfadado es un caso aparte.

—Vale. Nos vemos luego.

Me dio otro beso y salió pitando. Sí que debía dar miedo para que Hugo subiera las escaleras de tres en tres.

24. ¿Vais a utilizar a Olivia de cebo?

Aquello no tenía buena pinta. En el despacho del jefe había cinco compañeros más. Ellos cinco y yo éramos los que llevábamos el caso de tráfico de drogas, y era mala señal que nos reunieran a todos juntos.

—Siéntate, Hugo. Sabes que no me gusta andarme con rodeos, y por lo que acabo de ver vamos a tener que hacer algunos cambios y tomar decisiones de última hora.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que por lo visto uno de los camellos implicados en el cargamento que estamos esperando es el ex de la mujer con la que te estabas besando ahora mismo. Eso complica las cosas, porque la necesitamos para llegar a él.

No pude oír más, y el hecho de no hacerlo fue un error por mi parte. Me levanté de la silla y salí del despacho, prefería irme que ponerme a gritarle a un superior, con todas las consecuencias que eso me traería. Me fui a mi despacho e intenté tranquilizarme; no sirvió de

mucho, pero por lo menos al cabo de un rato se me habían pasado las ganas de estrangular a alguien. Cuando consideré que ya estaba más tranquilo, volví al despacho de mi jefe. Esta vez estábamos solo él y yo.

López se dirigió a mí en un tono monocorde y cansado, como si le estuviera hablando a un niño pequeño.

—Te voy a explicar los hechos, pero ni estoy pidiendo ni quiero tu opinión. Desde este momento quedas fuera del caso, estás demasiado implicado. Sería imposible tenerte dentro. El ex de tu pareja es uno de los eslabones más bajos, pero esperamos que nos lleve al pez gordo.

»Todo esto te implica emocionalmente en el caso, y ya sabes que es imposible mantenerte dentro. Te informaré de lo que yo crea que necesitas saber, y lo hago solamente porque la señorita Ramírez es tu pareja y te enterarás de todas maneras. Ya sabes que primero tendré que hablar con ella para saber si quiere infiltrarse y ayudarnos.

—¿Me estás diciendo que vais a utilizar a Olivia de cebo?, ¿con el ex que la maltrataba?

—No eres tonto, Román, ya sabes en qué consiste infiltrarse. Y por eso también sabes que ella estará protegida en todo momento. —No por mí, que acababan de dejarme fuera del caso—. Todo esto suponiendo que ella quiera colaborar.

—Estoy seguro de que lo hará. Pero ¿qué pasaría si Olivia no fuera mi pareja?

—No intentes jugármela, si tratáis de engañarme me daré cuenta. No soy imbécil.

Me pasé la siguiente hora discutiendo sobre el caso. No sirvió de mucho. López era duro de roer, pero no dejé que viera nada de lo que mi mente estaba tramando.

Tenía que dejar a Olivia, y tenía que dejarla mal, para que su resentimiento o enfado convencieran a mi jefe. Porque lo que tenía clarísimo era que Olivia diría que sí a la infiltración.

Para una vez que encontraba a una mujer que valía la pena..., no tenía otra opción que hacerle daño.

Estaba empezando a sentir muchas cosas por Olivia, incluso podría decir que me estaba empezando a enamorar, pero tenía un sentimiento de protección demasiado arraigado y eso lo superaba todo. No podía dejar que nadie que no fuera yo tuviera el control de la seguridad

de Olivia. Eso era superior a mí. Eso era superior a todo.

Olivia había pasado un infierno con su ex, y eso hacía que estuviera cerrada en banda para abrirse al amor. Pero yo tenía claro desde los diez años que quería ser poli precisamente por el sentimiento de protección que tenía hacia la gente, y muy especialmente hacia la gente que quería. Y en aquellos momentos lo que más necesitaba Olivia era eso, protección.

Así que mi plan era dejar a Olivia (por las malas), protegerla durante todo el tiempo que durara el caso y luego, si me perdonaba, volver con ella. Pensado así parecía fácil, aunque era una mierda de plan, además de muy inseguro y con un montón de cabos sueltos, pero no tenía elección. Lo que más me iba a costar, sin lugar a dudas, era hacerle daño a Olivia de manera tan deliberada, esperaba ser capaz.

Después de pasar la noche en vela inventándome excusas imaginarias para poder dejarla, llegué a la conclusión de que lo más «fácil» era buscar su punto débil y atacar por ahí de forma rápida y directa. De lo más jodido, vaya.

Antes de irme a la comisaría pasé por casa de mi madre. Hacía días que no la veía, y aunque

ella dijera que no me echaba de menos en absoluto, eso no era del todo verdad, o por la menos eso quería creer yo.

Aparqué en el garaje que había sido de mi padre y no pude evitar recordarlo. Mi padre había muerto de un infarto hacía ya doce años. No pasaba un solo día en que no me acordara de él, lo echaba muchísimo de menos. Y más con el cambio que había dado mi madre desde entonces. Las primeras semanas después de la muerte de mi padre me preocupé mucho por ella, parecía que iba a entrar en una depresión, pero con el tiempo fue recuperándose. Ahora no parecía mi madre. Bueno, ni mi madre ni la madre de nadie. Hacía yoga e iba a clases de salsa, tenía una vida social muchísimo más activa que la mía y cuando le decías que ibas a verla te contestaba que para qué. En fin.

Piqué abajo y cuando llegué a la puerta de arriba ya estaba abierta, así que me dirigí al comedor. Cuando llegué allí poco me faltó para chillar.

—¿Se puede saber qué coño haces desnuda?!

—Estoy en mi casa, puedo estar como me dé la gana. ¿Se puede saber qué haces tú aquí y

encima sin avisar? Además, no estoy desnuda, ¿no ves que llevo bragas?

—No me he fijado tanto, pero he picado abajo, te daba tiempo a ponerte algo. Y otra cosa: esta es mi casa, puedo venir cuándo quiera. —Menos mal que mientras hablaba mirando para otro lado vi por el rabillo del ojo cómo entraba en su habitación y salía con algo encima.

—No te equivoques, esta casa es mía hasta que yo me muera, y nadie te ha dado permiso para entrar.

—Pero si he picado.

—Y yo te vuelvo a decir que esta es mi casa y hago en ella lo que me dé la gana. ¿No ves que estaba practicando las diferentes posturas de yoga? Has venido en el mejor momento, siempre tan oportuno.

—¿Y no puedes practicar esas posturas vestida? Da igual, no sé ni por qué me sorprende; pero una cosa sí que habría que hacer: ya lo hemos hablado antes, deberías darme una copia de las llaves por si te pasa algo.

—Si me pasa algo me muero y punto.

Sabía que no tenía nada que hacer, cuando se ponía así no iba a sacar nada de ella. Era un tema que habíamos hablado muchas otras veces

y no la había convencido nunca. ¿Qué le costaría darme una copia de las llaves? Estaba seguro de que se había puesto cabezona solo para llevarme la contraria.

—Ahora dime para qué has venido.

—Pues para verte, mamá.

—Otra vez con el mismo cuento, tú te piensas que soy imbécil. Desembucha.

Madres..., no se les escapa una. Me senté en el sofá y le conté la última parte de mi historia con Olivia.

—Así que vas a dejarla para poder protegerla.

—Exacto.

—A ti lo que te pasa es que eres gilipollas.

—Joder, mamá, colabora un poco.

—Coño, hijo; vienes el otro día y me dices que te gusta mucho Olivia, me pones la miel en los labios diciéndome que voy a tener una nieta con diecisiete años, y ahora vuelves para decirme que lo vas a mandar todo a la mierda, le vas a hacer daño dejándola para poder protegerla... Lo que yo decía: tú eres tonto. Anda, vete a trabajar ya, que me estás poniendo mala.

Desde luego no se lo pensó, me acompañó a la puerta e incluso me empujó para que saliera. Realmente tenía cara de estar muy enfadada. No

sé por qué continuaba insistiendo en pedirle consejo a mi madre, cada día que pasaba me dejaba más descolocado.

25. La despedida de Laura

Mi felicidad duró lo que tardé en llegar a casa, cuando me di cuenta de que Laura no estaba. Era de lo más raro, porque no me había dicho que saldría, y si lo hacía siempre me mandaba un wasap para avisarme. La llamé por teléfono. Me lo cogió al segundo tono.

—Laura, cariño, ¿dónde estás?

—Olivia, pensaba llamarte ahora mismo... Verás..., he cogido las vacaciones y todos los días que me debían en el trabajo y me voy un mes a la India.

—Pero ¿tú estás loca?!

—Olivia, ya sabes que es un viaje que tenía pendiente desde hacía muchísimo tiempo. Me apetece hacerlo ahora. No sé cómo explicártelo, pero necesito encontrarme conmigo misma para poder avanzar.

—¿Y no te puedes encontrar contigo misma aquí, en Madrid? —Estaba haciendo pucheros y lo sabía, pero es que un mes sin Laura era mucho tiempo.

—Olivia, sabes que no me separaría de ti ni de María si no lo necesitara de verdad. Me hubiera gustado despedirme de las dos, pero estaba casi segura de que si lo hacía no sería capaz de irme. Lo siento, yo también os voy a echar mucho de menos.

Las dos estábamos llorando, y parecía que en vez de estar separadas un mes no nos íbamos a ver más, así que intenté animarla un poco.

—Aprovecha todo lo que puedas para descansar y encontrar lo que buscas. Cuando vuelvas tenemos una conversación pendiente. —No sabía por qué, pero no vi oportuno mencionar a Daniel en esos momentos. Estaba claro que

lo que Laura necesitaba era desconectar de todo y de todos y conectar con ella misma.

—Lo haré. Dale un beso muy grande a María y dile que la quiero con locura. Y a ti también.

—Se lo diré, pero ella ya lo sabe, y yo también. Y tú ya sabes cuánto te quiero y todo lo que significas para mí. Llámame cuando puedas. Hablamos pronto.

Colgué antes de ponerme a llorar a moco tendido.

Habría sido diferente si se hubiera ido de vacaciones por placer y yo la viera bien. Pero tal y como se iba...

En fin, la echaría mucho de menos. Un mes pasa volando (quien no se anima es porque no quiere).

La mañana se me hizo eterna en el trabajo. Siempre quedaba con Hugo para comer y aquel día en especial tenía muchas ganas de verlo, aparte de que me apetecía hablar con él para explicarle lo de Laura y lo triste que estaba por cómo se había ido y por no verla en un mes. La otra noche había roto muchas barreras con Hugo que no había roto antes con nadie, y eso hacía que quisiera pasar todo el tiempo posible con él.

Sobre las once de la mañana Hugo me envió un wasap cambiando el sitio donde comíamos habitualmente y diciéndome que quería decirme algo. Me extraño, pero no le di mayor importancia.

Cuando llegué al restaurante él ya estaba sentado en la mesa. Lo miré unos segundos y de mi boca salió un suspiro de lo más cursi. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al dirigirme a él para darle un beso me giró la cara. Me quedé tan descolocada que no sabía si sentarme o continuar de pie.

—Siéntate, Olivia, yo no voy a comer. Lo que quiero decirte es rápido y luego me iré. —Me empezó a acojonar—. Verás, no eres lo que pensaba. Lo nuestro no puede funcionar. Estoy acostumbrado a salir con mujeres más jóvenes, más libres, menos complicadas. No estoy dispuesto a tener una

batalla contigo cada vez que nos acostemos para ver quién se pone encima. No digo que haya estado mal. Incluso ha sido aceptable, pero tampoco para repetir. Además, como tú comprenderás no voy a cargar con una hija que no es mía y que encima está en una edad inaguantable. Tampoco creo que esto te afecte demasiado, he conocido a pocas personas que sean tan frías como tú. Así que espero que acabes de pasar un buen día.

Se levantó, dio media vuelta y se marchó. Yo tardé más de diez minutos en poder moverme. Pedí algo para comer porque el camarero había venido tres veces a tomarme nota, y al final no recuerdo ni lo que comí. Pagué y me levanté, como si fuera un robot. Llamé al trabajo para decirles que no me encontraba bien, aunque tampoco recuerdo con mucho detalle la conversación. Cuando llegué a casa, me puse un pijama y me metí en la cama. Allí sí pude analizar todo lo que Hugo me había dicho. Me lo repetía mentalmente una y otra vez, para que me hiciera daño y a la vez para elevar de nuevo el muro que había construido a mi alrededor y no dejar entrar nunca más a nadie. Para una vez que alguien había conseguido derribarlo, mira cómo había acabado todo.

María entró en mi habitación cuando llegó a casa, pero le dije que me encontraba mal y que quería estar sola. No volvió a entrar. Pobre.

Me permití llorar durante toda la noche. Hugo no podía haber elegido mejor cada frase, cada palabra que pronunció para hacerme daño. Las dijo todas. Todas las que dolían más. Por lo menos fue sincero, aunque esa sinceridad me destrozó. Era la primera vez en mi vida que me rompían el corazón. Dolía mucho más de lo que me imaginaba.

La semana siguiente fue una auténtica mierda. Pasé dos días en cama, casi sin poder moverme, y si no hubiera sido por María estoy segura de que lo habría alargado más, pero no quería que se preocupara por mí. Acababa de explicarle que su tía Laura se había ido un mes a la India y ya estaba lo suficientemente triste como para darle yo más motivos.

Nunca imaginé que lo pasaría tan mal, me dolía todo. Era curioso cómo un corazón roto podía extender su dolor a otras partes del cuerpo. Tenía una opresión en el pecho que casi no me dejaba respirar. Era doctora y sabía que con medicación notaría menos los efectos, pero también sabía que todo aquello lo curaría el tiempo. ¿Cuánto tiempo tarda un corazón en volver a juntar todas sus partes? No tenía ni idea, de lo único que era consciente era de que dolía, y dolía mucho.

Estaba más enamorada de Hugo de lo que pensaba y no sería fácil. Nada sería fácil, pero ¿cuándo lo había sido para mí?

26. Andrés, el jefe de Hugo

Durante toda esa semana recibí llamadas a mi móvil desde diferentes números. No cogí ninguna. Incluso alguna con número desconocido, pero después de todo lo que me había pasado con mi ex no me fiaba de los números desconocidos, así que tampoco lo cogí.

Me quedé de piedra cuando el viernes volviendo del hospital me encontré a López, el jefe de Hugo, en el portal de mi casa.

—Buenas noches, doctora Ramírez.

—Buenas noches, inspector López. Aunque fuera del hospital nadie me llama así. Llámeme Olivia.

—Lo haré si usted me llama Andrés.

No sabía qué hacía exactamente el jefe de Hugo allí y empecé a ponerme nerviosa, me lie con las llaves y tuve que intentar abrir un par de veces.

—Olivia, tranquilícese, quiero hablar con usted de una cosa relacionada con mi trabajo. Si lo prefiere podemos hacerlo en cualquier bar. Donde usted se sienta más cómoda.

—Si no le importa preferiría subir a mi casa.

—Me parece perfecto.

Si Hugo me intimidaba, Andrés simplemente me acojonaba. Nunca me sentí cómoda con hombres que irradian tanto poder. Al menos Hugo me gustaba. No es que Andrés fuera feo, al contrario, era impresionante, pero la primera vez que vi a Hugo mi corazón dio un salto mortal. Con Andrés ni siquiera se aceleró.

Si tenía que hablar con él, prefería hacerlo en mi territorio. Por ese motivo elegí subir a mi casa.

Hicimos el trayecto del ascensor en el más profundo e incómodo silencio. Cuando entré en casa me disculpé y me fui a mi habitación a cambiarme de ropa, me puse un pantalón de pijama viejo y una camiseta ancha. Cuando salí, Andrés estaba cómodamente sentado en el sofá.

—¿Quiere algo de beber?

—Si tienes una cerveza, sería perfecto. —Abrí una para él y otra para mí.

—Verás, Olivia, no voy a andarme con rodeos. Te he estado llamando durante toda la semana, pero ha sido imposible contactar contigo. Por eso he decidido venir a hablar contigo en persona. No sé si sabes que tenemos un caso entre manos, en el que estamos pendientes de que llegue un importante cargamento de droga. No creo que debas conocer mucho más al respecto, solo que tu ex está involucrado en este asunto de alguna manera, y queremos saber hasta dónde.

—Y queréis que sea yo quien lo descubra.

—Vaya..., ya me comentaron que eres lista. No hace falta decir que estarás protegida en todo momento, no correrías peligro real.

—Tampoco hace falta decir que sin mí no tenéis nada que hacer. —Su risa sonó preciosa, pensé que ese hombre debería reír más.

—Eso también.

—¿El encargado de mi protección será Hugo?

—Eso aún tengo que decidirlo. Quería preguntarte algo más para acabar de tomar la decisión. Es una pregunta personal, así que entendería que no quisieras contestarme: ¿los motivos por los que Hugo te dejó fueron de peso o se trató de alguna tontería?

Se me hizo un nudo en la garganta; quería contestarle, pero las palabras no acababan de salir. Respiré hondo, intenté tranquilizarme y finalmente le contesté.

—Fueron motivos de peso.

—¿Te ha hablado alguna vez Hugo de su pasado? ¿De su sentido desmedido de protección?

—No.

No podía contestar a sus preguntas alargándome mucho más o acabaría llorando, y no me imaginaba a Andrés consolando a nadie.

—Bueno..., no me has aclarado mucho, pero me gustaría proponerte algo. Será importante para el caso, aunque de primeras parezca que no.

—Usted dirá.

—Lo primero, que dejes de tratarme de usted. Y lo segundo, ¿estarías dispuesta a salir conmigo de vez en cuando?

—Perdone, ¿cómo dice?

—Ya te he dicho que no era lo que parecía. No te ofendas, Olivia; eres una mujer muy hermosa, pero no eres mi tipo. Si quiero quedar contigo de vez en cuando es para probar una teoría que tengo. Si te apetece puedes pasar a buscarme por la comisaría algún día, si luego no te apetece cenar conmigo te llevaré a casa directamente.

—No sé de qué va todo esto, pero la verdad es que me da igual, saldré a cenar contigo. Lo que ahora mismo más me interesa es lo que tendré que hacer para que mi ex cante.

—El responsable de tu seguridad se encargará de explicarte los pasos que tendrás que dar en todo momento.

—Ese será Hugo, ¿verdad?

—Me temo que ese será el castigo de Hugo por intentar colársela a un superior. Aunque soy un hombre vengativo y tendrá más de un castigo.

—A mí lo de los castigos me parece estupendo —sonrió—, lo que me gusta menos es tenerlo pegado a mí en todo momento.

—No te preocupes por eso, cuando Hugo no pueda encargarse de tu seguridad seré yo quien vele por que no te pase nada.

—No sé qué es peor.

A los dos nos dio la risa, me di cuenta de que hacía muchos días que no reía. Entre lo de Hugo y lo mucho que echaba de menos a Laura, casi se me había olvidado el sonido que tenía.

Me despedí de Andrés en la puerta y me preguntó si quería cenar con él la noche del martes. Me pidió que lo pasara a buscar por la comisaría y que me pusiera el mejor vestido que tuviera. No entendí mucho, pero me dio igual; no era una cena romántica ni nada por el estilo, a lo mejor era para hablar del caso, así que no le di más vueltas. Cerré la puerta y me dirigí a la cama. Esa noche María dormía en casa de una amiga, últimamente pasaba la noche fuera de casa con demasiada frecuencia, Tendría que hablar con ella (otra cosa más de la que preocuparme).

Me metí en la cama. Logré dormirme a las dos y solo lloré durante hora y media, todo un logro.

27. Mi «cita» con Andrés

Estaba en la puerta de la comisaría aguantando la respiración, conté hasta diez y abrí. Pensé que había tenido suerte porque la comisaría hervía de actividad, así que quizá mi presencia pasaría inadvertida, pero encima de unas escaleras apareció Andrés y me sonrió como si hubiera entrado el mismo sol. Me llamó y la comisaría se quedó en el más absoluto silencio. Subí las escaleras con las piernas temblando. Había visto a Hugo por el rabillo del ojo, pero fui tan cobarde que no quise girarme y enfrentarme a su mirada; ¡como si yo tuviera algo de lo que avergonzarme! Cuando llegué arriba Andrés me dio dos besos, puso su mano debajo de mi espalda (demasiado abajo para mi gusto) y me hizo entrar en su despacho. Aún temblaba cuando me senté.

—Vaya, cuando te dije que te pusieras tu mejor vestido no imaginé algo así, estás deslumbrante.

—Gracias, me gusta hacer las cosas bien.

Los dos sonreímos y me di cuenta de que cada vez me sentía más cómoda con Andrés. Nunca había tenido ese tipo de relación con un hombre, era algo así como tener un amigo del sexo opuesto.

Estuve un rato en su despacho mientras él acababa unas cosas en el ordenador. Cuando bajábamos las escaleras de la comisaría me tropecé y casi me caigo, menos mal que Andrés era rápido de reflejos y me cogió de la mano. Mano que no soltó hasta que salimos a la calle.

Fuimos a un restaurante bastante grande, pero acogedor. Era cocina de autor, de esa que te ponen muchos platos y en cantidades minúsculas, aunque he de reconocer que estaba todo delicioso.

—Andrés, tú lo sabes todo de mi vida privada, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes, ya decidiré yo si contestarla.

—¿Cómo un hombre como tú está soltero?

—¿Quién te ha dicho a ti que estoy soltero?

—La verdad es que nadie; sin embargo, yo pensaba... Es igual, déjalo, hay veces que soy estupenda metiendo la pata.

—No pasa nada, Olivia, pero yo jamás hablo de mi vida privada.

—Eres gay.

No era una pregunta, era una afirmación, y lo dije por decir, casi sin pensar y por pura intuición, aunque con convicción; estaba casi segura y no sabía bien por qué. Algo en la expresión de su cara me dijo que había dado en el clavo.

—No soy gay.

—Sé que he acertado a la primera, no intentes negármelo. No pasa nada, nadie va a juzgarte porque te gusten los hombres. ¡Solo faltaría!

Suspiró y en sus ojos se reflejó una profunda pena.

—Eso será en tu entorno; te recuerdo que yo soy policía y encima inspector jefe, si se enteran en la comisaría...

—No te preocupes, no voy a decir nada.

—No sé cómo te has dado cuenta tan rápido, nadie lo hace. No me había pasado nunca. Ni siquiera mi familia se dio cuenta hasta que yo lo conté. Supongo que no ayudó decirte que no eras mi tipo, eres una mujer guapísima, debes ser el tipo de todo hombre.

—Menos el tuyo. —Los dos sonreímos y eso nos ayudó a liberar tensión

—. Relájate, hablaba en serio, no diré nada a nadie.

—En realidad no creo que tarde mucho en decirlo, mi pareja empieza a estar un poco harto de tanto secretismo y yo no quiero perderlo.

Continuamos hablando en un grado de intimidad que solo tenía con Laura. Él me explicó bastante de su vida. Hubo un tema que le afectaba más que otro, y se notaba en la seriedad con que lo contaba y en la profunda pena que había en sus ojos.

Casi no tenía relación con sus padres. Su padre jamás aceptó la orientación sexual de Andrés y este se fue de casa muy joven; su madre, incapaz de llevarle la contraria a su marido, fue viendo cómo perdía a su hijo poco a poco. Me explicó que se sintió muy solo, pero que poco tiempo después conoció al que en aquellos momentos era su pareja. Formó su propia familia, y aunque echaba de menos a su madre, Óscar le daba mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Se notaba, porque cuando pronunciaba su nombre se le iluminaba la cara.

Fue una noche en la que los dos nos sinceramos. Yo le conté mi historia entera. Incluido el maltrato de Rafa, mi embarazo y mi historia con Hugo. Andrés ya había leído algo de todo eso en mi historial, pero yo no me guardé nada. Fue muy liberador hablar con alguien a quien casi no conocía, pero con quien había conectado muy bien. Andrés sabía escuchar y no juzgar, eso era de agradecer.

Estuvimos hablando hasta que nos echaron del restaurante, por lo que decidimos continuar en mi casa. María estaba durmiendo en casa de una amiga (otra vez, tendría que cortar aquello pronto). Nos dieron más de las cuatro de la madrugada cuando decidimos irnos a dormir. Andrés vivía lejos del centro y Óscar, su pareja, pasaba un par de días fuera por trabajo. Así que decidimos que Andrés se quedara a dormir en la habitación de Laura.

Cuando me metí en la cama, saboreé la sensación de poder confiar en alguien que no fuera de mi entorno habitual, de tener la certeza de que Andrés y yo acabábamos de iniciar una amistad. Me pareció una magnífica persona, y si no me equivocaba podría contar con él para mucho más que para hacerle de cebo en su trabajo.

Antes de las ocho me despertó el timbre de la puerta. Odiaba despertarme de forma tan brusca, así que salí de mi habitación refunfuñando y medio dormida, pero me espabilé de golpe cuando Andrés salió de la suya vestido solo con unos *boxers*.

—Inspector López, si quieres que siga respirando tápate un poco; que tú seas gay no implica que yo sea de piedra.

Los dos nos sonreímos y me dirigí a la puerta. Pensé que sería María, que se habría dejado las llaves, pero me extrañó que llegara tan pronto. Estaba pensando cómo le explicaría que había un hombre en casa cuando abrí la puerta. Me quedé pegada al suelo cuando vi a Daniel acompañado por Hugo.

—Siento mucho molestarte, Olivia, pero es que Laura tiene el móvil apagado desde ayer por la noche. Empiezo a preocuparme.

Daniel ya había entrado en casa y no paraba de pasarse la mano por el pelo y dar vueltas de un lado a otro del salón, gestos que delataban lo nervioso que estaba. Aunque Laura no le había cogido el teléfono desde el incidente en la comisaría, Daniel la llamaba para asegurarse de que tenía el móvil encendido y operativo; eso, según él, quería decir que estaba bien. Daba igual las veces que yo le había explicado que en la India la cobertura era una mierda, aquel hombre era el colmo de la sobreprotección.

—¿Empiezas? Te querías presentar en casa de Olivia esta madrugada. Si yo no te hubiera parado, a las cuatro habrías llamado a su timbre.

Intenté no fijarme mucho en él. Fue imposible. ¿Parecía más delgado?, ¿tenía ojeras? Aparté mis pensamientos y mi mirada cuando me di cuenta de que alguien se acababa de pegar a mi espalda.

—Hugo, Daniel, buenos días.

—Mmmm... Esto..., jefe, lo siento. Solo venía a comentar una cosa con Olivia, pero ya nos vamos.

—No pasa nada, García. Pasad y tomaos un café.

Me faltó poco para atragantarme con mi propia saliva. Eran las ocho de la mañana, estaba claro que Andrés y yo nos acabábamos de levantar. Y por si fuera poco yo no iba muy tapada, pero ¡Andrés solo llevaba puestos unos *boxers*!

Tardé tres segundos en recapacitar y pensar: «¡y a mí qué me importa!». Me había dejado él, y además por unos motivos muy sólidos y dolorosos, así que lo que pensara Hugo que hacía con mi vida me la tenía que traer al paio. Qué pena que no fuera verdad. Tener a Hugo en mi casa me afectaba más de lo que quería reconocer.

Hugo apretó la mandíbula y pasó al salón no muy convencido. Estaba segura de que si Andrés no fuera su jefe habrían salido por patas.

Lo primero que hice fue mandarle un wasap a Laura. Me contestó a los dos minutos diciendo que estaba bien. Todo un logro, teniendo en cuenta la cobertura que había en la India y la diferencia horaria.

Le expliqué a Daniel que Laura me acababa de mandar un wasap y que se encontraba bien.

—Ya te dije que llamarla tantas veces no era buena idea. Seguramente apagó el móvil por lo pesado que eres, y espera que no te denuncie por acoso.

—Tienes razón..., pero no pude evitar preocuparme. Bueno..., pues si Laura está bien, nosotros mejor nos vamos.

—Espera, García, que quiero hablar con Román y contigo un momento. Voy primero a ponerme unos pantalones.

Juraría que Andrés dijo «pantalones» con ironía, aunque cuando lo vi desaparecer sentí los ojos de Hugo clavados en mí. Me giré y percibí en su cara una expresión de enfado total.

Di media vuelta y me fui a la cocina a preparar los cafés. Me di cuenta de que alguien entraba detrás de mí; antes de girarme ya sabía que era Hugo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¿Y se puede saber qué te importa a ti?

—Con el que has follado esta noche es mi jefe, no es un desconocido.

Tuve que contenerme porque sus palabras me dolieron. Me creía capaz de acostarme con su jefe cuando hacía apenas una semana que me había dejado. ¡Pero si aún me costaba hablar de él sin llorar! Pues sí que pensaba de verdad que era fría.

Lo que me pasa a mí cuando me siento atacada es que devuelvo el ataque con más intensidad.

—¿No me digas?, no me había dado cuenta.

—Lo digo en serio, Olivia, no juegues conmigo.

—No te equivoques, Hugo. Contigo dejé de jugar hace una semana, ahora con el que juego es con Andrés. —Le guiñé un ojo y vi cómo la vena de su cuello empezaba a hincharse. Aunque parezca mentira, no sentí el más mínimo miedo. A pesar de todo lo que nos había pasado, seguía siendo Hugo.

En ese momento entró Andrés por la puerta acabando con la conversación que manteníamos Hugo y yo.

—Román y García, en... —se giró y me miró como si quisiera hacerme cosas guarras, yo no pude evitar sonreírle —dos horas los quiero en la comisaría.

Hugo dejó el vaso en la mesa con tanta fuerza que me sobresalté. Los dos contestaron «sí, señor». Daniel alto y claro, Hugo entre dientes y casi sin que se le entendiera.

—¿Qué ha dicho, Román?

—He dicho que sí, señor.

—Eso me había parecido.

Cerró la puerta Daniel de una manera muy suave. Estaba segura de que si la hubiera cerrado Hugo habría dado un portazo.

—¿Qué ha sido eso, Andrés?

—Nada. Tengo una teoría y estoy demostrándola. Olivia, he de pedirte un favor relacionado con el caso. El tiempo que dure el operativo me gustaría

que María y tú vinierais a mi casa.

—Eso es imposible. Vives muy lejos, y no quiero que María deje su casa.

—Olivia, has dicho que sí a un operativo importante. Tu ex tiene unas amistades con las que hay que ir con cuidado y no pienso exponeros a ti o a tu hija a ningún tipo de peligro. Si quieres que te sea sincero, lo ideal sería que María saliera de este entorno una temporada. Lo que dure el operativo. Si fuera posible que la mandaras a casa de una amiga o de un familiar, pero lo más lejos de aquí que pudieras, sería estupendo. En lo que no voy a tolerar discusión es en que tenéis que dejar tu piso, a estas alturas tu ex debe saber de sobra dónde vivís y no podéis seguir aquí. Hay dos opciones: o te vienes a vivir a mi casa o a un piso para testigos protegidos, tú eliges. Yo preferiría tenerte cerca.

Me miró con una expresión tan dulce que descarté al momento el piso para testigos protegidos. Me sentiría mucho más cómoda y protegida en casa de Andrés. Mi cabeza iba a toda velocidad. Cuadré fechas en un momento.

—De acuerdo. Déjame que haga unas llamadas. En el colegio de María pueden ir una temporada a Londres para cursar sus estudios y así mejorar su inglés. Lleva mucho tiempo pidiéndomelo y creo que ahora es el momento, aunque no sé si aún estoy a tiempo.

—Se vaya María o no, os quiero en mi casa.

—¿Y Óscar?, ¿no le molestará?

—A Óscar le encantará la idea y le caerás muy bien, estoy seguro.

Me dio un beso en la frente antes de ir a la habitación de Laura para acabar de vestirse. La visión que ofrecía Andrés vestido solo con unos pantalones mientras caminaba era digna de admirar. Tanto que tardé más de la cuenta en llamar al colegio de María.

28. ¿¡Andrés y Olivia!?

No me jodas. No había suficientes mujeres en el mundo, el cabrón de Andrés tenía que fijarse en Olivia. Con lo discreto que había sido siempre con su vida privada... Y Olivia, para matarla. ¡Con mi jefe!

Estaba tan nervioso y el corazón me iba tan rápido que me dio miedo sufrir un infarto. Cuando entré en casa de Olivia acompañando al pesado de Daniel y la vi recién levantada, algo se derritió dentro de mí, pensé que había sido un imbécil por anteponer su seguridad a tener una relación con ella. Pero cuando vi a Andrés salir en calzoncillos, poco faltó para que le pegara a mi jefe. Olivia iba a ser mi ruina. Lo peor, sin lugar a dudas, era la manera en que Olivia lo miraba. Cuando sus ojos se cruzaron en la cocina y ella le sonrió, lo que vi en esa mirada me destrozó. Había admiración, ternura, complicidad... En esa mirada había algo más que atracción sexual, y yo me cagaba en todo. Solo había pasado una maldita semana.

Con lo que me había costado pronunciar las palabras que le había dicho a Olivia una semana

antes, ver la cara con la que me miraba y la vulnerabilidad que reflejaban sus ojos, a punto estuve un par de veces de abrazarla y dejarlo correr. Llevaba una semana comiendo fatal y durmiendo peor. Habían vuelto las pesadillas con una intensidad acojonante, y eso solo hacía que quisiera proteger más a Olivia. Y ahí estaba ella, acostándose con Andrés y olvidándose de todo lo que habíamos vivido.

Tenía que centrarme en mi trabajo y luego, cuando acabara el operativo, hablaría con ella. Con lo poco que le duraba a Olivia un hombre, igual para dentro de una semana no se acordaba de Andrés.

Llegué al despacho de mi jefe dos minutos antes de la hora a la que habíamos quedado. Daniel tardó diez minutos más y Andrés se presentó media hora más tarde. No quise pensar qué estuvieron haciendo él y Olivia durante dos horas y media. No pensar. No pensar. No pensar.

—Sentaos.

—Yo prefiero estar de pie. —No sabía de qué iba a hablarnos, pero prefería mirarlo desde esa posición.

—Y yo he dicho que te sientes. —Tuve que sentarme, ¡cabrón!—. He decidido que vosotros

seréis quienes vais a encargarnos de la seguridad de la señorita Ramírez. —Menos mal que algo me salía bien—. Os encargareis de su seguridad durante el día. Por la noche no necesitará protección, ya que Olivia se mudará a mi casa en tres días como mucho.

De mi garganta salió un sonido de lo más extraño, una mezcla de gruñido y susurro lastimoso.

—¿Algún problema, Román?

—Ninguno. ¿Y María?

—María se marcha a estudiar a Londres en cuanto la señorita Ramírez lo tenga todo arreglado.

Así estarían los dos solitos durante todo el tiempo que durase el operativo. Genial. Mi plan me estaba saliendo de puta madre.

—Una cosa más. No quiero un puñetero error. Olivia se juega mucho con este operativo y quiero que salga de él intacta. ¿Me habéis entendido?

Había renunciado a Olivia para encargarme personalmente de su protección, y ahora me decía el gilipollas de mi jefe que la quería intacta. Me cago en...

Salí de su despacho sin despedirme. Me senté en mi silla y, al ver que sería incapaz de

concentrarme en ese estado de nervios, cogí la chaqueta y decidí trabajar en la calle. Que me diera un poco el aire.

Llevaba dos días casi sin dormir, quería tenerlo todo muy bien atado para no cometer ningún error con Olivia. Me di cuenta de que aparte de ser protector me estaba convirtiendo en un maniático del control.

Después de dos días solo me quedaban pequeños detalles del operativo, lo tenía casi todo en marcha. Olivia no correría peligro alguno mientras fuera yo el que la vigilaba. Cuando ya lo tenía todo casi cuadrado, Andrés nos llamó a su despacho. Supongo que sería para ponernos al día de las novedades del caso.

En el despacho del jefe estábamos todos los encargados del caso, y aunque era un despacho grande, con tanta gente dentro se hacía un poco asfixiante.

—Buenos días. Quería informaros de las novedades del caso. María ya está en Londres, por lo que no hay que preocuparse por ella. Olivia está desde anoche instalada en mi casa. Ayer se puso en contacto con Rafa, su ex. Han quedado mañana en la cafetería de la esquina del trabajo de Olivia. Quiero el operativo montado en tres

horas y quiero verlo personalmente para darle el visto bueno. ¿Entendido?

No podía pensar. Creo que me puse algo blanco. Y esa vez no era por pensar que Olivia estaba desde la noche anterior en casa de mi jefe, era porque hasta ese momento no había sido consciente de dónde se estaba metiendo Olivia. Había montado ese tipo de operativo infinidad de veces, pero algo se revolvió dentro de mí cuando fui consciente de que quien correría peligro esta vez sería Olivia.

—Román, ¿puedes esperar un momento?

¿Qué coño quería otra vez? Me di la vuelta y me dirigí a su mesa como un robot. Me senté. Cuando hubo salido todo el mundo, mi jefe se dirigió a mí:

—Hugo, Olivia me ha contado lo que ha habido entre ella y tú; si estás demasiado implicado personalmente te quiero fuera del caso.

Eso me hizo reaccionar. Primero, por el asco que sentí de que Olivia y él hubieran hablado de nuestra relación. ¿Qué le habría dicho? Que era un cabrón, seguro. Le dije cosas muy desagradables y difíciles de perdonar. Y segundo, había pagado un precio muy alto por estar dentro del caso y no iba a permitir que López me jodiera.

—Si Olivia y tú habéis hablado de nuestra relación, también te habrá contado que la dejé sin más. No merecen la pena las complicaciones que trae, incluso con lo buena que está.

—Ya..., pero es que está muy buena.

El tono en que lo dijo, como de posesión, hizo que cambiara la expresión de mi cara. Él lo notó. Si hubiéramos estado en la calle le habría dado un puñetazo, incluso aunque fuera mi jefe.

—De acuerdo. Estás dentro. Pero al mínimo error o descuido te dejo fuera. Sabes que lo haré sin pestañear, así que ándate con ojo. —Gracias, jefe, eres un puñetero encanto.

Me pasé la noche en vela, pensando en todo lo que podía fallar y en los riesgos que Olivia podría correr.

No comí y estuve listo y en mi puesto tres horas antes de que aparecieran Olivia o Rafa.

El operativo era bastante sencillo. Dentro de la cafetería había tres compañeros de incógnito. Lo teníamos todo controlado, pero eso no impidió que al ver llegar a Rafa las manos empezaran a sudarme sin control.

Olivia tenía que ganarse un poco su confianza. Rafa no era muy listo, esperábamos poder sacarle algo en los encuentros que tendría con

ella, aunque eso exponía a Olivia mucho más de lo que a mí me gustaría.

Yo vigilaba desde la acera de enfrente. Vi aparecer a Rafa cinco minutos después de la hora a la que había quedado con Olivia. Paseaba y silbaba de una forma muy relajada. Tiró el cigarrillo que se estaba fumando y entró en la cafetería. Olivia palideció en cuanto Rafa se sentó en la silla que había frente a ella.

Aquello iba a ser complicado y Olivia lo iba a pasar fatal en cada encuentro que tuviera con él. Y yo..., yo no sabía cuánto tiempo aguantaría.

29. La segunda despedida

¿Por qué cojones me había metido en todo aquello? Con lo bien que estaría en esos momentos en mi casa, con mi hija.

El día anterior había llevado a María al aeropuerto para que se marchara a Londres, y como una madre histérica no había parado de llorar en toda la despedida. Demasiadas emociones en poco tiempo. Me había despedido de las dos personas más importantes de mi vida, y aunque era temporal, a mí se me hacía un mundo. María, sin embargo, estaba de lo más contenta.

—Cariño, ten cuidado y come bien.

—Uff, qué pesada eres, mamá.

Vi cómo miraba en todo momento a la puerta de embarque y me dio pena y rabia que a ella le diera igual la separación. En ese preciso momento, mientras yo la miraba, los ojos de mi hija se iluminaron como no los había visto en mi vida. Dirigí mi vista hacia donde ella miraba y me encontré con un chico alto y desgarrado, pero muy guapo. ¡Ay, madre! Mi hija no...

—¿Quién es ese, cariño?

—¿Quién?

—El chico alto y moreno que está hablando con la chica rubia.

—Ah, ese... Es Álex, un chico mayor que también va a Londres.

—¿Cuántos vais de tu colegio?

—Creo que somos cinco.

—Al final Alba no va.

—No, sus padres no podían costearse el viaje y la estancia en Londres.

Mamá, tengo que irme. Te quiero.

Volvió a mirar en dirección al chico llamado Álex y a mí se me erizó toda la piel. Tendría que hablar con ella cuando volviera del viaje, esa manera de

mirar no era normal; parecía un cervatillo deslumbrado, y si mi instinto no me engañaba un cervatillo también enamorado.

Me dio un beso y salió corriendo. Y yo sentí que una parte de mí se iba con ella. Nunca nos habíamos separado tanto tiempo y me iba a costar muchísimo.

Cuando llegué a casa me metí en la bañera, necesita un baño relajante, pero no aguanté ni diez minutos. Siempre me pasaba lo mismo cuando tenía cosas que hacer. Yo me lo pintaba como un planazo: bañera, música, sales de baño, etc. Lo preparaba todo con mucho esmero, luego me sumergía y solo hacía que pensar en la de cosas que tenía que hacer y en que yo estaba allí dentro, perdiendo el tiempo. Así que era incapaz de disfrutar del baño, y para no disfrutarlo, pues me salía. Eso fue justo lo que hice.

Me puse a hacerlas maletas y un *déjà vu* me embargó. Estaba sola y era la segunda vez que hacía unas maletas y me mudaba por culpa de Rafa.

Por mucho que me costara me había propuesto hacer todo lo que me decían desde la comisaría. Rafa tenía que acabar en la cárcel, me negaba a tener que hacer las maletas una tercera vez.

30. Amistad

Dormí fatal; entre estar en un sitio nuevo y los nervios por ver a Rafa, no había pegado ojo. Así que llegué a la cafetería donde había quedado con él mucho antes de la hora de la cita. Estuve un rato mentalizándome de lo que se me venía encima, pero ni con esas pude evitar palidecer cuando vi a Rafa delante de mí. Me habían dicho que lo mejor era que me mostrase sumisa e hiciera todo lo que él me pidiera. Difícil.

Dentro de la cafetería me sentía protegida, desde donde estaba sentada podía ver a una pareja de policías vestidos de paisano. José e Isa, me habían dicho que se llamaban. Había otro policía sentado en la barra leyendo un periódico. Sabía que dentro de esa cafetería no podría hacerme nada y empecé a tranquilizarme (ligeramente).

—Bueno, princesa, tú dirás. Tu llamada me sorprendió muy gratamente, pero pensaba que no querías saber nada de mí. Sobre todo, después de la paliza de la última vez. —Cómo odiaba que me llamara princesa.

Su voz parecía dulce, pero yo lo conocía muy bien. Estaba rabioso por lo de la paliza e intentaba tapar con dulzura la ira que destilaba su voz.

—Lo pensé mejor. —Me miró con recelo y yo supe que tendría que hacerlo mucho mejor si quería sacarle algo a Rafa—. Te echo de menos.

La conversación fue una mezcla de mentiras y alabanzas hacia él, es decir, mentiras y más mentiras. Le dije que no había encontrado a nadie como él. Que quería que lo volviéramos a intentar, pero con calma. Calqué cada palabra que me habían aconsejado desde la comisaría que dijera. Pensé que no sería capaz de pronunciarlas, que se me atascarían en la garganta, pero, aunque me costó, se las dije todas. Tenía unas ganas infinitas de que Rafa nos dejara en paz y pagara por todo lo que me había hecho.

Dos horas más tarde y después de todas las cosas buenas que le dije, se fue con una sonrisa, pero no sin antes darme un beso. Me dio tanto asco que no pude evitar apartarme.

—Vamos a ir poco a poco, Rafa.

—Solo es un puto beso. ¿Tan poco a poco vamos a ir?, como si no nos hubiéramos acostado antes...

Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad y darle un beso, o empezaría a sospechar. Intenté evadirme. Fue un beso posesivo y violento. Asqueroso.

Quedamos en volver a vernos al día siguiente. Quería ir al cine, y yo me veía incapaz de meterme en una sala oscura con él.

No le había sacado nada, pero ya contábamos con ello. En las primeras citas sería difícil, tendríamos que esperar a ganarme un poco su confianza.

Esperé cerca de una hora sentada en la misma mesa —fue lo que me dijeron que tenía que hacer—, y durante esa hora solo pude pensar en las ganas que tenía de llegar a casa y lavarme los dientes por lo menos dos veces. Cuando me aseguré de que había pasado el tiempo acordado, salí a la calle. En la entrada de la cafetería me esperaba un coche. Subí. Dentro estaban Daniel y Hugo.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás segura de que quieres seguir? Sabes que puedes dejarlo cuando quieras.

En la voz de Hugo había ansiedad y preocupación. Qué raro...

—Sí, estoy bien. Claro que quiero seguir. No hay nada que quiera más que ver a ese hijo de puta entre rejas.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Yo tenía un nudo en la garganta que no podría seguir aguantando mucho tiempo. Demasiada tensión. Pero no quería llorar delante de Hugo, así que aguanté. Al llegar a la comisaría, vi a Andrés en su despacho y no pude evitar dirigirme hacia allí. Quizá más rápido de lo necesario, y es que mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas y no quería ponerme a llorar en medio de la comisaría. Nada más entrar, cerré

la puerta y me tiré a los brazos de Andrés llorando. ¡Dios!, ¿desde cuándo era tan dramática?

Esa noche Andrés y Óscar me trataron como a una reina. Óscar era cocinero. Cené como hacía años que no lo hacía, estaba todo buenísimo. Estuvimos hablando de mil cosas.

Si Andrés me había parecido buena persona, Óscar resultó ser un encanto. Me fui a dormir con una sensación de paz increíble. Tardé bastante tiempo en darme cuenta de a qué se debía; no entendía cómo podía estar tan tranquila, tan en paz, ya que había pasado mucha tensión y muchos nervios esa tarde con Rafa, hasta que de repente apareció una palabra en mi cabeza: «amistad». Óscar y Andrés se habían convertido en mis amigos. En el tiempo que llevaba con ellos habíamos creado vínculos muy fuertes. Entonces recordé que Laura volvía en dos días. Parecía mentira, pero ya había pasado un mes. Tenía tantas ganas de verla...

Andrés y Óscar insistieron en que Laura se viniera a vivir también a su casa hasta que se cerrara el caso. Andrés quería dejar vacía la casa donde vivíamos para no dar pie a confusiones. Pobres, habían perdido totalmente su intimidad.

Fui a recoger a Laura al aeropuerto. Cuando la vi, me impresionó; estaba muy morena y muy guapa, pero no fue eso lo que llamó mi atención, pues Laura ya era guapísima cuando se fue. Había algo en su cara que la hacía estar radiante.

No pude evitar correr hacia donde ella estaba. Lloramos abrazadas como dos quinceañeras en medio del aeropuerto.

De camino a casa de Andrés la puse al corriente de todo, en un resumen muy bien hecho. La pobre estaba alucinada.

Esa noche cenamos en la terraza. Estábamos sentados los cuatro alrededor de la mesa y me di cuenta de que me encontraba rodeada de gente a la que quería. Entonces eché muchísimo de menos a María, en esa mesa solo me

faltaba ella. Bueno..., si hubiera podido ser, también me habría gustado que estuviera Hugo. Pero eso era imposible. Él había dejado muy claro que no podía haber nada entre nosotros dos.

Óscar y Laura congeniaron a la perfección. Me sorprendió muchísimo oír a Laura explicarle a Óscar que no podía tener hijos por un cáncer que sufrió hacía unos años. Laura nunca hablaba del tema, y menos sin soltar alguna lágrima. Cuando le pregunté, me dijo que el viaje le había servido para encontrarse consigo misma y perdonarse muchas cosas. Ahí quedaba eso.

Hablé muchísimo con Laura durante esos días. Ella me puso al corriente de su viaje. Yo me sorprendí con todo lo que me contaba, porque de verdad parecía que aquel viaje la había ayudado a perdonar y a superar su pasado.

—No necesito ser madre para ser feliz, y por primera vez en mi vida lo digo de verdad. A veces nos obcecamos tanto con algo que no puede ser que dejamos de valorar lo que tenemos. Voy a ser feliz con lo que tengo hoy, y si viene algo más, pues lo cogeré encantada.

—Me encanta oírte hablar así.

—Lo mejor de todo es que lo digo con convicción. Durante mucho tiempo he intentado engañarme a mí misma, pero ahora lo siento así. Y te voy a decir una cosa: tengo mucho por lo que ser feliz.

Por primera vez desde que superó el cáncer hablaba sin lágrimas, sin resentimiento y con una sonrisa en la cara. Me alegré muchísimo por ella. Me acerqué a darle un abrazo, de esos que te reinician; estuvimos abrazadas mucho rato. Después me fui a la cocina a preparar café, me tocaba a mí ponerla al día de todo lo que había pasado con Hugo. Le había explicado alguna cosa por encima, pero no habíamos tenido una conversación en condiciones, de esas en las que se disecciona y se analiza todo y si no queda completamente claro, se vuelve a empezar.

—Hay algo en la historia de Hugo que no me cuadra.

—Pues la cosa está clarísima.

—No tanto. Pero lo que ahora me importa de verdad es el caso de Rafa. ¿Seguro que no corres peligro?

—Siempre hay policía a mi alrededor. Estoy muy vigilada. Además, Andrés no dejaría que me pasara nada.

—¿Tú crees que yo podría estar cerca de ti cuando volvieras a quedar con Rafa? Quiero decir, aunque me entren ganas de estrangularlo, me pone más nerviosa estar lejos y no saber lo que pasa que estar cerca de ti.

—Podríamos preguntarle a Andrés; no sé si te va a dejar, pero por preguntar no perdemos nada. Lo que pasa es que tendrías que estar cerca de Dani. Y hablando de Dani...

—No quiero oír nada. He superado todo lo que tenía que superar y quiero empezar de cero.

—Ya, pero deberías saber que...

—Olivia, métete en tus asuntos. Te lo digo con amor.

Nos pusimos al día de todo. Le expliqué que desde que Hugo me dejó no había vuelto a salir con nadie, y que me sentía bien. Laura no se sorprendió tanto como yo esperaba. Para mí era un récord estar tanto tiempo sin acostarme con alguien.

—Sé que para ti es mucho tiempo, pero este momento tenía que llegar tarde o temprano. Lo mejor de todo es que yo sabía que te sentirías de maravilla cuando pasaras un tiempo sola.

—Hombre, tanto como «de maravilla» no sé. Si esto se alarga no sé yo si aguantaré.

Las dos sonreímos porque sabíamos que no era verdad, yo me sentía muy bien y eso me hacía pensar que no volvería a saltar de cama en cama con tanta facilidad. Aunque tampoco quería decir que me fuera a meter a monja.

Hablamos de todo un poco, pero Laura no aceptó en ningún momento tratar el tema de Daniel. Así que lo dejé correr; como ella decía, no era asunto mío.

Tardé una semana en volver a saber algo de Rafa. Me llamó por teléfono y me explicó que le había surgido un imprevisto. Por mucho que intenté sacarle de qué se trataba no hubo manera. No pude evitar temblar como una hoja con los preparativos que hizo la policía para esa nueva «cita» con él.

31. El puñetero micro

Algo estaba tramando Rafa. Estuvo dando largas a Olivia durante una semana, y eso no me gustaba. Se lo hice saber a López y decidimos tomar la precaución de ponerle un micro a Olivia para su siguiente cita. Me sorprendía y me mosqueaba ver lo preocupado que Andrés estaba por Olivia y por su seguridad.

Olivia llegó a la comisaría más pálida de lo normal. La vi subir directamente al despacho de López y cerrar la puerta. Apreté los puños y no pude evitar pensar cuánto tiempo más aguantaría aquella situación. Cada vez se me hacía más difícil verlos juntos, cada día que pasaba los notaba más unidos y yo cada vez sentía más lejano arreglar las cosas con Olivia cuando todo aquello pasara.

A los pocos minutos López asomó la cabeza.

—Román, encárgate de ponerle el micro a Olivia.

Definitivamente López era un cabrón. Para ponerle el micro a Olivia tendría que tocarla. Llevaba bastante tiempo evitando hasta el hablar

con ella y ahora tendría que tocarla. Había algo que no entendía: si Olivia fuera mi pareja, a la última persona a la que le pediría que le pusiera un micro sería a su ex. López hacía unas cosas de lo más raras.

Cuando entré en mi despacho Olivia ya estaba esperándome.

—Hola.

—Hola, me ha dicho Andrés que vais a ponerme un micro. —Su voz sonaba con un punto de histeria. Intenté tranquilizarla.

—No te preocupes, es solo para tenerte más controlada. Ya sabes que no dejaría que te pasara nada malo.

Se hizo un silencio que se podría haber cortado con cuchillo. Se me escapó, no tendría que haberle dicho eso. Pero ya estaba dicho, así que intenté seguir hablando para tranquilizarla.

—Habrá una pareja muy cerca de ti en el cine, y si cuando salgáis decide cambiar de planes tenemos el GPS que llevas en el bolso y el micro. Ahora quítate la camisa, por favor.

—¿Perdón?

—Voy a ponerte el micro dentro del sujetador, creemos que será el sitio más seguro.

—¿Quiénes lo creéis?

—Mi equipo, López y yo.

—¿Andrés sabía que tendrías que ponerme el micro dentro del sujetador? —Me cabreo tanto su reacción..., como si fuera propiedad de Andrés, como si yo nunca la hubiera visto desnuda, como si le molestara que la tocara, que contesté mucho más secamente de lo que pretendía.

—Claro que lo sabe. Es más, la idea de que sea yo quien te lo ponga ha sido suya. —Sus mejillas cogieron el color que no tenían hacía solo unos minutos.

Empezó a desabrocharse la camisa. Antes de que pudiera pararla se había quitado el sujetador y me lo estaba alargando para que lo cogiera. Las palmas de las manos empezaron a sudarme, casi se me había olvidado el espectáculo que era ver a Olivia desnuda. Casi.

—Ponte el sujetador, por favor.

—Como me dijiste...

—¡Póntelo! —No era mi intención gritarle, pero no podría aguantar mucho más tiempo sin tocarla o besarla.

Olivia se puso el sujetador, mucho más roja que antes. Creo que se había ofendido. No paraba de cagarla con ella.

Me acerqué con el micro en la mano. Cuando cogí con los dos dedos el encaje de su sujetador pude ver la parte superior de un pezón. Las manos empezaron a temblarme. Tenía que acabar pronto con aquello. Rocé la teta de Olivia sin querer (debido a mi temblor de manos) y los pezones se endurecieron. Cuando bajé la vista y miré sus tetas no pude aguantar más. Tenía dos opciones: salir de allí cagando leches o tocar y besar a Olivia, con lo que me jugaba una hostia por su parte o que se lo explicará a López y me sacara del caso, o peor aún, me mandara a otra comisaría. Me acerqué a ella hasta que noté su respiración en mi boca. Esa mujer iba a acabar conmigo. Con la mano derecha fui subiendo por su abdomen hasta ponerla en la parte baja de una teta. Por donde mi mano pasaba, la piel de Olivia se erizaba y su respiración se aceleró. La mía estaba acelerada desde que se había quitado el sujetador. Había subido mi mano hasta acariciarle el pezón, que se ponía más duro por momentos. No la vi venir, pero en cuanto su mano impactó con mi cara me acordé de la hostia que le pegó a su ex en el bar la primera vez que la vi. Y, joder, dolía igual que me imaginé ese día. Olivia sabía pegar.

Me retiré mucho más despacio de lo que la situación requería. Lo último que aparté de ella fue mi mano, que aún estaba tocando su teta. Era como si tuviera vida propia y se resistiera a dejar de tocarla.

Salí del despacho con una calma que no sentía. Fui a buscar a Daniel y le dije que se encargara él de ponerle el puto micro.

Me encerré en un despacho y esperé. No pasó ni media hora. Picaron a la puerta.

—Adelante. —Como me imaginaba, era Andrés.

—Quedas fuera del caso. Te lo dije. Tu implicación personal hace inviable que sigas dentro.

—No tengo ninguna implicación personal.

—No me jodas, Hugo. No puedes mantener las manos apartadas de ella.

—No ha tardado nada en contártelo.

—En realidad, no me ha costado nada adivinarlo. Cuando Olivia ha subido a mi despacho, tenía más color en las mejillas del que ha tenido estas últimas semanas y temblaba como una hoja.

Cuando ya había cogido el pomo de la puerta para salir del despacho se dio la vuelta.

—Otra cosa: esta noche cenas en mi casa. No te lo estoy pidiendo. Es una orden.

Cerró la puerta y yo me quedé como aturdido. ¿Qué coño hacía yo cenado con Olivia y mi jefe? Y ¿qué clase de orden era esa?

32. La cena

No podía reaccionar. Me había comportado con Hugo como una adolescente. Aún no entendía cómo le había dejado llegar tan lejos. Le pegué fuerte, sí, pero ya me había tocado una teta y estaba a punto de besarme. Y yo me había quedado allí plantada como si fuera incapaz de moverme.

Estaba tan alterada que la «cita» con Rafa fue un desastre. Al final tuve que decirle que me dolía la cabeza y darla por finalizada sin que me dijera nada interesante. Aunque cuando llegué a casa de Andrés este me dijo que Rafa empezaba a confiar en mí y que no tardaría mucho en soltar alguna cosa interesante.

Laura había salido con unas amigas del hospital. Llamé a María y hablé con ella unos veinte minutos antes de meterme en la ducha.

—¿Qué tal te va por Londres, cariño?

—Pues muy bien, mamá. He coincidido con algunos compañeros más del instituto que ya estaban aquí, así que estoy muy bien acompañada.

—¿Algún chico interesante?

—Alguno sí que hay, pero nada importante; no me hace mucho caso, aquí las chicas son muy altas, muy rubias y muy guapas.

—Tú eres preciosa, María.

—No tanto como tú.

—Eres mucho más guapa que yo a tu edad.

—¿Tú eras alta, sin formas y con granos?

—Esa era yo; no triunfaba nada, tuve que esperar unos cinco añitos más para que los chicos se empezaran a interesar por mí.

—¡Cinco años! Mamá, eso es un montón.

—No tanto, cariño.

Continuamos hablando de todo un poco y nos despedimos hasta el día siguiente. Ella no quería que la llamara cada día, pero esa fue mi condición para mandarla tan lejos. Nunca había estado tantos días sin verla, si encima no podía hablar con ella me daría algo. Empezaba a pensar seriamente que tenía que aflojar con María, me estaba convirtiendo en una madre posesiva y pesada. Bueno, en realidad no me estaba convirtiendo, ya lo era.

Tenía muchas ganas de irme a la cama cuanto antes, había sido un día muy largo. Engañé a Rafa diciéndole que me dolía la cabeza, pero por la noche me dolía de verdad. Iba a despedirme de Óscar y Andrés para irme a dormir cuando me di cuenta de que este tenía otros planes.

—Olivia, cariño, Óscar ha preparado una cena estupenda y no te vas a ir a la cama sin cenar, así que siéntate y disfruta. ¿Una copa de vino?

—Mejor no, porque está empezando a dolerme la cabeza.

—Yo mejor te la pongo, que seguro que te va a venir muy bien, luego ya me lo agradecerás.

Me trajo la copa de vino y, como no sabía qué hacer con ella, empecé a bebérmela. Me sorprendió que llamaran a la puerta, era bastante tarde y que yo supiera no venía nadie más a cenar.

Estaba con la copa a medio camino de mi boca cuando vi entrar a Hugo. No entendía nada.

—Olivia, se me olvidó decirte que he invitado a Hugo a cenar esta noche con nosotros.

—Más que una invitación creo recordar que fue una orden.

—Bueno..., qué más da, ahora ya estás aquí. Voy a ayudar a Óscar a acabar la cena, enseguida vuelvo.

Andrés estaba nervioso (estupendo, porque ya éramos dos). No sabía qué pretendía invitando a Hugo a cenar en su casa estando Óscar. A no ser que fuera algo relacionado con trabajo y tuviéramos que disimular que eran pareja. A Óscar iba a sentarle fatal. Con razón.

Salieron los dos sonriendo de la cocina. No pude evitar tenerles un poco de envidia, hacían una pareja estupenda.

—Hugo, te presento a Óscar, mi pareja. Óscar, él es Hugo, un compañero de trabajo.

Se hizo el silencio, y yo pude observar a todo el mundo. Por la expresión de Óscar parecía que le acabara de tocar la lotería; miraba embobado a Andrés, como si este fuera el décimo.

Andrés estaba tenso; se le notaba en cómo apretaba la mandíbula, pero sonreía cuando miraba a Óscar.

Hugo tenía cara de estupor total, y antes de que ninguno pudiéramos pararlo le dio un puñetazo a Andrés.

—Ahora si quieres me trasladas a otra comisaría. Me has hecho creer durante todo este tiempo que estabas con ella.

—Lo siento, tenía que comprobar una cosa y era la única manera. — Andrés no paraba de tocarse la mejilla, que empezaba a ponerse de un color morado.

Óscar desapareció y volvió con una bolsa de guisantes congelados que le dio a Andrés. Pude fijarme, por las reacciones de Andrés, en que solo había sido un golpe y no le había dañado nada más. Siempre me fijaba en esas cosas, defecto profesional.

Hugo miró a su jefe con algo de arrepentimiento. Y yo seguía en el mismo sitio sin entender nada de nada. Pero para mayor desconcierto mío, Hugo y Andrés se sonrieron y acto seguido se abrazaron. ¡¿Qué coño les pasaba a esos dos?!

—¿Alguien me puede explicar que está pasando?

33. Hugo y yo

Nos dejaron a Hugo y a mí solos en el salón. Andrés y Óscar salieron a dar una vuelta y a celebrar, según Óscar, que ya eran pareja oficial. Aunque llevaban bastantes años juntos.

No sabía hacia dónde dirigir la vista y no quería mirar a Hugo a la cara, le había pegado a Andrés y no me había gustado nada. Eso obviando que aún no entendía el porqué.

—Olivia, creo que te debo una explicación.

—En realidad no, me lo dejaste todo muy claro.

—Nada de lo que te dije aquel día era verdad.

—¿Perdón?

—Necesitaba continuar en el caso para poder protegerte, y Andrés no me habría dejado si hubiéramos continuado siendo pareja. Aunque es más listo de lo que pensaba y no se ha creído mi farsa ni por un momento.

—¿Me estás diciendo que me dejaste por tu trabajo?

—No, te estoy diciendo que necesitaba protegerte y para eso no podíamos continuar siendo pareja.

Tuve que levantarme, porque no me considero una persona violenta, pero en ese momento le habría pegado. Me bebí la copa de vino de golpe y entendí lo que quiso decir Andrés antes.

—Verás, Olivia. Cuando era un crío presencié un atraco. Murió una niña de mi edad. Desde ese día tengo pesadillas casi todas las noches. Ese fue el día en el que decidí ser policía y mi sentido de la protección se disparó. No podría soportar que le sucediera algo a alguien a quien quiero.

No pasé por alto que me incluía en ese conjunto de gente a la que quería.

—Siento lo del atraco y que tuvieras que presenciar eso siendo solo un niño, pero me dijiste cosas que no son fáciles de perdonar.

—Pero es que ninguna de ellas era verdad. Tuve que escoger muy bien las palabras que sabía que te harían daño. ¿No lo entiendes, Olivia?, todo vale la pena si es a tu lado. No entendí bien tu reacción, te creíste cada palabra que te dije. Pensaba que cuando hablara de María me saltarías a la yugular, pero ni siquiera cuando la mencioné a ella reaccionaste.

—Creí que era lo que pensabas de mí. Sobre lo que dijiste de María, en realidad me parece que en esos momentos estaba en estado de *shock*. Me hablaste de tantas cosas..., nunca más vuelvas a dar una opinión así de mi hija, porque sería capaz hasta de pegarte.

—Lo sé. De todas maneras, nunca menciones las palabras que te dije sobre María delante de mi madre.

—No entiendo qué quieres decir

—Ya lo entenderás cuando la conozcas. Ahora en serio, Olivia, me gustaría que me dieras otra oportunidad. Prometo hacer las cosas mucho mejor.

—No es tan fácil, me lo has hecho pasar fatal estas últimas semanas.

—Yo no lo he pasado mucho mejor. Durante todo este tiempo he pensado que te estabas enamorando de Andrés.

—Por Andrés siento otro tipo de amor.

—Ahora lo sé.

Sabía que se lo estaba poniendo muy fácil, que debería mostrarme enfadada durante un tiempo, hacerle pagar lo mal que me lo había hecho pasar esas semanas, pero me había cansado de estar enfadada. Por una vez en mi vida quería hacer lo que me apetecía, y en esos momentos no había nada que me apeteciera más que Hugo.

A medida que iba hablando se iba acercando a mí; sabía que me iba a besar y que una vez que empezáramos ya no podríamos parar.

—¿Sin mentiras, Hugo?

—Te lo prometo, Olivia.

Ya no nos pudimos contener más, nuestras bocas se encontraron a mitad del camino. Empezó a desvestirme mientras yo le indicaba dónde dormía, y supe que esa vez no iba a ir despacio, habíamos pasado mucho tiempo separados y ninguno de los dos quería entretenerse con preliminares. Nos desvestimos con la torpeza que da el querer ir rápido. Lo senté en una silla de la habitación con mucha más fuerza de la que pretendía. Sonreímos. Los dos estábamos impacientes. Le desabroché los pantalones y lo hice entrar en mí con brusquedad. Me agarré al respaldo de la silla y empecé a moverme despacio pero con ritmo, sabía que si aumentaba la velocidad me correría en nada. Cuando veía que estaba a punto, bajaba la intensidad para alargarlo un poco más. Hugo se metió uno de mis pezones en la boca y supe que no tardaría en correrme. Volví a moverme de manera suave, pero dejando que Hugo entrara completamente en mí; no pude aguantar más y me dejé ir, Hugo me siguió al momento.

Fue una noche maravillosa, como cada vez que me había acostado con él. Aunque no pude evitar ponerme encima en todo momento. Él me miró con cara de pena cuando lo intentó un par de veces y no lo dejé. Me había hecho mucho daño y, aunque lo había perdonado de verdad, necesitaba tiempo para recuperar la confianza. Por una vez en mi vida necesitaba saber que podía contar con alguien. Necesitaba saber que Hugo no iba a fallarme pasara lo que pasara.

34. Como una adolescente

La semana siguiente la pasé en una especie de nube. Jamás ningún hombre había sido tan atento conmigo ni yo había sentido tantas cosas por alguien. Eran una mezcla de sentimientos difíciles de explicar. Sentía amor, pasión, protección, cariño, amistad... Sentía tantas cosas que había momentos en los que pensaba que iba a explotar.

Andrés se mantuvo firme en no dejarme ir a vivir a casa de Hugo, y este, a pesar del rebote que se cogió, lo entendió.

Yo pasé a tener la adolescencia que nunca tuve. Andrés se comportaba como un padre, me llamaba para saber dónde estaba y a qué hora iba a volver. Me esperaba levantado hasta que yo llegaba a casa. Muchas noches, cuando regresaba de una cita con Hugo, nos sentábamos a hablar con una copa de vino en la mano y acabábamos arreglado el mundo. Al final teníamos que cortar la conversación porque nos daban las tantas de la madrugada.

A mí toda aquella situación me hacía mucha gracia, a Hugo no tanta. Él hacía el papel de novio formal que me llevaba a casa a la hora que «papá» decía.

Mientras tanto Hugo y yo teníamos unas citas increíbles. Empezábamos a conocernos bien y poco a poco volvía a ganarse mi confianza.

Esa noche, como casi todas, había quedado con él para cenar. Me dijo que el sitio donde iríamos era una sorpresa, pero que me pusiera cómoda, a poder ser con bambas. Me extrañó, porque siempre elegíamos diferentes restaurantes de la ciudad, y aunque podías ir vestido de manera informal, en esa ocasión recalcó bastante lo del calzado cómodo.

Cuando salí de mi habitación, la escena que vi me conmovió; y es que Andrés, Óscar y Laura estaban cenado, reían a carcajadas por algo que había

dicho alguno de ellos y yo me paré en el umbral de la puerta a contemplarlos. Era lo más parecido que tenía a una familia. Los quería muchísimo a los tres; a Laura desde hacía ya muchos años, pero Andrés y Óscar habían entrado en mi vida y en mi corazón pisando fuerte. Se me escapó una lágrima y supe que guardaría esa imagen para siempre.

Me fijé en que Laura reía como lo hacía antes de su enfermedad, de una manera abierta y sonora, y yo me alegré infinitamente por ella. El viaje a la India me había traído a una persona nueva, y, sin embargo, era más ella misma que nunca. Andrés y Óscar la miraban con cariño y entre ellos se miraban con una complicidad y un amor que daba hasta miedo.

Salí de mi escondite para unirme a ellos.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia?

—Esta amiga tuya, que no hay manera con ella. —Óscar se giró para poder hablar bien conmigo—. Y tú, ¿se puede saber dónde vas vestida así?

—A una cita con Hugo.

—¿Y no se supone que para una cita te tienes que arreglar un poco?

Lo veía venir y Laura también, por eso mi amiga me agarró del brazo y dijo no sé qué de buscar algo en la cocina.

—Si te quedas un rato más en el salón a Óscar le da algo.

—Veía venir todo su repertorio de cómo ir vestido a cada evento.

—Estás muy guapa, tú siempre estás guapa.

—¿Y qué me dices de ti? Desde que has vuelto del viaje pareces otra; estás preciosa, por fuera y por dentro.

—Y lo mejor de todo es que es así exactamente como me siento, encima ahora tengo un chico guapísimo que no me deja ni a sol ni a sombra.

Eso me interesó bastante, así que cogí una manzana (por tener algo en la mano) y me puse a comérmela mientras me sentaba en una silla de la cocina.

—¿Cómo? Anda que cuentas algo... Explícame eso con detalle, que aún falta más de media hora para que llegue Hugo.

Laura me imitó y cogió una silla para sentarse justo enfrente de mí. Aquella conversación prometía.

—La verdad es que no hay mucho que explicar. Daniel me llamó cuando volví y, aunque al principio no quise hablar con él, insistió tanto que accedí. Me explicó todo el malentendido que habíamos tenido el día de la comisaría y que él tampoco puede tener hijos.

—Y estáis juntos. —Me levanté de la silla y empecé a aplaudir como si tuviera dos años.

—En realidad no. Le pedí perdón por el lío que nos hicimos en la comisaría sobre quién era el estéril, incluso llegamos a reír con la situación, pero le dije que de momento estoy a gusto sola y prefiero continuar así hasta que me sienta del todo bien conmigo misma.

—Y ¿entonces?

—Pues eso no quita que salgamos de vez en cuando y vayamos mucho más despacio de lo normal. Ahora mismo somos más dos amigos que se cuentan sus mierdas que una pareja.

—Tiempo al tiempo.

—No voy a ser hipócrita, Daniel me gusta mucho y a la larga si los dos queremos creo que esto acabará en una relación. Por lo menos es lo que me gusta pensar a mí. Pero también es verdad que si algo me ha enseñado este viaje es a experimentar y saborear cada momento, por eso voy a vivir el día a día con Daniel sin preocuparme de lo que vendrá. Ahora estamos muy bien así, por lo tanto, voy a disfrutarlo al máximo.

Cuando hablaba de Daniel se le iluminaba la cara. Estaba segurísima de que acabarían juntos, solo era cuestión de tiempo.

Picaron al timbre y abracé a Laura con muchas ganas. Me despedí de Óscar y de Andrés, y mientras salía por la puerta oí a los dos gritarme. Andrés me decía la hora a la que tenía que volver, y Óscar que dónde demonios iba a una cita en bambas. No pude evitar sonreír y pensar en el sentimiento tan

contradictorio que tenía desde hacía días. Extrañaba a María, tenía muchas ganas de que todo aquello acabara para que estuviera otra vez a mi lado, pero también sabía que echaría de menos a Andrés y a Óscar cuando las cosas volvieran a la normalidad.

Al llegar al coche no pude evitar fijarme en Hugo; llevaba bambas, tejanos y una camiseta y estaba tan guapo como si vistiera un traje hecho a medida.

—Hola, Olivia. Estás preciosa.

—Gracias, igualmente. ¿Me vas a decir dónde me llevas?

—Ah, no, eso es una sorpresa.

La sorpresa de Hugo consistía en una cita de lo más romántica o incómoda, como queráis llamarla.

Lo preparó todo para hacer un pícnic en un sitio con unas vistas preciosas. No faltó de nada: cestita de mimbre, mantel de cuadros, copas, vino, comida... El único inconveniente era que en esa época del año los mosquitos y bichos varios estaban a tope. Tuvimos que salir de allí corriendo o nos comerían vivos.

Nunca me había reído tanto en una cita.

35. La madre de Hugo

El caso de Rafa se alargaba más de lo que pensamos en un principio. Estaba todo bastante parado y, a pesar de mis citas con él, que cada vez eran más insoportables, no acabábamos de sacarle nada.

Hugo y Andrés se subían por las paredes. Según ellos estábamos alargando todo mucho más de lo necesario y yo corría un riesgo que no debía. Sin embargo, para mí estaba siendo el mejor momento de mi vida. Si bien las citas con Rafa eran inaguantables y María estaba demasiado lejos para mi gusto, por todo lo demás yo me sentía en una época muy dulce.

Echaba muchísimo de menos a mi hija, pero podía quedar con Hugo sin tener que contar con nadie más que conmigo, no me preocupaba por la hora ni por nada. Era como si volviera a tener diecisiete años; todo lo que me perdí en aquel tiempo lo estaba viviendo en esos momentos, y aunque por un lado quería acabar ya con el tema de Rafa, por otro estaba feliz.

Quedaba con Hugo cada noche para cenar en diferentes sitios, y con tantas cenas y conversaciones cada día que pasaba nos conocíamos más: nuestros gustos, nuestras manías... También fue como poco a poco volví a confiar en él. Lo difícil hubiera sido no hacerlo, era una persona increíble.

Hugo decidió que había llegado el momento de presentarme a su madre, y aunque yo no lo veía del todo claro, él insistió en que no tenía importancia, sería una presentación informal.

—En cuanto conozcas a mi madre entenderás lo que quiero decir con informal. Eso sí, no le hagas mucho caso en nada de lo que te diga; no está senil, pero es algo diferente.

Después de esa explicación, lejos de tranquilizarme me puso más nerviosa, y aún tenía menos ganas de conocerla. Nunca me habían presentado a un

familiar de alguna de mis parejas. Básicamente porque mi única pareja había sido Rafa. Y aunque quería saber todo lo que rodeaba a Hugo, y por una parte me apetecía conocer a su madre, por otra parte estaba histérica.

Hugo eligió un restaurante precioso del centro. En un principio pensé que no íbamos a casa de su madre para que yo me sintiera más cómoda, por ser el restaurante un sitio más neutral. Nada que ver con la realidad.

—Mi madre me ha dicho que no cocina, que o la invitó a comer o ya te conocerá tomando un café otro día. Ella es así.

Qué maja la mujer; ¿dónde me estaba metiendo? ¿Podría dar media vuelta e irme?

Llegamos al restaurante y vimos que la madre de Hugo ya se había sentado a la mesa que teníamos reservada. Se estaba sirviendo una copa de vino de una botella que ya andaba por la mitad. Imaginé que no se había bebido media botella ella sola; qué equivocada estaba.

Me fijé bien en ella y comprobé que no tenía nada que ver con la mujer que me había imaginado. Era guapísima, de esas mujeres cuya edad es difícil deducir. Vestida de manera impecable, con una melena rubia perfectamente peinada y maquillada lo justo. Tenía exactamente el mismo color de ojos que Hugo, y no pude evitar fijarme en lo mucho que él se parecía a ella.

—Hola, Olivia. Encantada de conocerte, ya era hora de que mi hijo nos presentara. Una pena que no haya podido venir tu hija, me hubiera encantado conocerla.

La madre de Hugo resultó ser una mujer con una lengua muy afilada, pero encantadora. Hay que decir que mucho más encantadora conmigo que con su hijo. De vuelta a casa, Hugo me dejó a mí primero, ya que su madre vivía bastante más lejos. Me fui a dormir con una sensación extraña; la madre de Hugo no se parecía a la mujer que él me había descrito. O él era un exagerado o ella muy buena actriz.

36. Por qué no podía tener una madre normal

De camino a casa de mi madre me iba a explotar la cabeza, no paraba de hablar sin parar y me estaba volviendo loco. Así que la callé de la mejor manera que se me ocurrió, hablando.

—Me ha sorprendido lo bien que has estado durante toda la comida, nada más que me has insultado un par de veces.

—Solo faltaba que, con lo tonto que eres, Olivia te deje y encima me echés a mí la culpa.

—Vamos, mamá, reconócelo: se está mucho mejor sin esa ironía insana que te gastas.

—Si Olivia no me hubiera gustado, habrías visto de lo que es capaz de hacer tu madre con la ironía.

—En el fondo eres un pedazo de pan.

—No lo sabes tú bien. Por cierto, ¿cuándo piensas presentarme a mi nieta?

—Ya te lo he explicado, cuando vuelva de Londres.

—No sé qué hace una chiquilla tan joven perdida en Londres, es una edad muy mala para

que esté sola tanto tiempo. Podrías hacer que volviera, yo no tendría ningún inconveniente en que se viniera a vivir conmigo una temporada.

—Mamá, María tiene diecisiete años, igual no quiere vivir con una mujer mayor como tú.

Casi no pude acabar la frase; me dio una colleja que por poco no me choco con el coche de delante.

—¡Mamá, que nos vamos a matar!

—Tú vuelve a decir algo así y la que te mata soy yo.

Hicimos todo el camino hasta su casa en el más absoluto silencio, y aunque había conseguido que se callase, estaba tan enfadada que no creía que hubiera merecido la pena. A mi madre no había quien la entendiera.

37. Todo se volvió negro

Había quedado con Rafa en la cafetería de siempre. A mi izquierda tenía a dos policías de paisano. A estos no los conocía, ya que cambiaban de pareja cada vez que quedaba con Rafa para que este no sospechara. No pude evitar dibujar en mi cara una sonrisa, a pesar de que estaba un poco nerviosa. Y es que las cosas con Hugo marchaban bien, muy bien. Andrés lo había dejado fuera del caso y se había mantenido firme en su decisión, pero Hugo era demasiado estricto con mi seguridad y estaba no muy lejos de allí controlándolo todo, y aunque en teoría no tenía autoridad sobre sus hombres, estos hacían caso de sus órdenes como si él fuera el responsable. Todos esperábamos que Andrés no se enterara.

Cuando vi entrar a Rafa me tensé. La expresión de su cara me decía que algo no iba bien. Lo confirmó cuando me agarró fuerte del brazo y me sacó de la cafetería a toda prisa. Antes de que pudiera darme cuenta estaba metida en su coche. A partir de ese momento todo se precipitó.

Intenté pensar fríamente; no podía pasarme nada, llevaba un micro y activado el GPS del móvil, los compañeros de Hugo o incluso él mismo debían estar siguiéndonos en esos momentos, pero empezaba a respirar irregularmente y en poco tiempo me daría un ataque de pánico si no me tranquilizaba.

—¿Dónde me llevas, Rafa?

—A lo mejor te piensas que soy imbécil y que no sé qué nos han estado vigilando todo este tiempo. ¿No querías saber a qué me dedico ahora mismo?, pues te vas a enterar de primera mano.

Sabía que tenía que hablar con él para sacarle dónde me llevaba exactamente, y así la policía tendría el lugar al que nos dirigíamos, pero era

incapaz de articular palabra. Estaba dejando que el miedo me paralizara y no podía seguir así.

—No creo que seas imbécil, pero me gustaría saber dónde me llevas.

Se giró y me dio un bofetón en la cara. Era su manera de decirme que me callara, por eso continué hablando.

—Por aquí solo podemos ir a dos sitios: a la autopista o a un polígono.

—No voy a decirte dónde vamos, pero tengo algo importante que hacer y quiero que mantengas la boca cerrada. Te mantienes pegada a mí, muy calladita. Si crees que yo puedo hacerte daño no tienes ni idea de lo que puede hacerte la gente para la que trabajo.

Entonces sí que pensé que era un poco imbécil. Iba a conducirme exactamente al lugar al que la policía llevaba semanas intentando llegar. No tenía ni idea, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que llevara micro y GPS. Rafa nunca fue muy listo.

Todo esto no evitó que empezara a temblar; ¿dónde me había metido?

Tardamos aún veinte minutos en llegar a una especie de *parking* en el que solo había un coche. No pude evitar pensar que aquella situación era muy de película. Lo que no acababa de entender era por qué no había intervenido ya la policía. Estaba donde Hugo había intentado que no me metiera desde que empezó el caso. Estaba en la boca del lobo.

Bajé pegada a Rafa; no porque él me diera ni confianza ni seguridad, simplemente porque la gente que estaba apoyada en el coche negro que teníamos enfrente aún me daba más miedo.

—Pero ¿qué tenemos aquí...? Aparte del dinero nos has traído diversión, Rafita. ¿Ese bombón es para mí?

—No. Ella es mía.

—Vamos, Rafa, sabemos que todo tiene un precio, y contigo es fácil llegar a un trato. ¿No pretenderás decirme que esa belleza está contigo por voluntad propia?

Rafa empezaba a ponerse morado. No quería estar cerca de él cuando explotase, de hecho no quería estar donde estaba, nunca en mi vida había sentido tanto miedo. Solo podía pensar en cuánto tardaría en aparecer la policía por allí. Esperaba que no mucho. Necesitaba a Hugo a mi lado; no lo quería para que me protegiera, lo que sucedía era que con él cerca yo me sentía más fuerte.

—Aquí os traigo el dinero, ¿tenéis la mercancía?

—Qué bien sabes cambiar de tema, cabrón. No me extraña que tu jefe te haya mandado a ti mientras él está con el culo a salvo y calentito en su casa.

—¿Podemos hacer ya el intercambio?

Vi cómo uno de los tíos grandes que estaba apoyado en el coche se movía y abría el maletero. Empezaron a sacar maletas. A mi cabeza volvió esa sensación como de estar viendo una película. Si salía de aquella tendría una historia fantástica para contarle a mis nietos. En ese momento fue cuando creí que me desmayaba; al pensar en mis nietos María vino a mi cabeza con tanta fuerza que me dolió el corazón. No podía dejarla sola como me pasó a mí, tenía que salir de aquel embrollo a toda costa.

Cuando el hombre corpulento dejó las maletas en el suelo todo sucedió a cámara rápida. Vi por el rabillo del ojo cómo Dani corría hacia mí mientras otros cuantos policías lo hacían en varias direcciones, y casi en ese mismo instante todos empezaron a empuñar pistolas. Me di cuenta en ese momento de que estaba paralizada y de que como empezaran a disparar yo me había quedado en medio.

Me giré antes de verlo: Hugo corría hacia donde yo estaba con la cara desencajada.

Miré frente a mí y vi a Daniel de espaldas mientras uno de los camellos lo apuntaba con un arma. En ese momento no fui consciente de lo que hacía, estaba pasando todo tan rápido que no pude pararme a pensar. Hay veces que soy bastante inconsciente, y bastante imbécil también. Pero en mi cabeza solo

estaba la imagen de Laura. Su cara de felicidad cuando la fui a buscar al aeropuerto, o riendo a carcajadas con Andrés y Óscar. Mi amiga, mi hermana. No podía quedarme allí parada mientras disparaban al hombre que ella quería, así que me abalancé hacia el camello. Mi intención era tirarlo al suelo para que no disparara a Daniel.

Pasaron cuatro cosas casi a la vez. Un ruido bastante fuerte. Un aullido en el que pude reconocer la voz de Hugo. Un dolor muy intenso. Y después todo se volvió negro.

38. Por Olivia valdría la pena intentarlo

Iba en la ambulancia con Olivia. Solo podía ver sangre por todos los sitios. Su sangre.

¿Cómo podía ser tan inconsciente, joder? Vi cómo se lanzaba para interponerse entre Daniel y una bala, como una puta kamikaze. ¡JODER, OLIVIA! Nosotros somos policías y llevamos chalecos antibalas, tú no llevas una mierda.

Cuando Rafa entró en la cafetería y la sacó de allí de aquella manera ya me imaginaba que no tendríamos un final demasiado bueno, pero no esperaba que fuera Olivia quien se llevara la peor parte. Otro compañero también resultó herido, pero nada grave, nada comparado con la gravedad de Olivia.

Fui el primero en llegar donde ella estaba, tirada en el suelo y cubierta de sangre.

Se había desmayado y tenía los ojos cerrados. Habría sido incapaz de soportar una mirada que no reflejara nada. No en la mirada de Olivia. No en sus ojos de gata.

Habíamos cogido a todos los implicados, ahora solo hacía falta hacerlos hablar. Para eso no había que perder tiempo, así que Daniel, Andrés y el resto de compañeros se fueron a la comisaría para interrogarlos. Daniel llamó a Laura primero para explicarle la situación. Decidimos entre todos esperar para llamar a María, estaba en Londres y lo único que haríamos sería preocuparla. Cuando en el hospital nos dijeran algo la llamaríamos. Algo bueno..., esperaba.

La llevaron al hospital donde trabajaba y enseguida la metieron en el quirófano.

Laura tardó muy poco en llegar. Dijo que quería entrar en el quirófano para saber cómo estaba o para atenderla. No la dejaron hacer ninguna de las dos cosas. No paraba de llorar y en su estado de nervios solo conseguiría estorbar más que ayudar.

Unos diez minutos después apareció mi madre. La que faltaba. No tenía ni idea de quién la había llamado, pero dejándome de pasta de boniato se acercó, me dio un beso, preguntó cómo estaba Olivia y se sentó a esperar. Al cabo de un rato la vi levantarse y traerme un café. Le agradecí el detalle. Di el primer sorbo y poco me faltó para vomitar.

—¿Qué mierda es esto?

—Una tila; no pretenderás tomar café en el estado de nervios en el que estás.

Y por una vez en la vida tuve que darle la razón.

Poco a poco la sala de espera se fue llenando de gente. El primero en llegar fue Óscar; traía la cara desencajada, nos explicó que lo había llamado Andrés desde el trabajo para avisarlo.

Más tarde fueron llegando compañeras y compañeros de Olivia que entraban y salían para interesarse por su estado.

Una hora después llegó Daniel acompañado de un Andrés descompuesto, que fue directamente a abrazarse a Óscar ante el pasmo de Daniel.

Aún tardaron una hora más en salir para explicarnos el estado en el que estaba Olivia. Nada más salir el doctor, nos pusimos todos en pie, incluida mi madre. Nos explicó que la bala se había quedado dentro del hombro. No había tocado ningún órgano ni ningún nervio, por lo que la recuperación no sería demasiado mala. Olivia estaba bien y en cuanto pasara la noche la subirían a una habitación.

Andrés se dejó caer en una silla y se tapó la cara con sus manos, no estaba seguro de si

lloraba o reía. Óscar se sentó a su lado con una enorme sonrisa en la cara.

Laura y mi madre se abrazaron y se pusieron a llorar de alegría, no me di cuenta de que yo también lo hacía hasta que mi madre se acercó y me dio un pañuelo.

Casi nos echaron del hospital. Aún no podíamos ver a Olivia y allí estorbábamos más que otra cosa, así que me fui a casa, me duché y me tiré en la cama. No podría dormirme hasta ver con mis propios ojos que Olivia se encontraba bien. Estaba convencido de que si cerraba los párpados volverían las pesadillas, y no quería que Olivia formara parte de ellas.

Vi pasar todas las horas del reloj hasta que me pareció que ya podría regresar al hospital sin que me volvieran a echar.

Cuando llegué Laura ya estaba allí. Se notaba que tampoco había pegado ojo. Nos dijeron que en una hora la subirían a planta y fuimos a tomar un café.

—Joder, Hugo, qué susto. Por un momento pensé que no salía.

—He visto heridas así a patadas y nunca en mi vida lo había pasado tan mal.

—Por cierto, he llamado a María, le he contado la versión edulcorada y le he dicho que esta tarde la llamaría Olivia para tranquilizarla. No se ha quedado muy conforme.

—Normal, no tiene un pelo de tonta. Por cierto, ¿cuándo vuelve?

—Pues mejor no se lo decimos a Olivia por el momento, pero no la he visto yo con mucha intención de volver.

—Miedo me da. Esa niña sola por Londres... María será incluso más guapa que su madre, y eso es decir mucho.

—Demasiado. Pero no creo que Olivia la deje estar mucho más tiempo. Ahora que todo ha pasado es capaz de ir ella misma a buscarla.

—Es capaz de ir incluso sin estar recuperada. Cuando se le mete algo en la cabeza...

—No lo sabes bien.

Subimos antes de que pasara una hora. En la sala de espera ya estaban Andrés y Óscar, este último llevaba una caja enorme de lo que parecía un pastel. Aún tuvimos que esperar un rato más.

Cuando la vi se me formó un nudo en la garganta. Tan pálida, tan indefensa, tan débil... No estaba acostumbrado. Olivia siempre se había mostrado fuerte, y ahora... No pude evitar que la

culpabilidad me golpeará fuerte. Yo la había metido en aquello. Y encima la había dejado sola. Retrocedí dos pasos, y algo notaría Olivia en mi expresión, porque se dirigió a mí en tono de profesora regañando a alumno.

—Eso sí que no. Te quiero dentro de la habitación en cuanto me hayan colocado. Y te quiero solo. Laura, Andrés y Óscar, ¿podéis esperar un segundo que tenga una conversación con Hugo? Óscar, espero que esa caja que llevas sea ese pastel de queso que te sale de muerte.

—Eso mismo es.

—No te imaginas cómo te lo agradezco, cariño, porque estoy hambrienta.

Esa era mi chica. No pude evitar sonreír y entrar en cuanto salieron todos los enfermeros y médicos.

Al verme me sonrió y me pidió que me sentara a su lado. Fue directa, como siempre.

—Hugo, no soy una maldita princesa desvalida. No necesito que nadie me salve. Yo libro mis propias batallas, aunque reciba un disparo de vez en cuando. —Su sonrisa se ensanchó—. Sería mucho más fácil para mí si quisieras acompañarme, pero junto a mí, a mi lado, nunca delante. No necesito protección, necesito un

compañero de vida que me dé la mano durante el camino.

No sabía si besarla o salir corriendo de allí. Me iba a costar mucho desprenderme de ese sentimiento de protección que tenía hacia ella, y más ahora, que había descubierto esa manera suya de lanzarse contra un hombre armado, pero por Olivia valdría la pena intentarlo.

39. Ella sola lo iluminaba todo

Mi compañero y yo estábamos de pie en el altar de un ayuntamiento de mala muerte.

Era la segunda noche que nos tocaba guardia, llevábamos cuarenta y ocho horas sin dormir y empezaba a pasarnos factura. Tanto Daniel como yo teníamos los ojos rojos y estábamos bastante espesos. Ojalá la tarde se presentara tranquila.

Me quedé mirando fijamente a la puerta. De pronto esta se abrió y me di cuenta de que la sala se había quedado en silencio. Me fijé en que todo el mundo miraba hacia la puerta. Incluso Daniel miraba en esa dirección con la boca ligeramente abierta.

Me giré y vi a la mujer más guapa que había visto en mi vida. Se me secó la garganta. Llevaba un vestido largo que cubría casi todo su cuerpo, pero ya sabía que lo que había debajo hacía justicia a la cara más bonita que había visto nunca. Pelo largo de un color oscuro (recogido en un moño), unos labios increíbles y una nariz pequeña y respingona. Lo que más llamaba la atención de su cara eran sus ojos. Unos ojos

enormes, de un color imposible; tenía ojos de gata.

Estaba todo el mundo como en estado de shock. Aún tardó un rato más en volver el ruido de las conversaciones, pero nadie despegó los ojos de ella en ningún momento.

La mujer se movió con cautela, pero con seguridad, toda la seguridad que le dejaba una barriga de casi siete meses. Había decidido que caminaría sola hacia el altar, y es que nadie tenía que guiarla, ella sola lo iluminaba todo.

Se sentó en la silla que había a mi lado, con la espalda muy recta, y cuando la miré no podía creermela suerte que tenía.

Al lado de Olivia estaba sentada María; nuestras miradas se encontraron y los dos sonreímos. María me había puesto las cosas muy fáciles.

La noche anterior habíamos decidido preparar unos votos, algo cortito e improvisado. La primera en hablar fue ella.

—Apareciste en un momento de mi vida en el que no te necesitaba, pero me enamoré, y ese amor fue más grande que mis reservas, mis miedos y mis fantasmas.

»Te quiero de la manera calmada que me da la edad y de una manera pasional que me da la

adolescencia que nunca tuve.

»Te quiero porque me das seguridad, confianza y amor, pero sobre todo te quiero porque eres tú.

Se me hizo un nudo en la garganta y por un momento pensé que yo no sería capaz de pronunciar los míos. Para Olivia formular esos votos debía haber sido difícil, y por eso aún me emocionaban más. La miré, le limpié las lágrimas y empecé a hablar.

—Aunque casi me muero el día del tiroteo, no podría quererte de otra manera. No estás hecha para ser dócil y obediente, eres libre y rebelde y parte de tu belleza reside ahí. Soy yo el que debe amoldarse a ti, porque te quiero así, quiero a la Olivia de verdad.

»Ahora vas siempre con la cabeza alta, pero hubo un día en que te la hicieron bajar. No dejaré que eso vuelva a pasar nunca más, y estoy seguro de que tú tampoco lo permitirás. Yo te quiero altiva y luchadora.

»Te ha costado mucho dejar caer los muros y abrir tu corazón, y lo has hecho en el momento en que te cruzaste conmigo; ya ves, debo ser el tío más afortunado de la tierra. Estaré eternamente agradecido a la vida por haberme hecho un regalo como tú.

Nunca más volví a tener pesadillas.

Epílogo

Siempre he querido tener una vida feliz, tranquila y familiar, nunca pensé que también estaría llena de amor.

Era un día cualquiera; como otros muchos fines de semana, nos reuníamos todos alrededor de la mesa de casa de Andrés y Óscar. Y no pude evitar acordarme de aquel tiempo en aquel mismo lugar hacía ya bastante. Cuando me faltaba María porque estaba en su viaje de Londres y Hugo por ser *taaan* protector. Cuanto más miraba a mi alrededor más veía las diferencias.

Laura y Daniel habían decidido que tenían bastante el uno con el otro. Eran la envidia de todas las parejas, porque se miraban como si solo estuvieran ellos dos en el mundo. A Hugo lo ponían un poco de los nervios, en casa los llamaba la pareja algodón de azúcar. También daban bastante envidia por los viajes que se pegaban.

Andrés y Óscar habían formalizado su relación casándose porque estaban esperando la llegada de su primer hijo desde Colombia. Se los veía más felices que nunca, y eso era mucho decir.

Y Hugo y yo últimamente estábamos agotados, y es que no es lo mismo tener un bebé rozando la veintena que tenerlo rozando la cuarentena. Pero estábamos encantados. Hugo había sabido adaptarse muy bien a María y a mí y era un padrazo con la pequeña Natalia.

Observé a mi bebé, que dormía en mis brazos. Era la viva imagen de su padre.

A mi izquierda estaba María, mirando el móvil con más ansiedad de la necesaria. Había vuelto bastante rara de Londres; pensaba que con el tiempo se le pasaría, pero no había sido así. A su lado estaba Vicenta, la madre de Hugo, era la única capaz de hacer que mi hija despegara los ojos del teléfono.

Eso sí había sido una sorpresa, nunca imaginé que congeniarían tan bien. Se llevaban de maravilla. Incluso María pasaba días en casa de su *abu*, como ella la llamaba. Yo pensaba que era por hacerle compañía, pero María me dijo que se sentía realmente bien junto a Vicenta.

Al lado de Vicenta estaba sentado Manolo, el padre de Laura. Los dos hablaban de manera muy amigable y yo vi en los ojos de Vicenta algo que no había visto antes, aunque preferí guardármelo para mí.

A mi derecha estaba Hugo; nos miramos a los ojos y vi en los suyos un amor infinito, seguramente el mismo que yo sentía por él. Hugo había hecho que volviera a confiar, que perdiera el miedo y que apostara por una vida a su lado.

Yo soy dueña de mi vida y yo decido sobre ella. No necesito que nadie me salve de nada, no soy una princesa, pero es maravilloso poder compartirla con alguien como Hugo.

Diez años después

María había llegado rarísima de la entrevista que tenía tantas ganas de hacerle a aquel actor.

Entró en la habitación que siempre estaba preparada para cuando quería quedarse a dormir y yo me dirigí a la cocina. Preparé mojitos —sabía que íbamos a necesitarlos— y me fui hacia allí.

María estaba sentada en la cama tesa como un palo. Sentí una pena infinita por mi niña; se había convertido en la mujer perfecta, pero sus ojos solo reflejaban tristeza.

—Hola, cariño. Te he preparado un mojito, ¿quieres?

—Pues no sé, no debería, pero es que te salen buenísimos. Está bien, pero solo uno.

Ella siempre tan bien peinada, tan tesa, tan responsable, tan comedida. No podía evitar echarme parte de culpa por todo eso.

—Lo sé, solo uno. Y ahora, ¿podrías explicarme qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Vamos, cariño, seguro que sabes hacerlo mejor. Llevas más de una semana preparándote para esa entrevista, tanto informándote de todo lo referente a ese actor como arreglándote, parecía que ibas a entrevistar a un premio nobel. Y ahora llegas hecha un manojito de nervios y pretendes que crea que no te pasa nada.

—Es un poco largo de explicar.

—Tengo toda la tarde. Hugo está de guardia y la *abu* y Manolo se han llevado a Natalia al cine. Además, con todos los ingredientes que tengo puedo hacer mojitos para un regimiento. Así que desembucha.

—¿Recuerdas a Álex, aquel chico de mi colegio que fue conmigo a Londres?

—Sí, lo recuerdo. —Se me puso la piel de gallina.

—Pues cuando llegué a Londres...

CONTINUARÁ...

Agradecimientos

En este libro el nombre de la protagonista es el de mi abuela, y también sale el de mi yaya. Ellas sí fueron mujeres fuertes, y este es mi pequeño homenaje.

A mi yayo. Aunque ya lo conocí estando malito, el amor se transmite y la gente buena deja huella, y él dejó una muy profunda en el corazón de mi madre.

A toda la gente que ya no está, especialmente a la que se fue demasiado pronto y que allá donde se encuentre nos guía con su luz.

A mis padres, porque no sería lo que soy sin vosotros y sin vuestro amor incondicional. ¡Ah!, y por ser unos abuelos impresionantes.

A mi hermano; ojalá todo el mundo conociera, aunque solo fuera una vez en la vida, esta clase de unión.

A mi pareja, por su paciencia y su comprensión. Por apoyarme siempre. Porque contigo a mi lado todo es más fácil. Te quiero.

A mi pequeña guerrera. Me quedo sin palabras cuando tengo que hablar de ti. Gracias por darme tanto y ni siquiera darte cuenta. Tu sonrisa da calidez a mi alma. Te quiero mucho, siempre.

A Lucía por apoyarme y ayudarme, porque sin ti seguramente no me hubiera lanzado a esta aventura.

A todo el equipo de MundoPalabras. A Taira, Rocío, José Manuel, Berta... Gracias por apoyarme, por escucharme, por animarme... Gracias por todo. Sois increíbles.

A Nerea, por las impresionantes portadas que me ha hecho para *Haz que ocurra* y *No soy una princesa*. Y por la preciosa maquetación de este último. Por su cercanía y su profesionalidad.

En este libro he tratado temas tan delicados como el maltrato, el cáncer y la infertilidad, algunos de los cuales me tocan muy de cerca; espero haberlo hecho con el respeto que merecen. Si a alguien no le ha parecido así, pido perdón.

A todas las personas que padecen o han padecido, que están o han estado en alguna de estas situaciones les mando un abrazo enorme y mucha fuerza.

En este punto no puedo nombrar a todo el mundo porque me dejaría a alguien seguro. Así que gracias a toda la gente que me ha animado y apoyado con *Haz que ocurra*, de corazón deseo que la historia de Olivia y Hugo os haya atrapado y gustado igual que la de Lucía y Lucas.

A ti, que acabas de terminar la presente historia, gracias por acompañarme en este viaje.